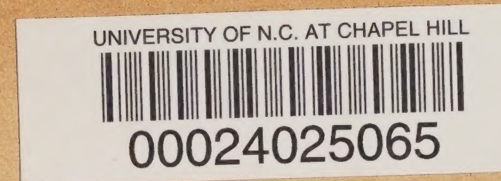


DE TUCUMAN

FAUSTO BURGOS


LUX
LIBERTAS



DE TUCUMÁN



FAUSTO BURGOS

DE TUCUMÁN

PRÓLOGO DE
MANUEL LIZONDO BORDA

DIBUJOS DE
J. DOROTEO CARO

EDITORIAL TOR
Moreno 1167
Buenos Aires

PROLOGO

I

HISTORIA DE ESTE LIBRO

Fausto Burgos

Desde San Rafael (Mendoza), Fausto Burgos me envía una carta y un paquete. En la carta me dice: "Le remito por encomienda el original de mi libro De Tucumán. Quiero que Vd. escriba el prólogo"... Luego me da esta noticia de su vida:

"Soy descendiente de labradores; por eso amo tanto la vida del campo y me gusta enlazar, andar de poncho y bota y rasguear en la guitarra, chacareras y vidalitas de carnaval".

En el paquete vienen una fotografía, un dibujo a tinta y muchas páginas manuscritas.

La fotografía es el retrato de un hombre mozo, de cabeza sólida, de facciones recias. Tiene el rostro

ancho y bien afeitado, la frente noble y prominente. Pero, un no sé qué de los ojos y la boca dan a su fisonomía una expresión dolorida o melancólica. Me recuerda el tipo de los montañeses tucumanos: el tipo fuerte y triste de la raza diaguita...

Fausto Burgos nació en Tucumán, en un departamento del sur: Probablemente, pasó allí la niñez.

Rodó luego — en tren de *aprendizaje* — por nuestras catorce provincias.

En La Plata dió a luz — hace diez años — sus primeros libros: "Flores de Averno" y "En la tierra del azahar"; — visión, este último, de las cosas nativas. Allí publicó, más tarde, sus "Olas y espumas" y sus "Hojas Caídas".

Después casóse y dejó el litoral... Viajó por las provincias andinas; sacó de ellas los datos de su "Cuesta Arriba"; y al fin hizo *posada* en San Rafael de Mendoza, donde tiene su hogar.

Desde su retiro, por último, vino a visitar — varias veces — los lugares que su infancia habitó...

Fruto de estas visitas es "De Tucumán".

DOS LIBROS ANTERIORES

Dos libros anteriores, de Burgos, — "En la tierra del azahar" y "Cuesta arriba" — mantienen una estrecha *relación* con el de hoy: El primero, porque nos anticipa sus temas; el segundo, su *estilo*.

Pero, por lo demás, "En la tierra del azahar" está a mucha distancia del presente; pues — como obra primeriza de mozo — adolece de algunos defectos. Se resiente, quizás, de ciertas *lecturas*: sobre todo, de Vargas Vila (si no me equivoco). Muestra, sin embargo — ya en brote — méritos de ahora.

"Cuesta arriba", en cambio, es fruta en sazón, *gustosa* al más fino *paladar literario.* Allí, el autor es *él,* su musa es *suya.* Con ella, Burgos, ha revelado — a los demás y a sí propio — que acaso, su verdadera vocación es narrar la vida tradicional argentina, como allí — tan bien — lo hace.

II

ESTE LIBRO

El estilo

En este volumen se continúa, con muy buen sentido, la senda abierta en "Cuesta arriba". El estilo es el mismo: sobrio, sencillo, claro, *azorinesco.* Señálase él, en suma, por su naturalidad que armoniza con la agreste *substancia* del libro. Lo cual es *virtud* de que carecen obras nacionales valiosas, como "La guerra gaucha" y "El país de la selva".

La materia

Los asuntos están desarrollados, también, a la *manera* que los de "Cuesta arriba". Pero ellos — como es de suponer — en todo lo demás son distintos. Sus elementos, por lo pronto, ya no son andinos sino tucumanos: Naturaleza, personajes, costumbres — que en el libro figuran — son de Tucumán. ¿Verdadera y realmente? Yo entiendo que sí. Conozco la vida campesina que Burgos retrata, y encuentro que está intuida bien.

La mayor parte de sus protagonistas me son familiares: muchos, son *tipos* de personas con quienes ha convivido mi niñez. Por ejemplo, entre ellos, la Isidra, Rosita, doña Débora, Félix, ña Leona, Marcelo, la Martina, Ramoncito, el Juan José, Sapo, doña María Delia, ño Rodulfo, ño Caspi...

Encarnados en estos y otros personajes, salen allí a relucir, con las costumbres, buenas y malas cualidades, muy *nuestras*. Podrían citarse: la superstición o medrosa creencia en cosas de otra vida, la fé en agüeros y hechicerías, la pasión de la embriaguez, la mansedumbre, la fidelidad, la imprevisión, la hospitalidad, el sufrimiento, la melancolía...

Cuanto a la naturaleza, dado el género dominante de esta obra, tiene una ubicación secundaria: Ella es sólo un *fondo* y un *marco* de los retratos y situaciones humanas. Pero los retazos que de ella aparecen, salpicando las narraciones, son netamente *tucumanos*. Los nombres indígenas de árboles, pá-

jaros e insectos, — que en el libro pululan — son, sobre todo, *característicos* de estas regiones.

Las invenciones

Con aquel estilo y estos materiales, Burgos ha compuesto sus *invenciones de arte.* Estas se distinguen por su encomiable *concisión* y por su *variedad*: Unas son crónicas amenas de cosas vividas; otras, relatos — alegres o tristes — recogidos de labios labriegos; otras, puras fantasías bellísimas. Entre ellas me encantan, por motivos diversos: "El primer susto", "La Leona", "La mueca del diablo", "La viuda", "De hombre a hombre", "Un pesebre", "Abejitas del monte"...

Sin perder su originalidad regional, algunos de estas invenciones, contienen — para mí, al menos — un grato sabor a los cuentos galaicos de don Ramón del Valle Inclán.

Las ilustraciones

Los dibujos de Caro, no son exquisitos, de detalles perfectos; pero expresan algo, que vale mucho más: el *sentimiento* y la *intuición* de las cosas nativas. Por ejemplo: los ranchos de "Nidito del monte"; Ramoncito y el caballejo de "La Viuda"; la in-

terpretación delicada y fantástica de "La casa olvidada"; la figura típica de *ño Rodulfo* de "Abejitas del monte; la presentación impagable, realísima de "Ño Caspi"; y ese "Caminito de la cuesta", deliciosamente fresco y sombroso, entre pomposas frondas.

CONCLUSION

Lindo, amable libro, este "De Tucumán". Tanto que — concluyendo — de él se puede decir: Es una obra más que se añade a la buena producción nacional: Es la *primera* de su género, en esta provincia.

Tucumán — en Burgos — tiene al fin su cuentista.

M. Lizondo Borda.

Tucumán, mayo de 1921.

NIDITO DEL MONTE

El mozo, que ha enyugado los novillos, siéntase junto a su compañera, al amor tranquilo de la lumbre. En el fogón arden gruesas astillas de un añoso horco-cebil.

Tarde invernal. La joven, despreocupadamente ha puesto las manos en las rodillas de Ricardo.

—¿Sabís una cosa, Ricardo?

—¿Qué cosa?

—Que me da miedo quedarme tantas horas solita...

—¿Y cómo yo ando solo tantas horas en el monte y naide me hace nada?

—Los hombres no tienen miedo.

—Eso es según y conforme...

—¡Tan en lo adentro del monte que has hecho el rancho!...

—¿Y no has visto a los *chalchaleros* onde hacen el nido? Ya vís, que a nosotros nada nos falta. Mejor estamos aquí, en el corazón del monte. ¿O querís que le vuelva a trabajar pa don Mardoqueo?

—Aquí, aquí nos quedemos. Don Mardoqueo no

me gusta, pagaba muy poco. ¡Deslomarse pa ganar cuarenta pesos!...

—¿Y a qué tenís miedo?

—Nai yo no sé... Cuando me veo sola, parece que tengo miedo a todo.

—Hacelo quedar al choco...

—Por más que lo llamo, no quiere volverse. ¡Choquito! ¡Choquito!, vení, vení...

El animal, un gozquecillo de pelo suave, con ojos de arrepentido se arrima a la moza.

—¡Choquito!... choquito malo, ¿por qué no me querís?

—No hay que tener miedo; el miedo no dá pa comer.

—Es que me quedo tan solita... Hasta las gallinas se van pal monte...

—¿Y quién te va a hacer algo?

—Nai yo no sé...

Un tupido bosque, donde medran los matos sombríos, los pacaraes y cebiles corpulentos, los arrayanes olorosos, las enredaderas caprichosas, rodea el rancho de Ricardo. Es un bosque obscuro y misterioso, que no se entristece cuando la nieve se asienta en las cumbres del Aconquija.

—Se fué tu mama, Ricardo...

—¡Qué más querís vos!...

—¿Yo?

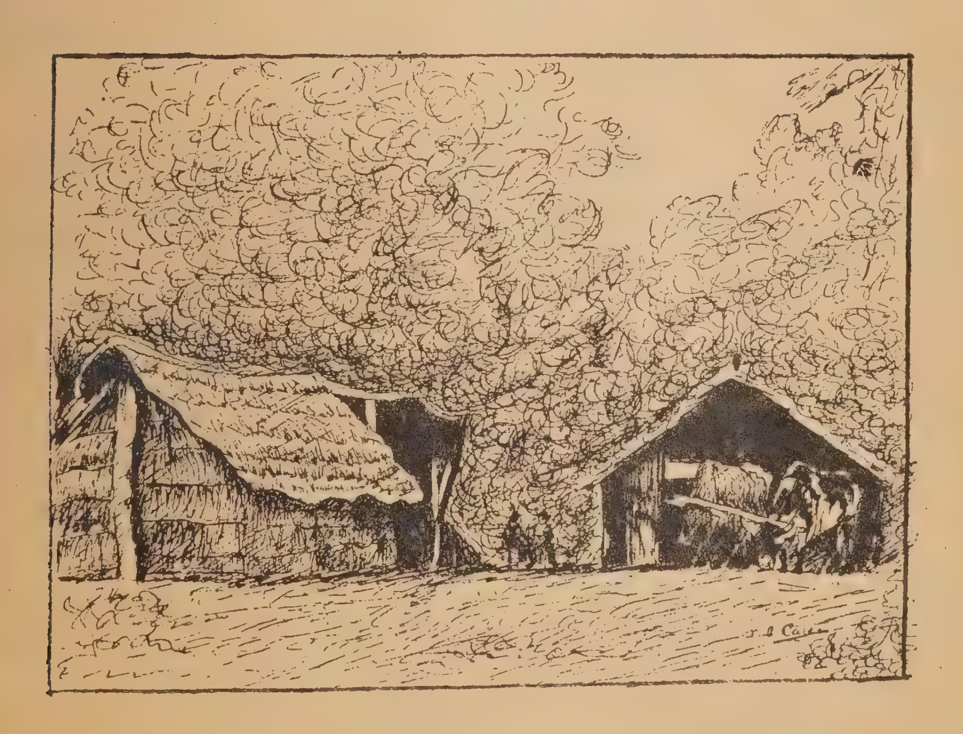
—Vos.

El mozo quédase pensativo. La pobre vieja ya

no está en el rancho. La madrecita vieja que llegó una tarde cargada de años y de amor, se ha ido.

Adelaida, con el rostro encendido en rubores, se allega más a Ricardo y clavándole en el alma los ojazos negros, cariñosos, soñadores, le dice:

—Yo no tengo la culpa.



El mozo mira a lo lejos y su mirada se topa con la barrera del monte. ¿Dónde irá la viejecita que llegó una tarde montada en un caballejo zaino, atiborradas las alforjas de dulces sandías y olorosos melones?

—¿Y qué me dejó dicho?

—Nada. Dice que va a visitarlo a tu hermano. Me abrazó y se fué.

El mozo echa a vagar la mirada interior y distingue allá lejos, a la vera del monte de laureles, un bultito que se aleja más y más: es la madrecita vieja, callada, triste, tocada con su manto negro.

—Se fué tu mama, Ricardo...

—¡Qué más querís vos!...

—Si yo la quiero!...

—La viejita te acompañaba. Ya no debís tener miedo...

—Si yo no la odio. Era buena, la pobre. Cuando vos te ibas pa las cañas, velay, aquí se venía a sentar, y pitaba y pitaba y pitaba... Algunas veces, como pa conversarme me decía: — Adelaida, apurá el locro, mirá que ya es sol alto...

Era buena, la pobre; pero se enojaba cuando yo te hacía cariños... ¿Por qué serán así las viejitas?

—Nai yo no sé.

—Mejor estamos aquí solitos; si nos hace frío, nos juntamos más. Ya no tengo miedo. ¿Pa qué tener miedo? Ya vís como las palomitas andan solas por todas partes.

El mozo echa a vagar la mirada interior.

—Antes de irse me contó un caso: dice que un par de chalchaleros había hecho el nido en un horcomolle bien alto, bien alto. Antes que reventaran los huevos, se murió el macho. ¡Quién sabe de qué!... De los huevos salió nada más que uno: diz que era un chalchalerito de los cantores. Hasta grande, lo cuidó la madre; pero cuando ya empezaba a ensa-

yarse componiendo la voz, diz que una *choya* con las garras se lo llevó...

Era buena, la pobre. A la hora que te ibas al cañaveral, velay aquí se venía a sentar y pitaba y pitaba y pitaba...

. . . .

—¿Qué tenís, Ricardo?

Ricardo está triste y la garrida moza lo besa en los labios y lo mira ingenuamente, amorosamente.

EL INTERINO

Los dos eran viejos. A él lo llamaban el Indalecio; a ella le decían la Isidra.

Muy temprano, la comadre Isidra, comenzaba el lavatorio de su estómago, tomando mate bien aliñado, mientras el compadre Indalecio pitaba un cigarrillo de chala tranquilamente, perezosamente, sentado bajo el naranjo.

Los dos viejos andaban de la zarpa a la greña. La Isidra era magra, tenía las mejillas descoloridas, los dientes ralos y la mirada llena de astucia. El Indalecio mangoneaba por los polvorientos caminos haciendo sonar su *ushuta* de suela, hasta dar con el rancho amigo, en cuyo fogón se asaban choclos bien granados y calabazas cascarudas. El compadre vivía honestamente del fruto de su trabajo: curaba en secreto animales enfermos, con tal maestría y buena suerte, que nunca fué objeto de las pullas y risotadas de los incrédulos. La comadre Isidra poseía dos hazas, hilaba a huso y de tarde en tarde tramaba *sobrepelos* de tupida urdimbre. Sus ran-

chos quedaban fronteros, a la vera del largo camino de ruedas.

Comadre y compadre apenas se saludaban.

Cuando el Indalecio se alejaba de prisa, la comadre se asomaba al camino y se ponía a mirarlo.

La Isidra vivía sola. El Indalecio no tenía familia.



Una tarde, mientras la comadre tostaba maíz en la olla de hierro y se holgaba mirándolo reventar a modo de flor blanca, oyó un grito extraño. Ningún viajero había pasado. Era menester andar muchas varas para llegar al chozo de la María Gorda, el más próximo a las casucas de los viejos.

Amedrentóse la comadre Isidra y con paso bien represado se dirigió al rancho de su vecino. Bajo el naranjo, de bruces en el suelo, el Indalecio peleaba con la muerte. Pasado el instante de sor-

presa, se apiadó la mujer y cogiendo por los brazos a su compadre, lo hizo sentar.

—¡Pero... compadre!... ¡Pero... compadre!... No se me lo muera, no se me lo muera... — decía, compungida, la vieja.

El compadre arregañaba los dientes.

—¡Pero... compadre!... ¡No se me lo muera!... Tengamé lástima... Mire que estoy aquí solita pa vestirlo y velarlo — exclamaba la Isidra.

La muerte, avergonzada, cedió al punto y el Indalecio abrió los ojos y la boca. Movido a compasión y sin recordar los menosprecios y sofiones que había recibido de su comadre, el Indalecio contestó:

—Nai bueno comadre, soltemé que ya no me voy a morir...

—Nuestra Señora del Carmen lo escuche, compadre; ya me ve tan solita pa vestirlo y velarlo — insistió la vieja.

—Y ya me estoy componiendo...

—¿Y cómo fué compadre?

—Nai yo estaba pitando cuando me vino el mal, parece que me agarró muy fuerte...

—Nai como no; si parecía que se me lo iba. ¿Y por qué no se cura en secreto, compadre?

—¿Y pa qué?... si es mal muy viejo; y a uno le da pereza curando tantos animales.

A la vieja le retozaba en el pecho desusado contento. Sin rebozo volvió a exclamar:

—¡Pobre compadre!

Al día siguiente el Indalecio no se levantó. Antes de comenzar a tejer, la Isidra quiso saludar a su viejo compadre.

—Buenos días, compadre—dijo al pasar el alambrado. En el rancho reinaba completo silencio.

—Buenos días, compadre—tornó a decir. Nadie respondió.

Un estupor medroso plegó la boca de la Isidra cuando llegó hasta la puerta del rancho: el Indalecio se revolcaba moribundo... La comadre temió acercársele. Algo pedía el viejo con la mirada fija de sus ojos encendidos.—¡Ayudarle a bien morir! ¡ayudarle a bien morir!—dijo para sí, la comadre y se echó a correr por el largo callejón orlado de *ichibiles y guaranes.*

En un bivio del camino de ruedas, topó con un hombre: era un mozo mohino de cara, enjuto de carnes, abigotado, que venía de la montaña enhorquetado en su mula de sobrepaso.

—¡Oiga, señor!... ¡Oiga señor!... una caridad por el amor de Dios—exclamó la Isidra, digiéndose al peregrino. El desconocido respondió con palabras embozadas. La vieja insistió:

—¡Pero oiga pu señor!... ¡Por el amor de Dios!... *Allú se* muere mi compadre, solito, solito el pobre...

—¿Y qué quiere que yo le haga? Ya será tiempo...

—¡Por el amor de Dios!... El Indalecio ya está boqueando sin un cristiano que le ayude a bien morir!...

—Voy de prisa.

—¡Pero no, pu señor, no sea así, capaz que el Señor lo castigue!... Con su permiso, no?... lo voy a llevar al macho de las riendas...

La vieja cogió las riendas. El peregrino iba lleno de ceño. Caminaron largo rato silenciosamente.

—Aquí es, señor,—dijo la Isidra señalando el chozo del moribundo—aguardemé que voy a traer el crucifijo.

El mozo se apeó; venía emponchado, calzaba espuelas y traía el sombrero de lado.

—¡Por el amor de Dios!... Vamos pa que le ayude a bien morir.

—Bueno, y ligerito porque voy de prisa...

El mozo y la vieja penetraron sigilosamente en el rancho del enfermo.

Sobre un catre de tientos, el Indalecio se peleaba con la muerte...

—¡Ayudelé, señor, que está por dar la última boqueada!—dijo la Isidra, amedrentada, temblando de ansiedad. Ayúdelé a bien morir! — ¡Compadre! ¡Compadre! ¡No se me lo muera! ¡Que me quedo solita pa vestirlo y velarlo... Ayudelé, pu señor...

Sentóse el peregrino en el catre del enfermo, lo asió por los brazos, lo hizo sentar apoyándolo en la quincha y mostrándole un crucifijo negro, le habló así:

—¡Oyé!... ¡Oyé!... ya te llegó la hora... Fijate bien. No te hagáis el desentendido. ¡Oyé!: Este, es el que te ha de sacar las hechas y por hacer...

Y eso que éste no es más que el Interino... El que te ha de embromar, está allú, allú, bien arriba...

La Isidra temblaba.

Pugnando por hablar, el compadre Indalecio cerró los ojos al eterno sueño.

ROSITA

Rosita, montada en un rocín, iba diariamente a la Villa, a vender leche. Una docena de botellas llevaba en las alforjas. El rocín era viejo y patituerto.

—Volvé prontito, hija, que no se te haga sol alto —decíale doña Rosa.

Rosita salía temprano y volvía trayendo algunas monedas atadas con la punta del pañuelo. Rosita no tenía miedo de andar sola los callejones largos, sombríos, silenciosos, señalados con una cruz de trecho en trecho; callejones sombríos en cuyos bordes se levantaban los pacaraes simulando con su copa enormes paraguas. Rosita iba tranquila, callada, despreocupada. Antes de atravesar los pantanos—esos pantanos negros de fondo pegajoso que cortaban el viejo callejón—Rosita se encomendaba a la Virgen...

Rosita llevaba los pies descalzos. En la villa todos la querían y la llamaban Morocha.

Madre e hija habitaban un rancho viejo plantado a la entrada de una quinta de naranjos.

Doña Rosa era vieja, veía poco, pero era muy diligente en las faenas domésticas.

Rosita era solícita, guapa y buena.

Y acaeció que Rosita topó una vez con Mario, en uno de esos callejones largos, sombríos, silenciosos, donde se levantaban los *pacaraes* simulando con su copa enormes paraguas.



Mario era el hijo de don Mario.

Jinete en un potro zaino, Mario vestía traje inglés, calzaba charoladas botas y llevaba una fusta con empuñadura de oro.

Mario miró a Rosita, hondamente, amorosamente, y le dijo mil lindezas. Rosita se ruborizó. Tan donosa era la zagala, que mirándola no se podía qui-

tar de ella la vista. A su placer Mario la fué contemplando por todo el camino.

Y aquella mañana, cuando Rosita volvió con las botellas vacías, doña Rosa, oyéndola hablar, la desconoció.

—Mirá hija que los hombres son malos—le dijo. El niño Mario se quiere reir de vos y no tiene lástima a esta pobre vieja. Si su padre cae en la cuenta, nos echará los perros. ¡Y qué será de nosotras! ¡Huyalé! ¡Huyalé, hija!, como las gallinas al zorro.

Rosita le preguntó:

—¿Conocís otro camino para ir a la Villa?

Doña Rosa, sin titubear, rompió a decir:

—Otro camino hay y lo llaman el Camino del Monte. Arranca onde se cruza el Carril Real con el que va pa la Cuesta. Diz que está lleno de malezas y muy cerrao. Si vais por el Camino del Monte, con naide te toparás.

Rosita se entristeció. La zagala ya pisaba el umbral de los diez y siete años, tenía ondulante la curva de las caderas y los ojos embelesadores.

Mario era estudiante.

Al día siguiente, Rosita puso en las alforjas la docena de botellas tapadas con marlo y se fué a la Villa. El rocín era viejo y patituerto.

Doña Rosa había preparado el amasijo, pues ya no quedaba una empanadilla sobre la mesita colocada a la puerta del rancho. Acosada de crueles presentimientos, cogió una silla y se puso a pensar. Hablando a solas, decía:

—¿Me la llevará? ¿Me la robará? Don Mario fué siempre un gran mujeriego. Zorro viejo; le gustaba robarse las muchachas y llevárselas lejos, lejos, onde naide pudiera denunciarlo. Y cuando ya estaban fieras y con la sarta de hijos, les hacía echar los perros. Diz que el niño Mario es donoso, una alhaja, de buen corazón; pero el hijo de tigre overo tiene que ser. ¿Me la robará? ¿Me la llevará?

Hablaba aún cuando llegó el Juan de la Cruz. El Juan de la Cruz venía pitando un cigarrillo de chala y traía en la mano un machete.

Doña Rosa le preguntó:

—¿De onde venís, Juan? ¿Tenís alguna buena nueva?

El gañán respondió:

—Nai ninguna, tía. Vengo de las cañas.

La viejecita estaba triste; el mozo, mirándola de hito en hito, le dijo:

—Nai... ¿y las empanadillas, tía?

—Nai si hoy no tengo ganas de hacer nada, hijo...

—¿Y pórque?

—Nai yo no sé lo que tengo... El corazón me anuncia algo malo.

—¿Anduvo anoche la lechuza?

—No se la oyó.

—¿Lloraron los perros?

—Nai no lloraron...

—¿Se asentó la viuda en el *guarán?*

—Nada no me dijo la Rosa.

—¿Se fué la Rosa?

—Se fué.

—¿No tiene plata pa comprar la carne?

—Nai todavía tengo, hijo.

—¿Y qué le pasa?

Doña Rosa, que tenía los ojos nublados por el dolor, acertó a decir:

—Es que a la Rosita me le anda calentando la cabeza el niño Mario... Ya me contó todo; dice que le ofreció mucha plata...

—¡Ajam!—exclamó el Juan de la Cruz.—El doctorcito lleno de ínfulas como don Mario... ¡Quién lo vido y quién lo ve!

—Y yo digo ¿me la robará? ¿me la llevará?... Al Juan de la Cruz se la prometí y al Juan de la Cruz se la tengo que entregar...

—Y el Juan de la Cruz se la defenderá, pa eso carga cuchillo.

—¿Y si te echa los perros y te hace meter en el cepo?

—Peor para él. Cuando sea el día, me las pagará juntas.

Y doña Rosa y el Juan de la Cruz, estuvieron pensando, una hora, dos horas...

Rosita había ido por el Camino del Monte, entoldado de verdes talares, donde cantaban tristemente las palomas *bumbunas*.

Y sucedió que al volver, con Mario topó. Los arranes y *chalchales* ofrecían sus frutos encendidos.

Rosita se apeó y sentáronse sobre un tronco añoso y caído. Y cuando Mario le pasó por la mejilla la

mano blanca y suave, se derramó por el rostro de la zagala un júbilo que le dió nuevo realce.

Rosita y Mario se amaban.

Mario le prometió llevarla a una ciudad hermosa, lejana, donde las casas se levantaban más arriba que los altos *horcomolles,* que las más altas lanzas, que los más altos *virarúes.* Mario le prometió llevarla a una ciudad donde los automóviles se cuenta por millares, ciudad de los palacios, del lujo inquietante, ciudad del oro. Allá, como dos *urpilitas,* vivirían felices. Aquí, la esperaban el mezquino yantar y el caballito basto y patituerto. Allá, en la ciudad de las casas más altas que los más altos *virarúes,* tendría trajes de seda y perfumes.

Y Rosita escuchó y pensó teniendo cerca los labios de Mario. Doña Rosa le había dicho: "Huyalé, hija; huyalé, como las gallinas al zorro. Caminito del Monte, con naide te toparás si seguís por él". Y veía clavados los ojos negros de un gañán alto y membrudo.

Mario le preguntó:

—¿Querís ir conmigo a gozar allá lejos, a una ciudad grande y hermosa, Rosita de mi alma?

Confundida la zagala, contestó:

—Yo no sé... yo no sé...

—La Rosa ya está vieja y no sirve para nada... ¿Qué te puede dar la Rosa? Ya ves, te quema el sol y ni rebozo tienes. ¿Y quién te mandó tomar este camino?

—La mama, me dijo.

—¿Y no pensó que te podría encontrar?

—Yo no sé...

—Rosita, déjalo aquí plantado al rocín, arroja las botellas, vámonos lejos, lejos. Yo seré tuyo; tú serás mía...

Rosita murmuró tristemente:

—Yo no sé...

Cogidos de la mano estuvieron largo rato. Rosita tenía miedo. Y Mario la besó en la boca.

Por el Camino del Monte, entoldado de verdes talares, donde cantaban tristemente las palomas *bumbunas,* echáronse a vagar.

A doña Rosa no le había venido en ganas poner el locro al fuego ni hornear las empanadillas, ni liar un cigarrillo ni cebar un mate.—¿A qué hora vendrá mi hija?—decía. Sol alto la sintió llegar.

Doña Rosa, cogiendo las manos de Rosita, dijo de sopetón:

—Tarde, mi hijita, tarde. ¿Te topaste otra vez con el niño Mario?

A la zagala se le atragantaron las palabras, pero luego acertó a responder:

—No, mama. Está fiero el Camino del Monte... Me arañaron las moras...

—Te quedaste mucho...

—Al tranco fuí y al tranco volví...

—El Juan de la Cruz vino y se fué. Te mandó esos choclos. El Juan de la Cruz dijo que no quería que sigáis vendiendo leche... Pa qué te vas a mortificar, hija...

—¿Y cuando el Juan de la Cruz es mi tata?

Doña Rosa agregó:

—Pero él te quiere mucho; ya vís que te trae los primeros melones, las sandías más grandes, los quesillos y el arrope y la miel.

—Ni un vestido me trujo...

—Es que anda pobre; ya vís que no compró ni la suela pa otras *ushutas*.

—¿Y quién va a llevar la leche a la Villa?

—El Juanito. El Juan de la Cruz le ha dicho a mi comadre que se quiere casar pronto...

—¿Y cuándo yo lo quiero!...—dijo Rosita, por todo comento.

.. ..

Doña Rosa se cubrió el rostro con las manos secas.

—¡Que la Virgen me lleve!—dijo plañendo.



Años después, un automóvil veloz, corría por los callejones silenciosos, sombríos, orlados de verdes talares, altos laureles y enormes pacaraes. Una cabeza de mujer asomábase a la ventanilla. Atrás, se difundía pesada nube de polvo. Rosita volvía a mirar los callejones largos y sombríos. No llevaba la vieja falda de percal ni la bata remendada, ni el desteñido manto ni los pies descalzos. Malicioso carmín teñía sus labios; sus ojos estaban circundados de azul, y sedosos bucles rubios caían sobre su frente morena.

¡Pobre Rosita!: traía en los labios una sonrisa cruel... Allá lejos, en la ciudad moderna cuyas casas se levantan más alto que los altos *virarúes,* ebrios donceles, sucios ganapanes, viejos enfermos y caducos, besándole, estrujándole el cuerpo, la llamaban la Tucumana...

El automóvil corría velozmente dejando atrás una nube de polvo.

Dos veces Rosita ordenó parar; mas el rancho que veía no era el chozo feliz de sus recuerdos, fronterizo a la quinta de naranjos, con la mesita a la puerta, el mortero en el patio, donde doña Rosa la aguardaba.

Y ya sola y triste, para siempre sola, para siempre triste, Rosita llevaba en los ojos vapor de antiguas lágrimas!

EL GORRO CASERO...

y LA CHAQUETA MILAGROSA...

A doña Débora G. de Leiva, recordando las horas de amena charla.

Doña Débora sale a recibirme. Doña Débora camina lentamente; tiene el cabello plateado, la frente pálida.

—¡Don Carlos! ¡Don Carlos! ¿Usted por acá?... ¡Don Carlos!—exclama alegremente.

—Sí, he venido a verla—le respondo.

—Pase adelante, don Carlos; pase, pase—dice doña Débora.

Yo cojo una silla y me siento frente a doña Débora. Nos hemos sentado a la sombra del viejo parral.

Doña Débora me mira bondadosamente y dice:

—¡Ah!... yo siempre estoy pensando en don Carlos... y me digo, hablando sola: ¿Cuándo vendrá don Carlos para que nos ríamos un poco?... Y a la verdad que me hace falta... Ya me ve, don Carlos,

estoy casi ciega: las cataratas, la vejez... Todo el día me lo paso sentada aquí, bajo el parral, pensando unas veces, a ratos sin pensar. El Juan y la Antonita trabajan. Son muy buenos mis hijos. Dios me los conserve. Sólo yo, ya no sirvo para nada, aunque digan que del buen vino sale el buen vinagre... Estoy casi ciega y casi sorda. Ya ve usted lo que traen los años... Cobíjese bien, don Carlos, cobíjese bien: el frío acaba todo. No hay que descuidarse. Mentira que el buey solo bien se lame. Cuando usted me vió la última vez ¿se acuerda?, todavía caminaba sin trabajo. Ahora tengo que pedir ayuda... ¿Quiere usted una cosa más triste?...

Y en su pregunta pone un no sé qué de misterioso. Su rostro se torna grave, su voz apagada. A través del cristal de sus anteojos, se descubren sus pupilas sombrías. Yo miro sus cabellos plateados, sus manos blancas, su frente pálida.

Doña Débora torna a exclamar:

—¡Don Carlos!... Yo siempre estoy pensando en don Carlos... A ver sus manos, don Carlos; déme sus manos.

Yo siento unas manos frías, secas, suaves.

—¡Qué calientes! ¡Jesús! Parece que le hirviera la sangre. ¡Cómo estarán de heladas las mías! Algunas veces ni las siento. ¿Y el color de mi cara? Cuando le pregunto a mi hijo cómo me encuentra, me dice que me ve cada día más pálida. Yo, cuando moza y mientras vivió mi compañero, tenía el color de las manzanas maduras. Cobíjese bien, don Car-

los, cobíjese bien. Mentira es que el buey solo bien se lame. ¿Hay algo más triste que la vejez? ¡No ver el color del cielo ni el color de las flores!; dar a entender que oímos cuando se nos escapan muchas de las palabras que nos dicen; sentir frío, siempre, como si nevara sobre cuerpo y alma; no poder pegar los ojos, de noche, y aguardar resignadamente la llegada del último día: Todo esto es muy triste, don Carlos; la vejez es hermana de la Muerte.

Y doña Débora se escucha, como si un eco oculto prolongara sus palabras.

Es una mañana de diciembre. Nos hemos sentado bajo el parral. El patio está aromado de flores. En su jaula canta un *chalchalero*.

Un tordo negro y ágil se nos aproxima; brilla el azabache de sus plumas.

—Es mi hijo de crianza.

El tordo se ha posado en el hombro de doña Débora. Cuando la mano fría y suave lo acaricia, inclina la cabecita, se esponja y adormece. El tordo canta cual si estuviese en lo más sombrío del bosque chaqueño.

El semblante de doña Débora se aviva súbitamente. Doña Débora me dice:

—Ya ve, don Carlos, lo poco que cuesta ser feliz... Este tordito, mi hijo de crianza, queriendo o sin querer, me alegra. El siempre está contento aunque yo le corte las alas... para eso sabe cantar y cantará aún estando triste... Al oirlo, me parece estarlo viendo libre y escondido entre las ramas de

uno de esos grandes árboles que dicen que hay en el Chaco.

. . . .

Bueno, don Carlos, no hablemos más de cosas tristes... ¿Y para qué le habré estado calentando la cabeza?... El también tendrá en qué pensar...

¡Asús!... lo que somos las viejas...

A usted le gusta reír, a mí, también, aunque me tenga que tapar la boca para no dar escándalo...

¡Asús!... lo que es la boca de las viejas...

Y reímos. Yo le reclamo lo que me había prometido. Doña Débora sonríe alegremente, me mira y exclama:

—¡Ah!... don Carlos... tiene treinta años y parece un niño... ¡Cómo le gustan los cuentos y los cuentos de viejas!... ¡Asús! cómo se divertirá cuando esté solo!...

Ya se los tenía preparados, don Carlos. Usted perdonará la intención. Son de laya humilde y sin sal. Casos que contaban las antiguas que vivían golpeándose el pecho y haciendo la señal de la cruz. Me los refirió mi abuela, una viejita menuda, palabrera y regañona, que acostumbraba vestir el hábito de San Francisco. Mientras hilaba copo tras copo, solía animarse narrando rancias historias de duendes y aparecidos, de príncipes enamorados y doncellas cautivas, de arrieros y de pastores. De vez en cuando inventaba alguno de esos que llevan la intención como una espina... Me parece estarla viendo, sentadita

en su silla de cuero, rodeada de la familia. La vela que alumbraba a San José, empezaba a parpadear. Las manos se movían atizando el algodón, blanco como la espuma. La negra Domitila iba y venía con el mate de plata boliviana; cuando lo servía, cruzaba los brazos y se plantaba como una peña.

.. ..

Bueno...

Marido y mujer vivían en la cañada de Monte Redondo.

Para que no los olvide, van con pelos y señales: La María era rubia, donosa, una alhaja, la pobre. El Juan era trigueño, flaco, como para voltearlo soplando. Le llamaban por seña el Zancudo. (Zancudo no devió ser. Diz que le faltaba la flecha...). El Juan trabajaba en los cañaverales como despuntero y andaba siempre mal traído, los pantalones llenos de boquetes, las *ushutas* gastadas. Cuando salía a buscar trabajo, no llevaba en las alforjas el avío de tortillas. La María había comprado botines, rebozo nuevo y dos vestidos de percal. Como el despuntero estaba bobo con su mujer, se resolvió a pegar la boca contra la quincha. En el rancho todo andaba manga por hombro. El Juan, mal trajeado y peor alimentado, sufría a boca callada. La María era una diabla: la pobre había rodado por el mundo en malas compañías, así es que lo engañaba a su marido de pico y de obras. El Juan no se daba cuenta.

Yo murmuro:

—Se haría el desentendido...

Doña Débora agrega:

—Mire, don Carlos: diz que no se daba cuenta... Es que era zancudo sin flecha... ¡Asús!... lo que decimos las viejas...

Fué el caso que las comadres de la María, se la juraron: lo tomarían al despuntero de un brazo y se lo dirían todo, aunque quisiera taparse las orejas. A la María se le subió el diablo al pescuezo; andaba azorada temiendo el arreglo de cuentas, como las mujeres que halagan con la boca y muerden con la cola, cuando les llega el turno. El diablo, que nunca duerme, le dió una idea:—Debís hacerle un gorro con todo suerte de cintas—le dijo. La María le obedeció. Una mañana, montada en la yegua del Juan, se fué a la villa y no tardó en volver con todo lo necesario. El despuntero andaba como un perro de pobre, la barriga silbando. Era el tiempo de la cosecha. Por todos los caminos iban las carretas llenas de caña dulce y quejándose. La gente andaba contenta. Uno que otro *machao* se veía con la botella en la mano. Dándose maña y haciendo de tripas corazón, la mala mujer había cosido un gorro, aderezándolo con toda clase de moños y cintas. No dejaban de murmurar las comadres, porque el ayudante entraba en el rancho del despuntero como dueño de casa...

Y sucedió que el Juan vino una noche achispado. Desde lejos ya se le oían los gritos y el galope de la

yegua. ¡Hum!... la María era corajuda y sabía manejar el cuchillo como un hombre.

El Juan se apeó y le fué a dar a su mujer un gajo de albahaca.

—Fijate, Juan, lo que son las comadres...—dijo la María, mirándolo de frente y poniendo cara de enojo—dicen que me van a malquistar con vos porque te pongo el gorro.

El Juan movía la cabeza como admirándose, sin esconder la sonrisa, los ojos alegrones. La María, siguió de esta manera:—Con la plata que me diste me fuí a emplear a la villa. Velay, te hice este gorro! A ver, ponételo, Juancito. ¿Querís que yo te lo ponga? Y se lo zampó hasta los ojos...

—Que no sea tonta mi comadre la Gorda: Mi mujer es dueña de ponerme este gorro y el gorro que quiera—contestó el Juan, empuñando el frasco de ginebra y creyéndose muy ancho con el gorro puesto...

¡Asús!... lo que contamos las viejas...



Reímos francamente, ingenuamente. Y recordamos los felices días de bulla y holganza.

Doña Débora me dice:

—Don Carlos, ¿quiere que tomemos mate?

—¡Como no!—le contesto.

Doña Débora ceba mate en un oloroso *poronguillo*. La bombilla es de plata. Los mates que ceba doña

Débora son dulces, calientes, con ligero sabor a cáscara de naranja. Mientras yo tomo uno, doña Débora se está callada, pensativa. ¿En qué piensa doña Débora mientras yo tomo un mate?

—¡Cuénteme otro!... Sí... doña Débora, cuénteme otro—le digo.

—¡Don Carlos! ¡Cómo es don Carlos!: tiene treinta años y le gustan los cuentos de las viejas, como si fuera un niño. Bueno, le contaré otro, mientras tomamos mate.

Alegrando la voz, doña Débora empieza:

—Este que saldrá a relucir, es también de la cosecha de mi abuela, la viejita menuda, medio santulona y medio traviesa, que vestía el hábito de San Francisco, rezaba golpeándose el pecho después de las comidas, se acostaba con el Jesús en la boca y el cigarrillo de chala entre los dedos. Como la viejita se divertía poniendo a todos sobrenombres afrentosos, contando el caso, decía:—El *Yuto* era de esta pinta o de esta otra laya.

.. ..

—Cuando casó Juan Domingo, el Yuto, (le decían Yuto porque su nombre era sin cola: sin apellido) ya le apuntaba el bigote. Se había criado al arrimo de una familia decente sirviendo de peón de mano. No le habían salido del todo buenos los patrones, así es que el Yuto estaba acostumbrado a las duras y por poco no perdía los estribos. Era, pues, un mozo callado, bueno como el mejor, pero feo a matarlo...

Diz que el pobre era ñato, bocón, patizambo, carirredondo y turnio por añadidura. Quién iba a amartelarse de semejante mozo? La pobre Martina lo vió y se enamoró de él hasta los huesos. Y se casaron. En la boca de la quebrada del Chirimayu, el Juan Domingo plantó su rancho, la quincha de suncho y el techo de paja de arroz. El Juan Domingo trabajaba de labrador; conocía el monte al dedillo. En esa parte la sierra era un infierno de árboles tupidos y enormes. El Yuto andaba siempre monteando. Su hacha filosa tumbaba laureles, lanzas, horcomolles, cedros, horcocebiles, tipas, nogales, guayacanes, yuchanes y viejos pacarás, que caían haciendo un ruído tremendo. El Juan Domingo labraba los troncos a las mil maravillas. En mirando las hojas, reconocía un árbol y se orientaba en lo más obscuro del monte donde ni los tigres se metían. Se daba maña para cargar los grandes troncos, y unas veces de tarde, en otras ocasiones al amanecer, se largaba quebrada abajo por el angosto camino cubierto de helechos y de hierbas olorosas, con su zorra y sus bueyes. Venía arremangado los pantalones, descalzo, en mangas de camisa, picana en mano y cantando la vidalita del carnaval:

Dicen que el carnaval viene
por el campo Los Laureles...
Ya me canso de esperarlo,
con la caja y los claveles...
Por esta calle a lo largo,

Juran que me han de matar
con un cuchillo de palo
¡Quién sabe si cortará!...
Pa eso me has traído,
pa verme llorar.

Al pobre ñato sólo lo escuchaban las yeguas chúcaras, los potros baguales, los toros orejanos y las avecitas del monte.

La Martina, al principio se portaba bien: le arreglaba la ropa de su marido, molía el maíz para el locro, amasaba tortillas y hasta armaba cigarrillos en chala para vender. El Yuto vivía contento. Como el diablo no duerme, la tentó a la Martina y la pobre cayó en tentación. Y ni comió ni durmió tranquila, desde entonces, con la espina clavada.

La Martina era buena moza, de carnes regulares y ojos matadores. Con un tal José Pedro se amartelaron.

¡Qué iba a suponerlo el pobre Yuto, si no paraba en el rancho!

Cambió la Martina como del día a la noche. Una tarde llegó el Juan Domingo cuando el sol estaba bajo. El rancho estaba silencioso. La Martina dormía en el catre de tientos. El Yuto miró para todos lados: el mortero y la mano, en el suelo; la batea tirada; la olla de fierro en el patio; el fogón sin una brasa... Como el Yuto era de aguante y no de pocas pulgas, sufrió sin decir una palabra.

El diablo quiso repetir la prueba y la repitió cua-

tro veces seguidas; pero a la quinta vez vino el reventar, mas sin escándalo. ¡Está bueno el culantro, pero no tanto!...

Tenía el Yuto una chaqueta tableada, limpia y nuevita, la de los días de fiesta.—Oyé, Martina,—le dijo esa vez—alcanzame la chaqueta y el rebenque de tres ramales. La Martina le hizo caso. El Juan Domingo colgó la chaqueta en la solera y empezó a zurrarla diciendo más o menos así:—"Cuando yo vuelva del trabajo, me has de esperar con el fuego encendido, con la pava sonando, con la olla parada, con la tortilla bajo el rescoldo"... La Martina lo miraba en silencio y con ganas de reir. Calladito, el Juan Domingo, llevó los bueyes al potrero y se fué a comer al rancho de su compadre. Mientras tanto el ayudante no perdía pisada; apenas se iba el Yuto, ya estaba al ladito de la Martina, templando la guitarra y componiendo la voz. Diz que era cantor el ayudante gorrino... ¡Asús!... y que tocaba la vihuela de punteo y rasgueando.

Mal aconsejada de su amante, la Martina quería a todo trance aburrirlo al Yuto para tomar después las de villadiego...

Dos y tres veces se repitió la abatanadura de la chaqueta, siempre con el mismo acompañamiento:—"Ya te dije que cuando vuelva del trabajo, me has de esperar con el fuego encendido, con la pava sonando, con la olla parada, con la tortilla bajo el rescoldo"... Pero la mala mujer—tentada del diablo—no se daba por aludida. Y sucedió lo que debía su-

ceder: Una tardecita llegó el Juan Domingo hecho un tigre y como era feo a darle con un palo, su cara infundía terror. Todo le había salido mal ese día: al tumbar un cedro, una rama casi le llevó la oreja y le dió en las costillas; en el camino se le quedó coja la zorra y metida hasta el eje en un pantano. Para colmo de sus males, se le empacaron los bueyes y el más lerdo y viejo le sacudió una patada, que a no ser de refilón, al pobre Yuto lo hubieran traído con pies ajenos para velarlo. Ese mismo día lo aturdieron los zancudos, lo meó un *pischilinga* (1), lo picaron los tábanos, lo comieron las *uzapuças* (2), lo atajó el río y casi lo llevó la creciente. ¡Dígame, don Carlos!... era como para que el pobre Yuto hubiese disparado dando gritos... Y llegó y miró para todos lados. El rancho estaba en silencio. La Martina dormía en el catre de tientos. El mortero y la mano, en el suelo; la olla de fierro, en el patio; la batea, tirada; el fogón sin una brasa...

—¡Martina!... ¡Martina!... ¡Martina!—dijo el Juan Domingo como si estuviera contento. La Martina se levantó de mal humor, los ojos como diablo. —A ver, Martina, alcanzame la chaqueta y el rebenque de tres ramales—le dijo el Yuto, ya con sangre en el ojo... La Martina le hizo caso.—A ver, hijita, ponetelá a la chaqueta, ma viamos cómo te queda—siguió diciendo. El diablo se moría de risa en los profundos infiernos, mirándola a la Martina sin ta-

(1) Voz quichua. Zorrino.
(2) Voz quichua. Piojo colorado.

bla de salvación. Y se la puso a la chaqueta. ¡Pobre Martina!: El Juan Domingo la tomó de un brazo y con el rebenque le empezó a dar duro diciendo:— "Ya te dije que cuando vuelva del trabajo, me has de esperar con el fuego encendido, con la pava sonando, con la olla parada, con la tortilla bajo el rescoldo"...

—¡Ay!... ¡Ay! ¡Ay Jesús! ¡Ay María Santísima! ¡Ay San Juan! ¡Ay San Roque! ¡Ay! ¡Ay!— gritaba desesperada la pobre Martina, mientras se atajaba los rebencazos como Dios quería. El bárbaro le abatanaba las asentaderas furiosamente. Cuando ya se le iba a saltar el brazo, la dejó y dijo:— ¡Nai cuándo te pego a vos?... ¡Veanlá cómo llora la tonta!... ¡Nai si le estaba enseñando a la chaqueta a ser como la gente!... ¿No vís que le pegué a la chaqueta? Y le quedaron descueradas las nalgas a la pobre Martina. Diz que desde entonces fué buena y que se puso paños de agua fría para calmar la calentura... ¡Asús!... lo que contamos las viejas...

Y soltamos la carcajada. Doña Débora está alegre y acaricia mis manos ardientes. Doña Débora tiene los cabellos plateados, las manos secas, blancas, suaves, frías; la frente pálida.

EL PRIMER SUSTO

(Un rancho a la vera de un sombrío camino de herradura.

Alrededor del fogón, sentados en sillas de cuero, platican un viejo, un rapaz y un gañán.

Corre un vientecillo helado.

Reina la noche.

A ratos, brilla la luna entre los negros ramajes de los naranjos; por intervalos se oculta.

Llamean los tizones del fogón.

El viejo, el gañán y el rapaz, extienden las manos ásperas en busca de calor. Descarnadas y frías son las manos del viejo; velludas, abultadas, callosas, son las manos del gañán. El rapaz tiene el cutis moreno, la mirada noble, las manos ágiles.

El viejo se ha embozado; cuando no habla, tirita dando diente con diente.

El Rompefierro y el Nerón, han descripto su espiral junto al fuego y se están silenciosos, amodorrados, con el húmedo hocico sobre las patas.

En la quinta de naranjos, un ave grita:—¡ Alilícuco!

¡Alilí-cuco! ¡Alilí-cuco! ¡Alilí-cuco!)

El viejo

Para el pobre, en todas partes es lo mesmo.

El gañán

Por eso, más vale arrear que cargar.

El viejo

Decís bien, Javier: ya lo vís a mi compadre Marcelo, ni suda ni puja; lo pusieron de capataz y de capataz se va a morir. La patrona lo quiere. ¡Junto al fuego no hace frío!...

El gañán

Así es.

El rapaz

¡Y ya ve que el José ni andar a caballo sabe!

El viejo

¿Y para qué quiere mi compadre que sus hijos aprendan a montar a caballo, si ya son niños decentes?... La patrona les regala calzones, sombreros y les deja libres las higueras y los naranjos...

El rapaz

¡Y a mí me corre cuando me ve asomar por la quinta!...

El gañán

Dicen que su compadre es de la familia de la patrona?...

El viejo

Así ha de ser... Por la pinta...

El rapaz

La mama vieja, cuando habla de ño Marcelo, dice que es yuto...

El viejo

Yuto o coludo, la cosa es que mi compadre pasa la vida gorda, mirando cómo los peones trabajan al rayo del sol. Y se ha hecho medio fastidioso y entonao...

El gañán

El otro día tuvo unas palabras con el Eudoro, porque lo pilló sentao en un surco, pitando. ¡Y eso que ya estaba el sol a plomo!...

El viejo

El que a cuchillo mata, a la larga, a cuchillo muere. Dejalo, dejalo al compadre...

El gañán

Dicen que anda medio enfermo.

El viejo

Nai si tiene el mal de aire. De estar bien como nosotros, se cae redondo, empieza a echar espuma por la boca y a torcer los ojos...

El rapaz

A la oración cerrada, pasó al galope ña Corazón.

El viejo

La habrá hecho buscar la comadre...

El gañán

¡Quién sabe si ésta no es la última!...

El viejo

Cuando vuelva la Lola vamos a saber cómo sigue. A ver, Félix, acercá la olla pa el *aunca* (1).

---

(1) Voz quichua, Maíz tostado,

(El rapaz busca el pote, pone dentro maíz y ceniza y lo arrima al fuego. Llamean los tizones. Heladas ráfagas recorren los caminos silenciosos. Lejos, vagan negros nubarrones.—¡Alilí-cuco! ¡Alilí-cuco! ¡Alilí-cuco!—grita el ave taciturna. En la olla negra revienta, salta, florece, el dulce maíz).

El gañán

Ya se ha hecho tarde y no viene doña Lola...

(El viejo se levanta, camina algunos pasos y mira el cielo).

El viejo

Fijate, Javier, cuando las Siete Cabrillas están en línea con la copa del laurel, son las doce. Todavía les falta algo que andar...

El gañán

Es corajuda doña Lola pa largarse solita tan a deshora...

El rapaz

La mama vieja no tiene miedo. Diz que muchas ocasiones pasó ya entrada la noche por el cementerio de la Villa y que no la espantaron.

El viejo

Es que se hace la fuerte. Cuando lloran los perros de noche, ella se tapa cabeza y todo. Con las almas en pena no hay que jugarse...

El gañán

Yo no ando a gusto de noche, desde una vez que me hablaron...

El viejo

¿Y cómo fué?

El gañán

Al pasito venía en la mula, cantando, cuando de entre el monte me dijeron: ¡Javier!... ¡Javier!... ¡Javier! Tres veces me llamaron.

El viejo

¿Y no contestaste?

El gañán

Cuando quise hablar, se me apretó la garganta de rompe y rasga y temblé de miedo.

El viejo

¿Y no te volvieron a llamar?

El gañán

¡Nada!

(Destellan las pupilas del rapaz)

El viejo

¿Y qué hiciste?

El gañán

Nai seguir al pasito mordiendo el cuchillo. Cuando llegué a Yucuco, desensillé y me puse a dormir en medio del monte. La mula no me dejó pegar los ojos, bufaba como si mirase al diablo y quería cortar el lazo. Tres veces me volvieron a llamar: ¡Javier! ¡Javier! ¡Javier!

(Acechan azorados los ojos del rapaz)

El viejo

¿Y era la mesma voz?

El gañán

Así parecía. Era una voz gangosa, temblona y fiera.

El viejo

¿Y ni una luz se veía?

El gañán

Nada. El monte estaba tan negro como la boca del infierno. Cerquita lloraba el kakuy...

El viejo

¿Y a larga distancia de onde te llamaron la primera vez?

El gañán

Nai como a unas cuatro leguas...

El viejo

¿Y no sentiste que te sacudieron y que te pasaron por la cara una mano helada?

(El rapaz no pierde palabra, se los come con los ojos).

El gañán

Ni las manos tenía afuera. La mula estaba cerquita, atada a un tronco. Era como para perder el sentido oyéndola bufar.

El viejo

Estaría viendo cosa mala. Los perros, las gallinas, los caballos y las mulas, ven clarito las cosas del otro mundo. ¿Y no te volvieron a llamar?

El gañán

¡Nada!

El viejo

Sería algún amigo de tu confianza que se andaba despidiendo antes de presentarse al Señor...

El gañán

Nai así será. Cuando llegué a la Rinconada, me avisaron que al Nicanor lo habían matao de un tiro en una parranda. Dicen que estuvo penando, antes de cortarse, y a las mismas horas que me llamó...

(Los perros se lanzan al sombrío camino de herradura y ladran, acechan, husmean. Un gallo anuncia la media noche. Las Siete Cabrillas están mirando a la copa del viejo laurel. A ratos, se oculta la luna. El viejo, el gañán y el rapaz se miran absortos. Flamea el rojo sangriento del fogón. Los perros callan. Una mujer, tocada con negro manto, se aproxima. Camina de prisa; llega acezando; es alta, vieja, flaca y tiene la cara color de cera).

El viejo

Es la Lola. Vamos a ver lo que dice del compadre.

La vieja

¡Ramón! ¡Ramón!: el compadre se nos va!...

(El viejo y el rapaz se asustan)

El viejo

¿Se nos va?

La vieja

Nai ya se estaba por cortar... ¡Pobrecito!

El gañán

Y no parecía tan enfermo...

El viejo

Ya ven lo que es la vida.

La vieja

Ché Javier, hacenos el servicio de ir a la Villa a llamarlo al doctor; allí tenís la yegua; está atada al guarán.

.. ..

Félix, andá a pillar el caballo al potrero, pa irme a verla a ña Angelita, ella tal vez lo vuelva...

(El gañán se va. Félix coge el lazo y sale. Cerca está la dehesa poblada de *ichibiles* y *guaranes,* donde el rapaz enlazará su caballo. El viejo y la vieja no hablan.

Félix camina ligero; lleva un cuchillito a la cintura. A ratos, el camino aparece blanco, orlado de negros y fantásticos murallones.

El rapaz ha oído decir que al pie del viejo y alto pacará, espantan.

En la quinta de naranjos, el ave taciturna grita: ¡Alilí-cuco! Alilí-cuco! Alilí-cuco!

Un horrible bicharraco, alma en pena, duende o demonio, lentamente, lentamente, atraviesa el camino. El rapaz lo ve, quiere huir y no puede, siente amontonada la sangre en la cabeza, le falta la tierra bajo los pies... El rapaz se desploma gritando: — ¡Mama vieja! ¡Mama vieja!)

El viejo

¿Has oído, Lola?... Es el Félix...

La vieja

¡Ay! ¡Pobrecito!... Me lo habrá espantado el compadre.

(El viejo y la vieja corren por el silencioso y sombrío camino de herradura. El rapaz está tendido boca abajo).

BRUJERIAS

Acostada en su catre de tientos, Juana, la Juanita alegre, donosa, alhaja de mejores días, mira y cuenta las negras cuentas de un rosario. Juana está desfigurada. Don Ezequiel ha venido a verla y no la ha conocido. A doña Andrea le causó grima el semblante de Juanita. Don Pedro y don José, dicen que la zagala está muy mal.

Juanita tiene los ojos verdes hundidos y circundados de azul. No son ya sus ojos, aquellos ojos que se entornaban con vaguedad de ensueño. Ahora la mirada es huraña, a ratos honda, hipnótica. Los labios que fueron de púrpura, están fríos, secos, cárdenos. Ya no caen sobre la frente pálida, los bucles de su tocado y como dos rosas se marchitaron sus mejillas.

—La Juanita está grave,—dice don José—la Juanita ya no habla. Dos días y sus noches ha pasado con el rosario en las manos.

¿Qué tiene Juanita?

Doña Dolores se le acerca de rato en rato, acaríciala y le dice buenamente, humildemente:

—¿Querís, hijita, un pocillito de caldo? Recogí la flor del caldo...

Y Juanita no repara en nada, ni oye, ni contesta. Doña Dolores empieza a plañir escondiendo el destendido rostro entre las manos.—¡Ay!.. mi hijita!... ¡Ay!... mi hijita—repite apenada.

Al pie del lecho de Juanita, se ve un altar improvisado: sobre una mesa rústica hay dos velas que bañan con tímida luz el cuerpo ensangrentado de Nuestro Señor del Milagro.

Doña Dolores, de rodillas ante el Señor, reza, reza y llora acongojada.

¡Qué será de doña Dolores si muere Juanita! La Juanita es para todo: arma cigarrillos de chala, amasa el blanco pan y las tortas sabrosas, cose ropa de cargazón, maja maíz en el mortero, ceba el dulce mate con azúcar quemada y cáscara de lima y va también al cercado a desbrozar el arroz.

Reza y llora doña Dolores.

—Señor del Milagro: ¡llévame a mí primero!—exclama dolorida.

¿Qué tiene Juanita? Los amigos de doña Dolores afirman que la zagala está muy mal, que dos días y sus noches ha pasado mirando y contando las negras cuentas de un rosario.

Una vieja ha dicho:—¡Pobre doña Dolores!... la compadezco; el médico no vendrá porque vive muy lejos y porque no hay plata.

Ha llegado el boticario, un hombre viejo, enjuto de carnes, de continente tímido.

—¿Desde cuándo está así?—pregunta el boticario.

—Señor,—responde doña Dolores a punto de soltar el llanto—hace como unos tres meses que la pobre empezó a sentirse descompuesta, nada le paraba en el estómago, todo le hacía mal y temblaba de miedo cada vez que miraba su sombra. De noche, a veces la toma el delirio y se pone con los ojos fijos. Dice que siente que una víbora le come el corazón. Ahora, señor, mi pobre hija ya no articula palabra...

El boticario mira a Juanita y le pregunta:

—¿Se acuerda usted de su novio?

Juanita no repara en nada, ni oye ni responde.

—Sí, señor, tuvo un novio,—asegura doña Dolores—era un mozo bien parecido, bueno, guapo, cariñoso, se llamaba el Javier. ¡Y cómo me la quería el pobre!

—¿Y por qué no se casaron?

—Caprichos, señor, caprichos... Una tarde la Juana le dijo al Javier que ya no lo quería y el Javier se fué. Diz que el Javier juró vengarse.

—¿Cuál Javier era?

—El Javier González.

—¡Hum!... El hijo de la santiagueña...

—El.

—Vea, doña Dolores, a su hija le han hecho el mal, no tiene vuelta... Este es un asunto de curanderas y brujas. Hágala buscar a la santiagueña... ¿Alguna vez el Javier les trajo regalos?

—Siempre nos traía empanadillas.

—¡Hum!...

—Desde que comió la última empanadilla está enferma mi hija. Se perdió el Javier y se enfermó la Juana...

*
* *

Diez leguas galopó Absalón hasta el rancho de la santiagueña; acezando llegó su caballo. Absalón la conocía; ella lo había criado. Durante todo el camino, Absalón se preguntaba:—¿Será cierto que le han hecho el mal? ¿Será cierto que una víbora negra le pica el corazón? ¿La sanará ña Jesús? ¿Será bruja ña Jesús?

La santiagueña juntaba toda clase de hierbas, unas para el mal de ojo, otras para el mal de oído, chucho, dolor de cabeza y mal del corazón. Con la raíz de un bejuco salvaje que crece con los altos horcomolles, la santiagueña preparaba un polvo fino, aromático, dulce, que ocasionaba lentamente, la locura o la muerte.

Diez leguas galopó el Absalón hasta el chocil de ña Jesús.

Ibase la tarde. La santiagueña, sentada en una silla de cuero, hilaba. El huso, girando como un peón, torcía y torcía las hebras suaves y blancas. En el patio limpio, un perro flaco y triste dormía mansamente. Ña Jesús, mientras hacía girar el huso, pensaba:

¿Onde andará mi Javier? Tres días y tres noches van que no viene... ¡Que se muera la Rubia, que se muera!... ¿Acaso mi Javier es perro pa echarlo de ese modo? Que se muera...

El Javier, mozo guapo y cariñoso, una tarde le había dicho:—¿Querís que te traiga una rubia? Es buena y es linda como la Virgen María. Pero el pobre Javier, una noche llegó borracho y temblando de rabia y de vergüenza... Y ella, la vieja Jesús, le dió a su hijo el puñal vengador.

—Se lo darás tres veces y otras tres—le dijo.

—¿Se morirá?—preguntó él, amedrentado.

—Se morirá poco a poco como a vos te engañó...

Y él cumplió su promesa.

.. ..

Después que tomaron mate, el Absalón le dijo:

—Mama vieja, me han mandao pa que la lleve. La Juana se va... Ya no habla, ni mueve los ojos...

—¡Ah!... es la Juana la que se muere?... Que se muera!... A esa yo no la curaré, que la cure el diablo...—respondió la santiagueña.

Tanto la rogó Absalón, que ña Jesús, movida a compasión, se decidió a partir, llevando en la mano un haz de hierbas milagrosas y en el corazón, el rencor eterno.

***

Y cuando ña Jesús llegó a la puerta del chozo, doña Dolores, don José, don Pedro y la comadre

Rosa, sintieron el trágico aleteo de un pájaro fantástico.

—¡La Bruja!... ¡La Bruja me mata!—Gritó Juanita desesperada y cerró lentamente sus ojos verdes de mirar sereno, hipnótico, sagrado.

LA LEONA...

Apenas llegamos al arroyo, nos detuvimos. El Chirimayu no estaba crecido. El agua cristalina iba a saltos entre pulidas y pintadas piedras.

Cuando nos echamos a andar de nuevo, apareció en el caminejo de herradura, una vieja flacucha montada en una jaca torda.

—Aquí viene ña Leona,—dijo Misael—¿se acuerda de ña Leona? Su agüela la tuvo mucho tiempo en su casa...

La vieja vestía falda de percal; un manto negro le ceñía el óvalo del rostro y le caía a plieges sobre el pecho; tenía el cutis zaino lleno de viejas arrugas, la nariz filosa y larga, sarmentosas las manos, desnudos los pies y negros los grandes ojos de mirada fría, tenaz, calculadora.

—Creo que la conozco...

—Su agüela la tuvo mucho en su casa.

—Güenas tardes les dé Dios—nos dijo al pasar la vieja. Su voz era apagada, triste.

Y fumando a lentas chupadas su cigarrillo de chala, siguió su camino, seria, indiferente, silenciosa.

—Ña Leona... ña Leona... ¿Sabes que no me acuerdo?...

—Por mal nombre le decimos ña Leona, pero ella se llama Corazón Gutiérrez.

—No me acuerdo.

—Piense un poquito y se acordará.

El caminejo caprichoso era como una brecha en la inmensidad del bosque. Por intervalos, Misael echaba mano a su cuchillo cañero para voltear las ramas que nos impedían el paso.

Misael iba a mi vera, cavilando. Ya habían quedado lejos las dehesas pobladas de *tuscas* y *churqis*, cuando se nos vino encima la noche con su cielo azulado y sus estrellas brillantes. Recogiéronse a sus nidos las azules urracas, los pintados *chalchaleros*, los bulliciosos loros, las medrosas torcaces y el tímido crespín se escondió en lo más obscuro del bosque.

¡Ni un barrunto de ventisca!

De pronto Misael rompió a decir:

—Pa las doce, estaremos en Los Nogales; a eso de las tres, en los Horcomolles; aura estamos pasando cerca del rancho de ña Leona. ¿Lo ve?

Apenas se distinguía un pequeño chozo.

—Sí, lo veo. ¿Vive sola?

—Nai solita.

—¿Y sus hijos?

—Si no tiene hijos, se le murieron todos.

—¿Y su marido?

—No tiene. Hace mucho, mucho, que murió Marcelo, el Indio, así lo llamaban por mal nombre. Las

malas lenguas dicen que ña Leona vive con el diablo. ¡Vaya a saber uno!...

—¿Dónde estará la vieja?

—¿No se acuerda que la topamos cerca del arroyo? Aura irá de viaje. Vaya a saber uno pa dónde irá...

—¿Y por qué le dicen ña Leona?

—Es un caso, si quiere se lo contaré; cuando yo era un *chango,* mi agüela me lo contó. Entonces ña Leona era la mesma Leona que vido pasar. Dicen las malas lenguas que la vieja es eterna. ¡Vaya a saber uno!...

Como la hora era propicia para tal linaje de memorias, encendimos un cigarrillo y Misael comenzó:

Ña Leona se casó con Marcelo, el Indio. Marcelo era domador; le decían el Cabudo porque tenía el pelo arisco y los bigotes ralos. Petiso y retacón era Marcelo y hombre de pocas palabras. Una cicatriz le bandeaba la cara. Diz que el Indio se sentaba muy bien a caballo y que era de los güenos... Vivían como pobres. En el terreno de algún rico hacían el rancho. Marcelo le amansaba los potros. Ña Leona amasaba roscas y empanadillas, armaba cigarros de chala, todo lo cual ponía para vender sobre una mesita, cerca la puerta del rancho. El que pasaba por allí y tenía hambre, podía comprar algo.

Y vivieron felices comiendo locro y mazamorra. Felices...; vaya a saber uno si hay cristianos felices! Y Marcelo tenía su lao flaco: le gustaba la bebida. ¡Cómo no le iba a gustar si era indio!...

Diz que salía siempre en un redomón alto, lustroso y lindo, y que por costumbre llevaba un gajo de albaca sobre la oreja. Volvía a su rancho cuando ya no podía más y desataba la lengua. ¡Hum!: ña Leona lo tenía que aguantar y lo aguantaba. En dos por tres resbalaba su cuchillo del catorce, empezaba a pegarle planazos al mortero o se plantaba a gritar en medio del callejón. Y cuidadito con hacerle la contra... Ña Leona lo quería mucho y lo dejaba y lo dejaba. ¡Qué iba a hacer la pobre! El indio se cansaba de molestar y se caía a dormir boca abajo.

Y sucedió que al Marcelo le vinieron unos dolores por todo el cuerpo y poquito a poco se quedó tullido. La curandera no halló en el cerro las hojas pa ese mal. ¡Cuánto tiempo habrá estao sin poderse mover! Diz que ña Leona tuvo que amansar los potros sin abandonar los trajines caseros. Los amansaba cangandolés costales pesados y a la semana ya los montaba. Era corajuda como pocas.

Ña Leona le hizo una promesa a la Virgen del Valle y el indio se levantó solito. Al verse sano y salvo, como la cabra del monte, volvió a lo de antes y con más ganas. En una de esas lo llevaron preso: diz que el indio lloraba de rabia al verse en manos de los agentes y sin cuchillo. Y lo metieron en el cepo. Y en el cepo quedó. Ña Leona, al saber lo que había ocurrido, montó a caballo y se fué a la comisaría. El señor comisario y los agentes estaban durmiedo; el indio, llorando de rabia. En un abrir y cerrar de ojos, diz qua ña Leona los corrió a todos

a planazo limpio. Parecía una mujer condenada. Así se salvó el Indio. Y juntos volvieron al rancho. Desde entonces, a ña Corazón Gutiérrez, le dicen ña Leona.

Después... diz que perdieron los hijos; el Marcelo murió derrepente y el potro que montaba lo llevó muerto a su rancho. Ña Leona no pudo aguantar el dolor y huyó pal monte, lejos, muy lejos, onde lloran los pájaros de noche.

Y dicen las malas lenguas que vive con el diablo... ¡Vaya a saber uno!...

Misael tornó a callar. Ibamos al paso lento de nuestras cabalgaduras, como dos viajeros taciturnos perdidos en el bosque. El caminejo de herradura se había borrado en parte. Enormes pacaraes y horcomolles, altos nogales y virarúes, centenarios cedros y laureles, nos cerraban el paso.

Repentinamente Misael detuvo el caballo.

—¿Oye?... ¿Oye?... Llora el kakuy. Todas las noches lo llama a su hermano.

Cerca, el pájaro solitario y triste, tocaba su flauta lastimera.

DE NOCHE

Noche ardorosa y sosegada.

—¡Juan! ¡Juan!... ¿no sentís cómo lloran los perros? ¡Juan!... ¡Juan! ¡Juan!

El viejo Juan, tendido a lo largo, duerme bajo la vieja morera. El viejo Juan duerme apaciblemente. La Martina está despierta. La Martina no puede olvidarse de todo y huye del sueño. Recogida a su lecho, piensa y piensa. Los perros aúllan. Y tristes, plañideros, son sus aullidos.

—¡Juan!... ¡Juan!... ¿no sentís cómo lloran el Centinela y el Rompefierro?

El viejo Juan duerme; su sueño es dulce, tranquilo.

Los perros se inquietan cada vez más y arregañados los dientes, encendidos de cólera y terror los ojos, avanzan fieros, retroceden aturdidos y se quedan alelados mirando y mirando, a la vera del callejón.

—¡Juan!... ¡Juan!... Por la Virgen María, despertate hombre!

La Martina tiene miedo; le salta el corazón, le tiemblan los brazos, le tiemblan las piernas. La Martina se acuerda de la comadre Ramona que murió repentinamente al pie del viejo laurel.

¿Es que ha vuelto la comadre Ramona?—piensa la Martina y un sudor frío la baña.

—¡Juan! ¡Juan! ¡Juan!...

Tendido largo a largo, bajo la vieja morera, el viejo Juan duerme sin acordarse de las almas del purgatorio.

Los perros arremeten nuevamente, iluminados los ojos, erizado el pelo. Vencidos otra vez, aúllan desesperadamente. La Martina coge su rosario y reza por el alma de la comadre Ramona, que murió repentinamente al pie del viejo laurel. A medida que hace pasar las cuentas, su corazón de pecadora vuelve a la calma y siente un alivio.—La comadre Ramona murió sin confesarse—piensa la Martina—y el miedo cruel la sacude.

—¡Juan!... ¡Juan! ¡Juan!

Los perros aúllan amargamente.

La Martina cobra valor, se incorpora y va a sacudir al viejo Juan que duerme profundamente.

—¡Vamos, Juan!... ¡Juan!... ¡Juan!... No me dejan dormir los perros. ¿Onde tenís el cuchillo? ¡Juan!... ¡Juan!...

El viejo ha sentido el roce de una mano huesosa y fría y ha entreabierto los ojos.

—¿Queé?

—¿No sentís cómo lloran los perros? ¿Será la comadre Ramona que anda borrando los pasos?

—Será...

—¿Se habrá apagao la vela del laurel?

—¿Y cuántas noches van ya?

—Van seis.

El viejo Juan coge su sombrero, lo deja caer en el suelo y reza un padrenuestro. La Martina reza también.

Aúlla el Rompefierro. Moviendo la blanca cola, el Centinela se acerca a su amo.

El viejo Juan desenvaina su cuchillo y muerde la hoja pulida y fría.

El Rompefierro enmudece.

La Martina se ha recogido a su lecho. El viejo Juan pone la cabeza sobre la almohada de chala y se duerme sosegadamente, profundamente.

Es vieja la Martina y duerme poco.

—Pobre la comadre Ramona—dice la Martina—le quedamos debiendo un costal de *ancos* y otro costal de sandías. ¡Pobrecita!, murió sin confesarse, la muerte no le dió tiempo. Dios la tenga en su santo reino. Ocho costales nos trujo y un almud de maíz. Le quedamos debiendo un costal de *ancos* y otro costal de sandías. Si la caña nos da alguito este año, le vamos a encargar una misa. ¡Pobrecita la comadre! Murió sin la gracia de Dios.

Los perros, husmeando, husmeando, han llegado hasta el pie del viejo laurel que está a la vera del ca-

llejón y aúllan tristemente, como si distinguieran macabras procesiones.

—¡Juan! ¡Juan! ¡Juan!... ¿No sentís cómo lloran otra vez los perros?... ¿Los sentís? La comadre Ramona anda borrando los pasos... Ocho costales nos trujo y un almud de maíz. Le quedamos debiendo un costal de *ancos* y otro costal de sandías...

¡Juan!... ¡Juan! ¿Onde tenís el cuchillo?

El viejo, tendido a lo largo bajo la vieja morera, duerme profundamente.

La Martina se viste, enciende la vela y va a sacudir al viejo Juan.

—¡Juan! ¡Juan! ¿No sentís cómo lloran el Centinela y el Rompefierro?

—¿Queé?

—¿Los sentís otra vez?...

—¿No van ya las nueve noches?

—Van seis.

—¿Se habrá apagao la vela del laurel?...

—Nai... yo la encendí a la oración cerrada; la cruz estaba bien.

—¡Quién va a andar tan a deshora!... Será la comadre...

—Ocho costales nos trujo y un almud de maíz... Le quedamos debiendo un costal de *ancos* y otro costal de sandías...

—¡Pobre la comadre! ¿Querís que vamos a ver si está apagada la vela?

—Nai vamos... Yo no puedo pegar los ojos.

Y los dos viejos caminan quedo y llegan al callejón donde se ve un laurel viejo y sombrío. La Martina es presa del miedo cruel. El viejo Juan escudriña, rebusca y ni un bulto se mueve. El Centinela y el Rompefierro, husmean, husmean. La noche es ardorosa y tranquila.

—La cruz está bien. ¿Y quién habrá volteao la vela?

—Nai yo no sé. Che Juan, le tenemos que hacer decir una misa pa la comadre.

—Nai bueno; si la caña no se pierde este año...

—Ocho costales nos trujo y un almud de maíz. Le quedamos debiendo un costal de ancos y otro costal de sandías...

*
* *

Ahora, el viejo Juan duerme profundamente sumido en ignorada quietud.

LA MUECA DEL DIABLO

Los mozos habían invitado también al señor cura, don Roque Aguilera. Don Roque frisaba en los treinta años; era moreno, ventrudo; tenía los ojos grandes y la boca de diablillo; usaba anteojos y hasta solía recogerse la lustrosa sotana para mostrar sus pantalones cortados a la moda. Don Roque estaba en el corazón de todos: lo querían, lo agasajaban, porque era un cura criollo que no pensaba en latín, un cura franco, liberalote y feo por añadidura.

El camino era largo y orlado de yuchanes, talas y ceibos. Cuando llegaron a la soberbia quebrada, sentáronse a la sombra de un viejo y corpulento pacará. El señor cura, que tenía molidas las posaderas, dijo: — Charlen, diviértanse, hijos míos; el mundo no es de los tontos ni de los tristes. Tú, Juanito, coge la mano de Carmencita; Carmencita es un ángel, no le tengas miedo, hombre... Tú, Pablito, no necesitas maestro, ¿eh?... ¿Verdad, Panchita?

—No necesita, de veras, aunque una lección suya será siempre interesante... — contestó Panchita.

—Pero, usted, señor curita, no ha traído compa-

ñera!... — dijo Elena, sonriendo maliciosamente.

—De veras... ya caigo en la cuenta... Es cierto. No hay remedio. Seré compañero del asado — dijo don Roque guiñando el ojo.

Don Roque asió el canasto, apartó la carne y se puso a encender fuego, temiendo que a sus amigos y amiguitas se les ocurriera jugar a las prendas; teniéndolo en la berlina, ya le habían dicho al oído: bonito, tonto, feo, mujeriego, charlatán, boca de trucha, ojos de mochuelo, gordo maleta y otras lindezas. Así fué que Don Roque decidió defenderse, refiriéndoles una historieta vulgar.

Don Roque empezó a decir:

—Ya que os agradan los casos, voy a contaros uno que me narró mi tía, una vieja solterona y beata.

¿Habéis oído nombrar a doña Eulalia, aquella viejita ricacha a quien solían llamar la Tamalera?

—Sí, sí, ¿la que hacía ricos tamales? — dijo Dora.

—Y empanadas de gallina — agregó Delia.

—La misma. Doña Eulalia tenía dos hijos; el menor se llamaba David, aunque todos le decían el Loco...

—David ya murió — observó María.

—Sí, ya murió. Escuchad lo que al pobre le aconteció. David quedó viudo a los pocos meses de haberse casado. Tanto amaba David a su joven y hermosa compañera, que viéndose solo, pensó suicidarse. La pobre doña Eulalia lo aconsejaba y so-

lía decirle: — Pero hijo, búscate otra, ya que a la mama vieja no la querís. Hay tantas mujeres en la Villa...

David no trabajaba, ni cuidaba de las cañas, ni visitaba el arrozal; solamente iba a su finca a vender vacas, novillos, bueyes y carretadas de leña. De la noche a la mañana, el pobre David se dió a la bebida. Y se hizo un borracho sin Dios, un borracho de esos que beben y beben y no se cansan de beber. David era partidario de la bebida blanca, la peor, la que en poco tiempo destruye el organismo más fuerte. Apenas amanecía, David llamaba a su peón, el *Chuña,* un muchacho humilde y bueno, con las canillas como zancos. El *Chuña* se iba máquinalmente, enlazaba el caballo, lo traía y lo ensillaba cuidadosamente. Y David, cabizbajo, ensombrecido, echábase por el mismo callejón hasta dar con la taberna. Cansada doña Eulalia de aconsejar a David, cogía el látigo y le zurraba como a cuero seco, cuando se le aparecía sin sombrero, las botas embarradas, los pantalones desprendidos, los ojos color de sangre, revuelto de pelos, tambaleante... El hombre aguantaba el meneo sin quejarse, sin proferir una amenaza, sin pedirle perdón. Después de soportar el vapuleo se echaba a dormir. David estaba perdido; para él, la vida era un veneno, una cruel realidad, un sendero lleno de guijas y espinas.

Una de tantas noches, David volvía tambaleándose de borrén a borrén por un caminejo sombrío

bordeado de corpulentos ceibos y pacaraes. De pronto, encabritóse el caballo queriendo desarzonar al jinete. David, azorado, vió un bulto blanco que atravesaba el caminejo. En tan duro trance, se le refrescó la cabeza y una ráfaga de valor le empujó. Hincábale al bruto las espuelas y furioso buscaba a latigazos el cuerpo del fantasma sin poderlo encontrar. Diz que pegaba en el aire... Bufando huyó el animal encabritado, y momentos después, caballo y caballero se perdían en las revueltas del caminejo.

Los perros anunciaron la llegada de David. En la casa, velaban el cuerpo de la Maruca, una india vieja que sólo sabía cebar mate y moler maíz. Sobre una mesa, Maruca estaba tendida, la cabeza en la almohada de paja, la boca hundida, los ojos abiertos, las manos crispadas. Cuatro velas alumbraban el cuerpo de Maruca, mientras los peones de doña Eulalia, narraban cuentos de duendes, viudas, brujas y fantasmas. Y en cuanto entró David y la vió tendida, los ojos abiertos, las manos crispadas, exclamó: — ¡Te pillé trompeta!... ¡Pa que no me salgáis otra vez en el camino!... Y le cruzó la cara de un latigazo. La vieja Maruca, hizo una mueca horrible...

Y don Roque se quedó mirándoles hondamente.

LA VIUDA...

Ramoncito, el rapaz que solía pasar tocando la flauta, sentado a mujeriegas en su caballejo obscuro, va tronco a tronco por un camino de herradura que baja de la sierra.

Humoso está el cielo. El viento de la montaña sopla. Apelotónanse las nubes y como enormes masas de algodón van rodando, van cayendo y cubren la quebrada y se asientan pesadamente sobre el bosque rumoroso y sombrío.

Truena y la montaña tiembla.

Enormes gotas han empezado a caer. Los pájaros se recogen a sus nidos. Huye el ganado y busca un abrigo en el monte.

Viene sonando la ronca trompeta del viento huracanado. Mugen los toros en la dehesa poblada de *churquis*. Allá lejos, rompe a gritar la chuña anunciando tormenta.

Truena y la montaña tiembla. La tempestad se avecina.

Ya las nubes han cubierto el valle, el río, la quebrada, los cerros.

Ramoncito, el rapaz de ojos negros, montado en su caballejo obscuro, va por un camino de herradura que baja de la sierra.

Ramoncito va triste. ¿En qué piensa el rapaz? ¿Dónde ha dejado la sonora flauta?

Ramoncito lleva las alforjas llenas de duraznos y granadas y un costal de sandías.

En la casa de don Panta, la madre de Ramoncito que trabaja por el yantar y el vestido, dice, mirando el cielo cargado de nubes: — ¡Pobre hijito! Se fué sin llevar poncho. ¡Qué será de él andando solito y tan de tarde por esos caminos, onde cuentan que sale la Viuda!...

El costal es pesado y la jaca apenas puede trotar.

Ramoncito va triste. La tormenta lo castiga furiosamente.

Calado hasta los huesos, el rapaz alza los ojos para convencerse de que la noche se aproxima, una noche negra, una noche de relámpagos y truenos.

Ramoncito se acuerda de los casos que le contaba la vieja Camila, cuando iban de noche al rastrojo.

Ahora el camino de herradura parece un arroyo.

Tiembla de miedo y de frío el infeliz rapaz.

Cerca, el río crecido pasa bramando.

—¿Tenís miedo?—le dice una voz. Ramoncito siente que se le erizan los cabellos.

—¿Tenís miedo?—torna a preguntar.

El chicuelo cierra los ojos. La jaca bufa.

—Yo soy el alma de ña Ramona, la vieja que se

comió a sus cuatro hijos y mató a su marido cuando la mordió un perro loco... Pero ya estoy bien sana y salgo de noche cuando llueve y el río está



crecido. El Señor me manda pa que ayude a los *changos* que son buenos. Yo te haré pasar el río. ¿Qué tenís miedo?

El rapaz sabe que en la grupa del rocín va sentada la Viuda y su cuerpo se hiela y tiembla. Ramoncito va como muerto. El caballejo sigue al trote por el camino colmado de agua.

Truena y la montaña tiembla.

El rocín se ha parado a la orilla del río.

Ramoncito abre los ojos y a la luz de un relámpago, ve una mujer de negro que coge las riendas.

El río viene bramando, crecido de banda a banda y arrastra enormes y negros troncos.

La mujer vestida de negro, dice:

—Agarrate bien que viene hondo y está bravo. No sea el diablo que te lleve...

Ramoncito, calado hasta los huesos, tiembla de miedo y de frío.

Ahora, el pobre rocín, nada desesperadamente amusgando las orejas. El rapaz parece un cadáver.

*
* *

A la madrugada llegó Ramoncito sin costal y sin alforjas. La vieja Camila lo bajó del rocín.

Y diz que el rapaz no durmió ni habló nueve días y sus noches...

DE HOMBRE A HOMBRE

La hora de la siesta.

Un sol canicular abrasa los árboles.

Los viejos caminos están silenciosos.

El agua de una acequia corre quedito.

Verdes y ágiles lagartos recorren las herbosas sendas.

En las quintas de naranjos y limoneros cantan los tristes *machilos,* las tristes *urpilitas* y los *chalchaleros* tristes.

Se elevan vapores sofocantes.

La hora de la siesta. Los rapaces que no temen al duende, salen a tirar con honda y buscan la umbría de los talares.

A la orilla del callejón blancuzco y silencioso, Lola y Rosa juntan tunas. El viejo tunal es alto y está cargado. La Lola y la Rosa andan descalzas.

Lola dice:

—Apurate Rosa, no sea que el diablo le avise al patrón que andamos en el tunal.

Rosa contesta:

—Tomá el *artificio* a ver si acabamos más pron-

to. Apenas tenemos pa unas cuantas botijas de arrope. ¡*Cheicita* si nos llega a pillar el patrón!...

Lola coge la caña abierta en cuatro por uno de sus extremos. Lola está impaciente.

En el suelo hay ya muchas tunas. Rosa comienza a barrerlas con un manojo de *afatas* a guisa de escoba.

Ahora las dos zagalas miran a lo largo del camino por donde corren las ligeras iguanas. Un caballo asustado se encabrita. El jinete viene hecho una furia.

—Ché, parece don Antonio...

—Nai don Antonio es.

—¿Y si nos pega?

—¡Ay!

—Ché, ¿y ése es el que le amansó tu hermano?

—Nai, ése es...

—¡Pobre Juan José!...

—Nai si él no tiene la culpa: diz que el zaino es hijo de yegua mañera.

—¿Qué nos irá a decir!... Disparemos?...

—Nai si huímos será peor...

La Lola y la Rosa miran a lo largo del blancuzco y ardiente callejón, por donde corren las ligeras iguanas arrastrando la pesada cola.

El caballo se aproxima con la boca llena de sangrienta espuma. Don Antonio viene hecho una furia. Las zagalas lo ven llegar y tiemblan. Don Antonio es hombre malo. Las zagalas le ven echar lumbre por los ojos.

—¡Mirá!... en cuanto llegue a casa le voy a sacar el cuero a tu hermano. ¡Qué bien lo amansó al caballo! ¿No se han cansado todavía de robarme las tunas? ¡Iguanas! ¡Iguanas ladronas! ¿A quién han pedido permiso?

La Lola y la Rosa se miran y tiemblan.

—La señora María nos dió permiso pa juntar unas cuantas...

—¡Ah!... la buena señora María... ¿Y ella es la dueña de los tunales?

—No señor, es usté...

Las dos zagalas se miran y se miran durante largo rato. La tierra les quema los pies. Por fin, don Antonio pica espuelas a su caballo y se aleja al galope.

La hora de la siesta. Levántanse vapores sofocantes. La tierra está como fuego. Los viejos caminos de cañaverales y tabacales están silenciosos. Don Antonio ha llegado a su casa. Don Antonio dice:

—¡Juan José! ¡Juan José!

Doña María sale a recibirlo.

—¡Pero Antonio!... ¡Cómo te has venido! ¡Qué solazo!...

—¡Dejame! ¡No puedo más! En el callejón empezó a bellaquear este caballo de...

—¿Te volteó?

—No.

—¿Dónde está el Juan José?

—Ahí viene. No le vas a pegar, Antonio... ¿Qué culpa tiene el pobre muchacho?...

—Se lo dí para que lo amansara, ¿y qué hizo el trompeta!...

El Juan José se aproxima. El Juan José es un mozo de tez morena, escaso de carnes; trae los pantalones remangados y calza ojotas.

El Juan José se descubre y dice:

—¿Qué se le ofrece mi patrón?

Don Antonio tiene en la mano un látigo recio.

—¿Lo amansaste al zaino?

—Sí, patrón, lo amansé.

—Mirá de frente, ¡pícaro!

—Sí, patrón, lo amansé.

... ...

—¡Tomá! ¡tomá!, sinvergüenza, para que te acuerdes de tu madre...

El trenzado cordel del zurriago sacude y envuelve el cuerpo del mozo.

—¡Tomá! ¡Tomá trompeta! ¡Tomá!

El Juan José ya tiene en la cara una cinta de sangre.

—¡Tomá! ¡Tomá canalla!

El Juan José carga en la cintura su cuchillo cañero y no se defiende.

—¡Tomá! ¡Tomá! Así se amansa a los pícaros...

El Juan José no llora, sabe que no debe llorar.

—Subilo, sinvergüenza, te voy a enseñar a domar bien.

El mozo va a coger las riendas y parece un perro humilde. El caballo tiembla.

—Despedite de tu madre.

Don Antonio saca su revólver y apunta al aire. Suenan los disparos y el caballo bufa, cosquillea y huye. El Juan José parece atado a la montura.

*
* *

Noche de luna.

Canta un gallo en la alquería.

Tienden el vuelo los caprichosos atajacaminos.

La sombra de la arboleda se extiende y se alarga suavemente.

La luna asciende al cenit.

—Las doce...—se dice don Antonio. Don Antonio va por un camino de ruedas. Juan José lo sigue como un perro fiel.

Don Antonio piensa:—El bandido me la ha jurado... Si lo encuentro, lo mataré. No habrá testigos... De un solo galope nos pondremos en casa. El Juan José lo arrastrará hasta el monte.

El bandido es Roque, el Fiero, el Zurdo, de quien hablan siempre las viejas y las mozas.

Medio dormido sobre el caballo, Juan José sigue a su patrón como perro fiel. El camino es blanco y silencioso.

Antes de llegar a Los Laureles, paraje temible, don Antonio tira de la riendas a su caballo.

—Qué te parece, ¿vendrá crecido el río?

—Decían que traía poca...

—¿Vos tenís miedo de noche?

—A las almas, sí señor...

—¿Y por qué?

—Nai a mi agüelo lo espantaron muchas veces.

—¡Pero hombre!

—Sí, señor. Siempre le salía una mujer de blanco y lo atajaba; él nunca le pudo ver la cara.

—Andaría borracho...

—Si nunca probaba licor.

—Y a los malevos ¿les tenís miedo?

—No señor.

.. ..

Don Antonio y su peón van por el viejo camino de ruedas.

Se abren las ramas de un poleo y aparece Roque, el Fiero, el Zurdo. Roque se ha plantado en medio del camino. Resplandece la hoja del cuchillo. El Roque dice:

—¡Paresé don Antonio y vayasé confesando. Esta vez sí que es cierto... No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Usté me echó del arriendo, usté me latiguió la mujer, usté me hizo robar lo poquito que yo tenía mientras me ahogaban en el cepo... ¡Usté! ¡Usté!

Don Antonio ha tirado de las riendas a su caballo. Se le salta el corazón.

—Don Antonio, vayasé preparando a bien morir; haga que su esclavo le enseñe las Siete Palabras...

Don Antonio ha sacado su revólver.

—¡Pegue cobarde! Yerre los tiros pa destriparlo...

Cuatro explosiones se siguen. Don Antonio ha errado los tiros.

—Aura don Antonio, bajesé pa destriparlo. ¿Ya no tiene más balas?

Roque, el Fiero, el Zurdo, como un gato montés asalta al jinete.

—Parate Roque... ¡dejalo!... Conmigo que sea —ha dicho el Juan José desenvainando su cuchillo cañero.

Los dos gauchos están frente a frente pisándose la punta de los pies...

Roque, el Fiero, el Zurdo, ha dado de espaldas en el suelo arrojando bocanadas de sangre.

El señor Antonio y su peón se han echado a todo escape por un hosco caminejo de laureles y ceibos.

Don Antonio lleva una espina clavada en el corazón.

MADRE E HIJO

Doña Josefa acaricia a su hijo, lo quiere mucho. De noche, a solas, lo besa. El infeliz tiene la frente destendida, los cachetes pálidos, la boca deforme. El infeliz abre los ojos, mira, escudriña; a ratos, su mirada es penetrante como la mirada de las serpientes, como la mirada de los faquires. Doña Josefa plañe cuando lo ve reir.

—¡Juan! ¡Juan!—le dice a la hora de salir.—Juan, sentado en un tronco no levanta los ojos. Doña Josefa lo coge de un brazo y le ayuda a caminar. El infeliz camina temblando. En el suelo quedan las señales de unos pies horribles.

Cuando silba el viento; cuando crujen los árboles; cuando amenaza el rayo, Juan se estremece como un niño. A Juan le dicen el Hijo del Diablo y a doña Josefa, la Trastornada. Juan duerme sobre un colchón de chala.

—¡Juan! ¡Juan!—le dice doña Josefa al amanecer, cuando cantan los pájaros en el talar del camino.—Juan no contesta; sueña, está con los ojos abiertos, como los ojos dormidos de las serpientes.

Doña Josefa torna a repetir: — ¡Juan! ¡Juan! ¡Juan!

El infeliz nada sabe del mundo. Los besos no lo alientan ni las caricias lo confortan; ni la luz lo alumbra ni el sol lo quema. Para Juan, las flores del campo no tienen fragancia, ni agua fresca el arroyo montañés.



Doña Josefa y Juan, salen a mendigar por los viejos caminos; van vestidos de harapos. Doña Josefa anda a pie; Juan, a horcajadas en una jaca rucia, mira a lo largo del camino. En la punta del callejón el caballito se para. Cerca, se ve una casuca de tablas. Una mujer, dirigiéndose a Juan, exclama:

—¡Pobre muchacho! ¿Cómo te llamas?

Juan pone la mirada impenetrable.

—¡Pobrecito! Decí cómo te llamas. ¿Querís chupar caña dulce? Bajate si querís ir a la quinta a juntar naranjas.

Las dos mujeres se miran.

—¡Pobre Juan!... ¡Todavía no puede hablar! Acaso no hable nunca... Mira como un loco.

La madre escucha en silencio y baja la cabeza; sabe que su hijo no hablará jamás.

—¡Pobrecito!... Sería mejor verlo muerto... ¿Cuántos años tiene ya? Me parece que es mayor que mi Juan...

La madre responde:

—Dios lo sabe...

—¿Ha nacido defectuoso o lo asustaron cuando era criatura?

—¡Dios lo sabe!...

—Tome estas naranjas para su Juan. Cuando encuentre al Misionero, pidalé que le eche agua bendita a este pobre muchacho.

—Que Dios se lo pague.

El camino es largo y bordeado de ceibos y talares.

Doña Josefa piensa:

—¿Y dónde andará el Misionero? Durante años y años lo anduvimos buscando por todos los caminos y hallamos tierra y sol... El Ezequiel me dijo que el Misionero vivía en la montaña; subimos, arriba, el Misionero no estaba. Al cementerio nos fuimos el día de las almas: todos llegaron pero el Misionero no apareció.

El camino es largo. Doña Josefa le dice a su hijo:

—¡Juanito! ¡Juanito!, óyeme siquiera esta vez: un santo bueno que anda por todas partes haciendo milagros, te sanará. Y nos iremos lejos, bien lejos, donde no veamos gente. ¿Querís?

Juan no contesta.

¿Dónde estará el Misionero? A doña Josefa le han dicho que el Misionero es un hombre bueno, de voz dulce y mirada tranquila.

¿Dónde estará? Ya lo han buscado por todas partes. A la iglesia llegaron y el cura los arrojó gritándoles:

—¡Idos de aquí! ¡Idos! ¡Mujer del demonio! ¡Hijo del demonio!

Doña Josefa gimió sollozando al oirle. Los fieles, viéndola plañir, exclamaban:—¡Eh! Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡La loca llora y el enano ríe!...

EL ENCONTRÓN

La María Dolores se había decidido a vivir con José Angel. El mocetón la encontró en la quinta juntando naranjas. La tarde era plácida. Un vientecillo traía el olor de las cañas maduras. En los naranjos parloteaba la bandada de loros.

El José Angel se le acercó quedito y le dijo:

—¿Y qué no quiere que le ayude?

—Cómo no!—respondió la moza.

—Pero a comer. . .—insinuó el gañán.

—Nai como guste—agregó María.

El José Angel eligió una naranja que tenía el color encendido, la superficie lisa, la cáscara lustrosa y fina, el aroma incitante.

—¿Te gusta rubita?

—Linda parece.

Y la comieron, tajada por tajada, sentados en una carreta vieja.

—¿Sabís que ya tengo todo? Te compré un baúl. Vieras que es lindo! El catre de tientos ya está; la olla de fierro también. Ña Ramona me ofreció un

mortero y una tipa por la nada: me pide tres pesos...

—¿Y el rancho?

—Ya lo acabé de techar.

—¿Y queda lejos?

—Nai a la banda del río, en un terreno de don Pepe. A don Ramón lo vamos a dejar...

—¡Hum!...

—No se desanime mi rubia. ¿O querís estar de sirviente toda la vida? Aquí te tienen de cebadora de mate y pa tender las camas... ¡Que se busquen otra! Ya veremos lo que le tienen que pagar. ¿Te dan algo a fin de mes?

—Yo no les quiero cobrar. La señora Margarita es muy buena; yo no tengo nada qué decir. El viejo, el viejo ¡hum!... El viejo sí que no me gusta, no lo puedo pasar ni con agua tibia, me repugna. Y no me deja un minuto tranquila: al amanecer, a la siesta, a la oración cerrada, tarde la noche, anda siguiéndome como víbora que perdió la ponzoña. Y es atrevido el viejo; ya vís que es viejo y todavía hace dar miedo. Nai, la otra noche grité cuando lo sentí que se venía gateando; la señora se despertó; pero el viejo se hizo humo.

—Alboroto de viejo... Y con todo eso, ¿todavía querís quedarte?

—Nai bueno. Vení esta noche y llevame, al fin y al cabo yo soy dueña.

El Juan José la besó en la boca y se fué. A media noche salieron juntos.

—Ché José, el viejo se va a dar cuenta, y como tiene más narices que un perro, mañana me va a ir a buscar... ¿Y si me encuentra?

—Que vaya a buscarte. Yo no le tengo nadita de miedo. Eso sí, que no se quiera meter con vos, porque soy capaz de sacarle el cuero.

—¿Y si me dice algo cuando vos no estís en el rancho? El viejo es muy atrevido y de no dejarlo acercar ni un chiquito; tiene los ojos como el rey de los pájaros...

—Y que te diga; con hablar no ganará nada: también hablan los loros... Pero es un viejo tonto ¿no? ¡querer chupar caña dulce cuando no tiene dientes!

—¡Hum! ¡Quién sabe por qué se inquietará tanto! Algunas veces la señora Margarita lo corría de la cama...

El José Angel había construído su rancho a la orilla del río; era un rancho con el techo de torta y los horcones de *virarú*. Un pacará viejo le ofrecía sombra. Cerca, se veía el camino de herradura bordeado de guayacanes y *matos*.

—¿Te gusta el rancho, María?

—Nai... está lindo.

—El mes que viene haré una ramada. Tu casa era mejor, pero esa es casa de rico... aunque también le llueve cuando truena fuerte.

¿Y no vino el buey corneta?

—Nai nada!

—No vendrá.

—¿Y si viene?

—Lo recibís con agua caliente... ¡viejo tonto!...

—Pero es capaz de hacerme tomar con los vigilantes porque todavía no tengo la edad...

—Y a él ¿qué le importa? Que vengan, vamos a ver si son hombres pa llevarte.

—Mejor sería por las buenas.

—Nai decime cómo.

—Pedile permiso pa vivir conmigo, así nos dejará tranquilos.

—¡Pedirle permiso yo, a él?

—Nai qué tiene?... Ha sido mi patrón...

—Que no se meta a *churo* el viejo, porque aquí va a dejar el cuero. ¡Cuero colorao, pa qué sirve!...

El José Angel trabajaba a jornal en los cañaverales de don Pepe Jiménez. Salía temprano y volvía tarde, cansado, bañado en sudor. La María pasaba largas horas solita, sentada cerca del fogón cosiendo y cuidando de la olla de locro. Los muchachos que iban al río a pescar dentudos, dorados, palometas y anguilas, a veces se paraban a mirarla. De mañana, la María Dolores majaba maíz en el mortero y se holgaba mirando los pajaritos que se juntaban en el patio.

Y nació Pepito; le decían el *Chango*. Pepito tenía los ojos verdes, el cabello negro y lacio, el cutis trigueño. La María Dolores y el José Angel, estaban chochos. De noche, mientras tomaban mate, solían charlar:

—¿Has visto cómo se parece a la mama vieja?

—¡Hum bah!, de ña Lindora no tiene nada.

—El Chango se parece a su tata.

—La comadre dice que se parece más a mí.

—En cuanto se críe un poco más, lo pondré sobre el rocín: quiero que salga como su tata.

—A mí me gustaría que fuera dependiente. Ya vís, en la Villa hay muchas casas de comercio, cómo no le vamos a encontrar una colocación...

—¿Y pa qué? ¿Pa que se haga viejo tras el mostrador mientras el patrón llena las arcas? Que sea como su tata; lo pondré sobre el rocín y lo llevaré a trabajar en los cañaverales de su padrino.

Los días de fiesta, se iban a buscar mieles en el monte. Si José Angel descubría una abejita, corriendo la seguía, se internaba en los matorrales, aparecía acezando en la cañada, se detenía al pie de un *mato* y exclamaba:—¡Aquí! ¡Aquí!

Lachiguanas, moro-moros, balas y puesquellos, llenaban sus panales en el monte.

*
* *

Un año después de la muerte de Pepito, llegó don Ramón al rancho de la María Dolores. La María Dolores majaba maíz en el mortero y estaba triste. Don Ramón le dijo:

—Si quieres te llevaré a casa; no tienes más que hablar. Allí, nada te faltará. Margarita te echa de menos; yo quiero tenerte siempre cerca.

Y la desnudaba con los ojos. La María Dolores lo miró desdeñosamente.

—Te juntaste con ese gaucho salvaje y ocioso... Es claro, ya calculábamos lo que te iba a pasar. Ya ves como andas, das lástima... ¡Ni botines tienes!... Estás hecha una mendiga. ¿Y quién te ayudará? Nadie. ¡Y cómo lo pasabas en casa!... ¿Querís que te lleve?

La María Dolores le contestó clavando los ojos en el suelo.

—¿Y para dónde se fué el pícaro? ¡Gaucho salvaje! Era un borracho y camorrero cuando yo lo tenía. Te ha engañado miserablemente. Se hizo el bueno y el humilde hasta conquistarte. Ya ves las consecuencias de los malos pasos... El Serafín ya me había hablado, te quería para casarse y ése, sí que es bueno, un muchacho trabajador y juicioso; te buscaba para casarse, no para vivir ayuntados como perros.

La María Dolores alzó los ojos y le dijo:

—Y bueno, don Ramón, la culpa es mía; pero yo a naide le pido un cobre y vivo como puedo.

—Vives... se ve como vives... descalza, la ropa llena de remiendos. La vaca también vive: pero hay vacas que comen pasto tierno y otras que andan cargadas de garrapatas y tábanos, dando lástima.

La María Dolores se estremeció de cólera.

—Fíjate cómo está el rancho, lleno de agujeros... ¡Qué noches pasarás cuando llueve! ¡Bah! si ya ni

te pareces a la María Dolores de antes! ¿Cuántos años te duró la miel? ¡Dos! Ni dos... Ya no eres aquella rubia de cachetes rosados, de piernas gruesas, de caderas modeladitas, de senos como limones. Aquella tenía un modito de caminar lo más lindo. ¡Y qué mates cebaba!... Era recelosa, es cierto, pero nada más. ¡Y qué ojos tenía! A ver, mírame María Dolores.

La moza no quiso mirarlo.

—Sí, los ojos están iguales. Tienes unos ojos lindos que no merecía ese gaucho salvaje. ¡Qué tostada estás! Tostada como café. Antes eras una rubia buena moza, los cachetes rosados, la boca fresca, los senos como limones. ¡Cómo te encuentro!: la cara chupada, llena de arrugas; el cabello suelto; descalza; pareces una infeliz. ¿Querís que te lleve?

María Dolores sintió que le hervía la sangre y exclamó:

—¡Nunca!

—Bueno, no te dí motivo para tanto; simplemente deseo sacarte de la miseria. Amasando no ganas ni para comer.

—Y a usté ¿qué le importa?

—Yo te deseo el bien. Con los cigarrillos... ¡bah!... armadoras de cigarrillos de chala hay donde uno se da vuelta... Mirá Moría Dolores, no pienses en José Angel, ese bandido no merece una mujer como vos. ¡Te dejó en la miseria! ¿Qué puede hacer una mujer sola? ¿Te acuerdas de tu hijo? El pobre chico murió por falta de cuidados. ¡Ni llamaron mé-

dico! Claro, el gaucho salvaje necesitaba la plata para ginebra...

Cuando María Dolores cogió la tipa de aventar el maíz, don Ramón la abrazó y la besó en la boca.

—¡Cochino! ¡Viejo inmundo! ¡Cochino! ¡Asqueroso!—le gritó la María Dolores.—Salgasé de aquí antes que le parta la cabeza con la mano del mortero...

El viejo se fué. La María Dolores aventó el maíz. En el patio se juntaron alegres pajaritos.

*
* *

Lunes de carnestolendas.

Desde temprano pasaban los jinetes cantando, el poncho sobre el hombro, el gajo de albahaca en la oreja; algunos llevaban una moza en la grupa del caballo. Las muchachas, vestidas de limpio, salían de los ranchos. De rato en rato se oía el galope de las comparsas de Indios que huían levantando nubes de polvo.

Absalón, un gañán alto y flaco, era el cacique de una comparsa. Sus *indios* vestían traje verde salpicado de espejuelos y vistosas plumas; llevaban careta de tigre, un hermoso plumero azul a guisa de gorro y tenían atado a la diestra un puñal de madera. Jinetes en briosos caballos negros, formaban una rara comparsa.

En el *carnaval* de don Lisandro, sonaba el bom-

bo desde el sábado. Ya habían llegado gañanes del Ceibal, de Yucumanita, de Muyo, de Gastona y mozas de todas partes. Junto al guardapatio hacían pechar sus caballos los jinetes. El José Angel se apeó y se fué a la ramada. El violín triste y viejo de un viejo ciego, cantaba una chacarera al compás del bombo. Bailaban las alegres parejas. De rato en rato, un achispado arrojaba la humeante gruesa de cohetes que hacía temblar a los caballos.

El José Angel se acomodó en el largo banco de algarrobo, junto a una moza menuda, de negra trenza y ojos rasgados. La moza tenía en la mano un ramillete de flores.

—¡Hola vidita!...—le dijo.—Así te quería pillar, solita y sin dueño...

El José Angel sacó de los bolsillos puñados de almidón y comenzó a hacerla jugar.

—¡Ya está ché!... decía la moza.—Me estás por dejar ciega. ¡Ya está ché!... ¡Me vas a dejar la cabeza como torta! ¡Ché!... ¡No me echís en el pecho. ¡Ya está bueno!

Cantaba una cueca al compás del bombo, el violín triste y viejo de un viejo ciego. Bailaban las alegres parejas. Los mozos y los viejos iban en pos de mozas y viejas haciendo jugar las piernas y remolineando el pañuelo.

—¡Ponpón—pón!... ¡Ponpón—pón! ¡Ponpón—pón!—parecía exclamar el bombo y su voz ronca se oía a lo lejos.

El José Angel y la Rosario bebían vino, sentados en el largo banco de algarrobo.

—No me dís más... ¿pa qué querís verme *machada?*—le decía la moza.

—Pa quererte más—le respondía el gañán.

Cuando el José Angel vió que la Rosario perdía los ojos, al són de la caja le cantó estas coplas:

Dicen que los afligidos
se consuelan con llorar.
¡Y yo que he llorado tanto
no me puedo consolar!...
No te da pena Rosario
mirandomé padecer...
Te quiero como a ninguna,
no has sabido conocer.
Lucecita de lucero,
¡quién sabe si has de volver!
Amanece y amanece
para luego anochecer...
Por esta calle a lo largo,
juran que me han de matar,
con un cuchillo de palo
¡quién sabe si cortará!

José Angel dejó de cantar y aparecieron los *indios* de una comparsa. Vestían traje verde y salpicado de espejuelos y vistosas plumas; llevaban careta de tigre y un hermoso plumero azul a guisa de gorro.

—¡Huí—jojojó! ¡Huí—jojojó! ¡Huí—jojojó!—gritaban golpeándose la boca.

El cacique Absalón había traído una prisionera en la grupa de su caballo.

—¡Ponpón—pón! ¡ponpón—pón! ¡ponpón—pón! —parecía exclamar el bombo. El violín triste cantaba una cueca.

El cacique Absalón y una rubia guapa, entraron en la ramada.

—¡La María Dolores!, la María Dolores...—dijeron algunos.

—Aura va a ser la buena...—pensaron otros.

El José Angel y la Rosario se miraron. Y siguió el baile. Los viejos y los mozos iban en pos de las viejas y de las mozas, haciendo jugar las piernas y remolineando el pañuelo. Cantó el viejo violín ardientes cuecas y alegres chacareras.

A media noche el cacique Absalón estaba ebrio. La María Dolores no había probado licor. El José Angel y la Rosario ya no bebían, se abrazaban.

Tambaleándose, el cacique se fué a sentar en el largo banco de algarrobo; la María Dolores lo siguió, sentóse en sus piernas y le pidió el blanco puñal de madera. El cacique, mirándola de hito en hito, se lo dió.

El José Angel y el Absalón se hallaron por fin frente a frente.

Al són de su atabal, el cacique cantó:

Ño José tuvo una rubia
¡se le pasó al otro bando!
Pobrecito ño José....
parece que anda llorando...

El José Angel se le fué encima. El viejo ciego, los bailarines y el hombre del bombo se asustaron. Los dos gañanes se acosaron como fieras. Y cuando el José cayó, la María Dolores le hundió en el pecho el blanco puñal de madera.

Arrastraron al muerto y el baile siguió...

LA CASITA DE TABLA

Apenas llegamos, doña María Delia nos mandó un recado. Nos decía: "Vengan a ver a la vieja. La casita está como antes. Hoy hice algunos rosquetes y algunas empanadillas con dulce de batata. Los esperamos".

—¿Te hablé de doña María Delia?—le dijo a Pepita.

—Mira chico,—me respondió—ni de doña María Delia ni de doña María Corazón ni de doña María Remedios... Aquí hay Marías para elegir. ¿Sabes de quién me estoy acordando?

—No.

—Me acuerdo del cojo Serafín...

El cojo Serafín era un muchacho pazguato, cabezudo; tenía los ojos de viroque y los colmillos de perro. El cojo Serafín paseaba los callejones pidiendo limosna.

Pepita siguió diciendo:

—No me hablaste de doña María Delia. ¿Será una de esas viejecitas que al morir se transforman

en mulánimas para salir arrastrando una pesada cadena?

—No, Pepita,—le contesté—doña María Delia es la comadre del señor cura; es una viejecita cariñosa, atildada.

Y vinieron a mi mente los recuerdos de la infancia: Cuando iba a la finca, desde el patio de su casita de tabla, recogida a la umbría de laureles y naranjos, doña María Delia me llamaba.—Buen día, doña María Delia—le decía, descubriéndome. Doña María Delia me cogía entre sus brazos, me hacía sentar en su regazo y me contaba viejas historietas. Después, hacía juntar naranjas, limas, sidras y limones dulces, para mi regalo. A veces doña María Delia solía decirme:—¿Me querís? ¿Me querís mucho Juanito? Te he pedido a tu padre; quiero que seas mi hijo. ¿Querís vivir aquí, con Amalia, con Julita y con la mama vieja?—Sí, señora—le respondía ruborizado. Amalia y Julita sonreían dulcemente mirándome la cara.

—Doña María Delia,—volví a decirle—es una viejecita cariñosa, atildada. Desea conocerte. ¿Teníamos su retrato?

—Sí, sí,—afirmó Pepita—ya sé: doña María Delia, es una viejecita provinciana que lo mira todo, lo escudriña todo y que cuando se le presenta una desconocida, enmudece, finge aturdimiento y la observa de pies a cabeza.

Yo estuve largo rato preguntándome: Julita ¿era morena? ¿Cómo eran los ojos y los labios de Juli-

ta? ¿Y Amalia? ¿Y el timbre de la voz de Amalia? ¿Cómo era Amalia? ¿Y doña María Delia? ¿Cómo eran las manos que enmarañaban mis cabellos? ¿Eran suaves, tersas, frías?

***

Cuando Pepita distinguió una casita blanca recogida a la umbría de unos árboles corpulentos, me preguntó:

—¿Cuántos años tiene Julia? ¿Será mayor que Amalia?

—Julia, Julia...—le respondí—frisará con los veinte años; Amalia es mayor que tú.

Pepita cortó algunas rosas fragantes cuyos pétalos eran tenues, aterciopelados, encendidos.

—¿Y te reconocerá doña María Delia? ¿Te desconocerá Julia? ¿Se acordará de tí, Amalia?

—No sé qué decirte.

Llegamos a la punta del callejón.—¡La casita de tabla!—exclamé. Aun había verdes matas en su techo de torta y palomas de Castilla en los aleros. El seto estaba salpicado de rosas encarnadas y jazmines. El laurel, los naranjos, el caminito bordeado de madreselvas, los tiestos con geranios y tunillas, el viejo *churqui,* el viejo algarrobo, eran los mismos de antes.

Mi mujer me dijo:

—Juan, Juan, no olvides de preguntarle a doña Delia si hace guarapo, si tiene tabletas de miel de caña

y cigarrillos de chala, de esos suaves, aromáticos, como los que fuma tu abuela. Y que sea corta la visita... ¡eh? Ya sabes que a mí no me gusta esta gente tan mirona, tan recelosa, tan apagada. Las porteñas no caemos en gracia, aquí. ¿Qué quieres que le diga a doña María Delia? ¿Y qué a Julia?

Golpeamos las manos.

—Pasen, pasen—dijo una voz clara, melodiosa. Y luego otra aguda, vibrante: — ¡Juan y su esposa! ¡Mamá! ¡mamá!...

Estuvimos intranquilos.

—Pasen adelante, pasen—díjonos doña María Delia, asomándose. Su voz era grave, triste.

Algo musitó Pepita que yo no escuché.

—¡Doña María Delia!

—¡Hola!... ¡Juan! Por fin...

Doña María Delia besó a Pepita y exclamó:

—¡Qué linda! ¡qué rubia! ¡qué alhajita!

¡Y vos estás hecho un hombre! Ya ve, señora: a su esposo yo lo tuve muchas ocasiones en mis brazos.

—¿Y Julita? ¿Y Amalia?

—Ya van a salir; se están arreglando un poquito.

—¿Has visto, hijo? La casita de la vieja está siempre igual. ¿Te acuerdas de la quinta, del jardín, de las palomas de Castilla?

—De todo me acuerdo, doña María Delia.

—Sólo yo no soy la misma. ¿No me vís como estoy de achacosa?

Doña María Delia me miró tristemente; su mirada

era turbia, apagada, melancólica. Doña María Delia estaba vieja.

Y nos hundimos en el silencio.

Repentinamente se oyó un taconeo.

—Mis hijas Julia y Amalia—dijo afablemente doña María Delia dirigiéndose a Pepita.

Pepita se animó. Platicamos largo rato.

—Tucumán es hermoso...

—¡Ah! señora, es usted muy condescendiente. ¡Cómo estará usted de aburrida! Aquí no hay diversiones; por donde usted ande se encontrará con cañaverales y monte.

—Tucumán tiene el soberbio Aconquija con sus ríos de agua cristalina y sus bosques vírgenes!...

Juan me ha llevado a todas partes; anduvimos dos días, trepando cerros y cerros. La montaña tucumana es magnífica.

—¡Ah!... Buenos Aires... Como Buenos Aires no hay otra; nos han dicho que es como París—dijo Julia.

—Mejor que París—agregó Amalia.

—Ya ve hija, cuando vino mi ahijado Luis, no lo reconocíamos. ¡Qué tonada más linda traía!... Estaba cambiado en el genio y en la traza.

—¡Qué feo encontrará este campo, usted, señora!...

—No lo crea, Julia. Tucumán es un país encantador.

Amalia, mirándome dijo:

—Juan, tiene usted buen gusto: La señora es muy bonita.

—Un pimpollo—agregó Julia.

—Muy alhajita—manifestó doña María Delia.

—Gracias, gracias.

Yo estuve pensando: ¿Por qué Julia y Amalia me dicen "usted", "usted" a cada rato, subrayando? ¿Qué encuentran en mis ojos? Y me decidí a preguntar:

—Amalia, no seas cruel—le dije—¿por qué no me tratas como cuando éramos novios. ¿Te acuardas? Yo tenía diez años... Y tú?

—Yo... yo... Dígalo usted, mamá.

—Andaba en los nueve; creo que andaba en los nueve.

Y reímos francamente.

—Sí, sí, con el permiso de la señora; te diremos a secas vos, vos, vos. ¿Te gusta así?

—Sí, sí, sí—afirmé satisfecho,

Pepita me guiñó el ojo, como diciendo: ¡Ah! pícaro... ¡me la pagarás! ¡me la pagarás! Te arrancaré las orejas...

Amalia era una moza guapa; tenía los ojos grandes y sombreados, llevaba la negra trenza recogida en rodete. Julia era erguida, donosa, atrayente.

—Antes que me olvide, — dijo doña María Delia — les hice unas cuantas empanadillas con dulce de batata y unos rosquetes. Usted, señora, me disculpará: esta pobre vieja no tiene ninguna habilidad. Señora, para usted solita, le tenemos un poquito de dulce de lima.

—Gracias, gracias, gracias—repitió Pepita.

Doña María Delia me miró tristemente. Su mirada era turbia, apagada.

—¿Quiere conocer la casa, señora? ¿Querís verla de nuevo a la casita de antes?—nos dijo doña María Delia.

Y salimos a pasearnos.

La casita de tabla estaba como antes. Aun había verdes matas en su techo de torta y palomas de Castilla en sus aleros. El seto nos ofrecía jazmines y rosas encarnadas. El laurel, los naranjos, el caminito bordeado de madreselvas, el viejo churqui, el viejo algarrobo, el hórreo, el inmóvil trapiche, eran los mismos de antes. ¡Sólo el copudo pacará faltaba!—Lo quemó el rayo!—me dijo doña Delia. Y volvió a mirarme tristemente. Su mirada era turbia, apagada, melancólica.

ZORRO

Juan Palíquez era nuestro condiscípulo; lo llamábamos Zorro.

El día que Juan Palíquez se presentó de pantalón, le dijimos: ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡Se están alargando los días! ¡Ché, qué largos están los días! ¡El difunto fué más grande!

Juan Palíquez había dejado para siempre los calzones, pero no las calcetas. Juan Palíquez usaba calcetas y reía mostrando unos grandes colmillos cada vez que se remangaba para hacernos ver que no llevaba calcetines. Juan Palíquez tenía la nariz larga, los ojitos vivos y desconfiados, la boca grande. Zorro era burlón, propenso a riñas y requebrador como pocos. Las muchachitas le temían; Zorro era capaz de hacerles una atrocidad.

Y pensó el padre de Zorro:

—¿Qué haré Dios mío con esta sabandija? ¿Lo arrojaré embolsado río abajo? ¿Lo zurraré con un palo? ¿Le quitaré los pantalones? ¿Lo tendré quince días a pan y agua?

Cansado don Julio Palíquez lo metió a Zorro en un seminario conciliar.

—¡Canalla! ¡trompeta! ¡pícaro! — le dijo — ya

no puedo más, no puedo aguantarte... Yo debiera ahorcarte, ahogarte, envenenarte, sacarte el cuero, porque lo mereces. Pero no... soy tu padre, al fin y al cabo. Ya le encargué al señor Rector que te ponga grillos, que te las dé duras y largas, que te rompa las costillas...

¡Canalla! ¡hipócrita! ¡mujeriego! ¡tonto pícaro! ¡pícaro tonto!

Juan Palíquez no sabía qué decir.

Don Julio le preguntó:

—¿Quieres estudiar para cura? ¡Canallita!... De noche andas perdiendo los pantalones tras de las criadas... ¡Contéstame! ¿Quieres ser cura?

Juan Palíquez respondió inmediatamente:

—Sí, padre.

—Bueno, bueno... ¡Por fin Dios se compadece de mí!

Y Zorro se perdió durante tres años.

Una tarde lo vimos; venía callado, serio. Juan Palíquez era otro: tenía los ojos hundidos y la nariz horriblemente larga. Zorro vestía sotana y traía el talle ceñido. El sombrerillo de teja le hacía mucho daño.

—¡Pobre Zorro! — dijo uno.

—¡Huac! ¡Huac! — exclamó otro.

Juan Palíquez nos saludó.

—Ché, Zorrito ¿te metiste a cura?

—¡Bah!: el diablo llamando a misa...

—¡El zorro con polleras!...

—Ché Zorro ¿qué tienes bajo la sotana? A ver...

—¡Curita! ¡Zorro! ¡Huac!

Zorro despegó los labios y riendo mostró sus grandes colmillos.

—¿Que si me metí a cura? Sí. Y ya me verán pasar la más descansada vida. Me dieron a elegir y la elegí. ¿Conocen otra profesión mejor? El médico ni come ni duerme tranquilo; el abogado, si no es ladrón y sinvergüenza, se muere de hambre; el boticario pasa la vida bostezando. ¿Y el cura? ¡Psss!... para el cura no hay invierno...

—Pero... ¡vivir encerrado!...

—¡Bah!... yo no sufro; a mí no me ataja nadie.

—¿Y los ordenanzas? ¿Y el señor Rector?

—A mí no me ataja nadie. El padre Rector (nosotros lo llamamos *Quirquincho,* Chancho — curro, *Quitilipi*) ya me conoce y para evitarse colerones, ni se da por aludido.

—¡Ah! zorro pícaro — dijo Abel.

—¡Zorro mañero!—exclamó Eudoro.

—Pero... ¿salís vestido de cura? — le preguntó Camilo.

—De cura nó, salgo de particular — contestó Juan Palíquez.

—¿Y adónde vas?

—¡Psss!... voy adonde van todos, sencillamente.

—Al convento de las monjas... ¿no?

—¡Zorro cochino!

—¡Nunca! Por esta cruz que hago, juro que no he ido de noche a visitar a las monjas; yo respeto las cosas sagradas...

—Ché Zorro ¿qué tenís debajo la sotana?

—¿Qué tengo? — repitió Juan Paliquez.

—Sí, decí qué llevas debajo de la sotana.

—Hombre, parecido a lo que tú llevas; pero yo los llevo bien puestos...

Zorro siguió su camino. Y lo perdimos de vista.

Un día, andaba yo muy afligido en Famaillá, porque a mi suegra se le había ocurrido que yo debía confesar y comulgar el día de su santo. Andando y andando topé con mi amigo Gamaliel, afortunado gacetillero. — ¿Quién es el cura de éste pueblo? — le pregunté.

—Hombre, nuestro curita se llama don Juan Palíquez y Ochoa — me contestó.

Ochoa, Ochoa... Ochoa me sonó mal. — ¡Juan Palíquez!... — dije para mí.

—Yo conozco a un Juan Palíquez.

—Pero éste, es Juan Palíquez y Ochoa — me dijo Gamaliel.

—¿De qué laya es tu curita? — le pregunté.

—El reverendo es un hombre trigueño, alto, fornido; usa el cabello largo, lleva anteojos, monta muy bien a caballo, toca la guitarra y canta, y es de armas llevar...

—¿Feo, simpático?...

—Feo como para darle con el ojo del hacha; pero con una suerte de los diablos. El reverendo es caudillo, orador de barricada, y cuña de primera. Don Juan tendrá treinta y cinco años. Don Juan tiene la nariz como la del zorro.

—Hombre, — le dije — es el mismo a quien yo conozco: Juan Palíquez.

—¿Es tu amigo? — me preguntó Gamaliel.

—Amigo y condiscípulo — le contesté. — Nosotros le llamábamos Zorro.

—¿Sííí?...

—Sí. Todos lo conocían por Zorro.

—¿Lo quieren a don Juan?

—Mucho. Las viejas lo adoran; las beatas lo miman; las muchachas lo buscan porque es diablillo; los padres de familia lo respetan; los liberales lo aguantan. Don Juan es un cura de cepa criolla: No gasta latines, monta bien a caballo, tiene mujer y juega a la taba.

¡Cuidado con el cura!...

—¿Por qué?

—Don Juan es hombre y medio. No sabes lo que le ocurrió una tarde.

—¿Qué le ocurrió?

Y me dispuse a escucharle.

—Una tarde se hallaba don Juan en una tabeada. Fué en casa del tuerto Roque. Bajo unos laureles estaba la cancha. Había peones del ingenio Corona, artesanos, dependientes y mozos de todas layas. Tiraban y tiraban. El hueso mostraba a veces la chuca, otras ocasiones caía del lado de la taba, o de la carne. Eran pocos los que echaban culo.

Mientras los jugadores bebían vino, don Juan, medio caliente porque había perdido cien pesos

echando culos de toda laya, sorbía un vaso de aguardiente azucarado.

Don Juan, que estaba al caer, cogió la taba y tiró.

El mozo de la *chorrera,* dijo bromeando: — ¡Culo echó el cura!...

—¡Tu madre!... malevo ladrón. ¡Me estás robando la plata — replicó don Juan, echando chispas.

—Había sío malo el curita... — observó sonriendo el mozo.

Don Juan se le fué encima diciendo: — Vení malevo, ladrón, trompeta. ¡No sabís lo que hay debajo de esta sotana! Hijo de...

El dueño de la cancha, llorando, se acercó a don Juan y le dijo: "Nó, tata cura... nó, tata cura... no se vaya a meter a pelear con ése... Ese es el Javier, ya debe tres muertes..."

El Javier resbaló su cuchillo cañero, se envolvió el poncho en el brazo y sonriendo dijo: — ¡Velay!... El cura había sío corajudo...

—Mirá, podría matarte como a un perro — dijo don Juan y guardó su revólver. — A ver, denmé un cuchillo. Yo le voy a enseñar a este malevo lo que vale un cura...

La pelea duró poco. El Javier le tiraba puñaladas mortales; don Juan se atajaba y con la zurda le devolvía tremendos planazos sobre la cabeza. Lo hubieras visto al mozo de la *chorrera*: huyó gritando: "Agarrenmeló al cura, que me mata"... Después del suceso, ya te puedes figurar cómo corrió la fama de don Juan.

*
* *

Y fuí a estrecharle la mano y a confesar. Cuando entré en su casa, don Juan paseábase por el jardín, emponchado y con bonete. Lo ví y exclamé: ¡Huac! ¡Huac!

—Cuidado, che Petiso, que aquí hay perros —dijo don Juan, reconociéndome. Esa noche salimos juntos.

LA CASA OLVIDADA

A la vera del viejo carril, hállase la casa que fué de don Lucas, del finado don Lucas, el Bueno, el Bárbaro, el Loco, el Mujeriego. Una tarde de llovizna, adusta e invernal, lo encontraron a don Lucas sobre el lecho de palo santo, con la cabeza abierta y los ojos saltados.

Don Lucas quiso que su casa fuera la mejor entre las mejores de material, la reina de las casitas de tabla y de los ranchos de quincha. Y muchos artesanos llegaron. Y los ronceros bueyes trabajaron largos días. Y brillaron las hachas filosas.

La casa resaltó alhajada como pocas.

Cuando don Lucas iba a la Ciudad, vestía como un caballero; en el campo, se paseaba de bombacha, bota y poncho de vicuña. A veces llegaba muy alegre en su coche de cuatro caballos, trayendo consigo una bolsa punzó llena de cóndores de oro.

Y los peones lo adoraron. Y para él, hirvió la paila su mejor arrope, dió el arrayán sus más jugosos frutos, el tunal del cerco, las tunas sin espinas, elduraznal los más dulces abridores. El moro-moro,

en un tronco hueco, para don Lucas juntó la rubia miel; el *alpamisque* también le guardó en la tierra sus botijillas colmadas.



Don Lucas era feliz, rico y poderoso. Las mujeres de los peones lo llamaban el Bueno, el Man-

so. Los que lo habían visto desbravar potros, le decían el Bárbaro, el Loco.

Y las viejas rezaron por él.

La casa de don Lucas fué la casa de los pobres. Todos la querían, la buscaban, como a la casa donde vivía la Fortuna.

De mañana, doña Dolores se paseaba por el jardín engalanado de toda suerte de flores y cortaba diamelas, jazmines, claveles blancos y rosas encarnadas. Margarita y Raquel se asomaban a la reja; Juan chanceábase con los peones.

Y acaeció que doña Dolores fué sorprendida por la muerte, el día menos pensado. Margarita y Raquel estuvieron largos meses sin ver el color del cielo, sin cortar una flor, vestidas de negro, nublados los ojos, las mejillas pálidas.

Don Lucas medraba aún. Poseía centenares de yuntas de bueyes, valiosas maderas en sus bosques y millares de surcos de arroz y caña dulce.

Y en su casa ya no se oyeron los acordes del piano.

Don Lucas viajó y viajó en busca de la felicidad perdida. Un día lo vieron llegar acompañado de una joven airosa, de porte elegante, de ojos verdes y hermosos, de tez blanca, cabellos de oro y sonrisa encantadora.

Y Noemí se paseó por el jardín que fué de doña Dolores; y cortó diamelas, jazmines, claveles blancos y rosas encarnadas. Margarita y Raquel dieron en aborrecerla. Y nunca la hablaron. Las mujeres

de los peones la llamaban Virgencita Rubia. Y de noche don Lucas, el Manso, el Bueno, el Bárbaro, el Loco, la besaba en los ojos. Margarita y Raquel odiábanla a muerte. Y para Noemí hirvió la paila su mejor arrope, dió el arrayán sus más jugosos frutos, el tunal del cerco las tunas sin espinas, el duraznero los más dulces priscos. Los peones la miraban asombrados, la querían, la respetaban; mas las viejas murmuraban que don Lucas vivía con la forastera, en pecado mortal... Y ya no rezaron por él. Y no rezaron por ella. ¡Y la maldijeron!

Murió doña Dolores y la casa perdió su alegría. Y el piano se cubrió de polvo y quedó inmóvil. Y Margarita y Raquel enlutaron los espejos de la sala. Y los perros aullaron de noche en el dormitorio desierto de doña Dolores.

Noemí era hermosa. Las mujeres de los peones la llamaban Virgencita Rubia.

Margarita y Raquel habían perdido para siempre los brazos que las ceñían, los labios que las besaban. Y vivieron como muertas.

Noemí trajo la ruina y el dolor. Y don Lucas perdió su fortuna; la peste mató su ganado; la sequía asoló sus cañaverales; incendiáronse sus bosques, la muerte le robó sus hijos y el alcohol lo hizo presa.

Y las viejas ya no rezaron por él. Y no rezaron por ella. ¡Y la maldijeron!

. . . .

Una tarde de llorizna, adusta e invernal, los peones lo encontraron a don Lucas en su lecho de palo santo, con la cabeza abierta y los ojos saltados...

*
* *

A la vera del viejo carril, hállase la casa que fué de don Lucas. La casa está en ruinas. La frontera tiene el color del acero. Alfombró el musgo las húmedas aceras y trepó por las paredes. Cedieron los tirantes de algarrobo; se carcomieron las puertas y se llenaron los techos de murciélagos. El jardín está cubierto de malezas. El huracán levantó los últimos galpones donde solían reunirse a merendar los peones. El hórreo está vacío.

Obscuro, húmedo, silencioso, ha quedado el dormitorio de doña Dolores, por donde se paseó antes de morir don Lucas, entenebrecido y taciturno.

En la quinta de naranjos medran las burlonas cotorras, las urpilas tristes y los tristes machilos.

!La casa olvidada!

¡La casa que nadie quiere ocupar!

¡La casa triste y vieja!

¡La casa maldita con la fachada gris, las puertas carcomidas, el jardín cubierto de malezas, los techos llenos de murciélagos!

¡La casa que fué de don Lucas, el Bueno, el Loco, el Mujeriego!

¡Y las viejas ya no rezan por él!

Y no rezan por la joven de tez blanca y ojos ver-

des y cabellos de oro, con quien don Lucas vivía en pecado mortal.

¡Y la maldicen!

Casa triste y olvidada. Diz que en el patio aparece de noche un perro negro, grande y que aúlla, aúlla; un perro horrible con la cola fosca, erizado el pelaje, los ojos fosforescentes...

SAPO EN EL AGUA...

(*A don Matías Gordo y Gordi*)

Q. E. P. D.

—¡Fíjese usted, don Matías! Esto sí que es lindo, hermoso. Aquéllos, son algarrobos. ¿Los ve usted cargados de fruta?

—Sí, hombre, sí...

—¿Los conocía usted?

—No, hombre, no.

—¡Que va a conocer usted!... En su Buenos Aires no hay más que eucaliptos y sauces — donde los hay — porque todo aquello es una llanura monótona, interminable. Hombre, no vale la pena el haber nacido allá... ¿No se arrepiente usted de haber nacido en Buenos Aires?

—¿Arrepentirme? ¿Yo? No sea usted necio, Sapo; no le creía tan pablo...

—¿Tan pablo? ¿Qué significa eso de ser pablo? Es un adjetivillo inventado por uno de sus comprovincianos... ¿eh?

—Sapo, déjeme usted tranquilo; hombre, me duele la barriga... Este tren tucumano me revienta.

—No le dejaré hasta que me explique lo que significa ser pablo. Meneguina, ranún, otario, zanahoria y otras cien palabrotas, son invenciones de ustedes, los civilizados, porque nosotros, los del Norte, seguimos siendo indios. ¿Verdad, don Matías?

—Sí, hombre, sí... No le creía tan pablo...

—¿Y qué me dice con eso?

—Zote, babieca, bobo, mentecato, majadero. No le digo ni estúpido ni malévolo; tampoco le digo imbécil...

—¡Cuidado, don Matías! ¡Agradezca a sus canas!

—No, hombre, no. Con este calor, me sobran: quisiera ser calvo. Bueno y basta de bromas que me duele la barriga. ¿Cuántas estaciones faltan para llegar a Tucumán?

—¿Cuántas? ¿Está aburrido? ¿Y en el Jardín de la República?

—No, hombre, no; pero tengo, aquí abajo, un dolor... Hombre, me ha obligado a beber ese líquido... Sea franco, amigo mío: ese líquido que vosotros bebéis como agua ¿es un purgante maligno? ¿Verdad que lo es?

—No, don Matías... ¡Qué está usted diciendo! ¡Esto sí que está bueno!... ¡la aloja de algarroba, purgante!...

Alojita de algarroba,
molidita en el mortero,
que se sube a la cabeza
como si fuera sombrero...

¿Oye usted, don Matías?

—Basta, hombre; basta de bromas y de cuartetas de muletillas.

¡Oh! ¡San Benito!... me duele horriblemente la barriga... ¡Ay! ¡Ay!

—No, hombre, no. Le habrán dado a comer pescado podrido. ¡Qué la aloja es un purgante? No, hombre, no. Ya se convencerá. En todas las confiterías de Tucumán, sirven aloja. Pida usted un refresco y el mozo aparecerá con un vaso de aloja — pero al hielo, eh — se entiende.

—¡Ah!... usted me ha hecho beber aloja caliente... ¡Pérfido, bribón, canalla! Se la hubiera dado a beber a su señora abuela.

—Hombre, mi abuela bebe aloja todo el santo día; la toma tiernita, compuesta y de tres ramales.

—¡Ay!... ¡Ay! ¡Esto es morir descuartizado! Mi vientre es una olla de grillos. No puedo más. Sapo, ¿ha traído usted polvos de bismuto? Por favor...

—No, hombre, no. ¡Psss! Le da usted mucha importancia a un dolorcillo de tripas. Sea usted corajudo, don Matías. Haga de corazón, tripas...

Sapo y don Matías Gordi y Gordo, iban en un vagón de ferrocarril. El viejo tren oscilaba sobre

los desnivelados rieles. Por intervalos se oía el agudo silbido de la locomotora. La tarde era calurosa.

Un cura tucumano, una vieja enlutada y un inglés, escuchaban el diálogo. El cura simulaba indiferencia, pero iba mordiéndose los labios; la vieja pestañeaba de rato en rato; el inglés no perdía palabra.

Cuando don Matías Gordi y Gordo salió muy de prisa, el cura sonrió y se dijo: "Ya le han arreglado, don Matías, haciéndole beber aloja pasada... Los porteños como usted, no la deben beber nunca, les sirve de purgante".

Sapo se había quitado el cuello, el sombrero y estaba en mangas de camisa.

Don Matías volvió; traía el rostro jubiloso. Sapo puso cara de baqueta.

—Conque... ¿le han hecho comer pescado podrido?

—Hombre, me ha dado usted una broma pesada. El tal líquido es un purgante maligno.

—No, hombre, no.

—Hombre...

—No lo crea, don Matías...

—Hombre, a usted lo he cogido en mentira.

—No, hombre, no.

—De que es un purgante maligno, estoy convencido...

—No, hombre, no.

—Sí, hombre, sí. ¿Qué significa eso de aloja tiernita, compuesta y de tres ramales? Explíquemelo,

Sapo. Estoy en ayunas. Me imagino que prepararán el tal líquido como la chicha de maíz — en Mendoza hacen chicha de uva. — Un salteño me contó que para que la chicha resultara sabrosa, tenía que estar bien *muqueada* por los opas, vale decir: la harina bien masticada por los idiotas de coto al hombro y patas a la rastra. ¿Qué me dice amigo?

—¡Oh!... don Matías, le han tomado el pelo. Ahora, puede usted beber chicha confiadamente.

—¿Yo?... ¡Ni Dios lo permita!

—Con toda confianza.

—¡Hum! Mire, Sapo, pensándolo, me descompongo...

—Ya la probaremos en el Mercado San Miguel para asentar los mondonguitos.

El inglés aguardaba pacientemente la explicación.

—¿Quiere saber lo que es aloja tiernita?

—Sí, hombre, sí.

—La que está empezando a fermentar. Ya compraremos una bolsa de algarroba, para que allá, en Buenos Aires, pueda usted alojear de lo lindo.

—Gracias, gracias, gracias. Lo que es yo...

—Hombre, no cuesta gran trabajo: se maja la algarroba en el mortero y se la pone a fermentar agregándole agua. ¿Entiende lo que le he dicho?

—Sí, hombre, sí.

—A los dos días la notará dulcecita. Si la deja fermentar dos o tres días más y le agrega un poco de azúcar, lo que beberá será alojita compuesta:

Que se sube a la cabeza
como si fuera sombrero...

—¡Diablo!

—Supongamos que usted quisiera invitar a sus amigos el día de su santo...

—¡Ni se me ocurre!

—Supongamos. ¡Que cerveza ni que champán!: prepara usted unas tres tinajas de aloja de tres ramales...

—¿Y si fueran de cuatro?

—Permítame, don Matías. Solamente se hace de tres ramales; de cuatro...

—¡Diablo!

—Para preparar aloja de tres ramales, cuando empieza a fermentar, se le quita la algarroba y se le pone otra; así hasta tres veces. La aloja tomará cuerpo y un dulcecillo picante y travieso, capaz de hacerlo bailar una chacarera al mismo San Pedro...

—¡Diablo!

El cura sonreía francamente. El inglés estaba atento. La vieja enlutada, cabeceaba silenciosamente.

—Sapo, dígame de qué clase de aloja bebí?

—Usted, don Matías?...

—Sí, hombre, sí. Dígalo, que ya vuelvo a sentir los repugnantes dolores. ¡Diablo! ¡Cómo lo revienta a uno ese líquido maligno!

—Usted bebió aloja pasada de punto...

—¡Pillo! ¡Astuto, cobarde, holgazán, sinvergüen-

za! Se la hubiera guardado para su señora abuela...

—Mi abuela no se llama Pánfila; mi abuela es doña María Dolores de la Cruz de Cuestas.

—Mire Sapo, si no fuera porque lo necesito a usted para ganar unos pesos, lo arrojaría por la ventanilla.

—Está usted que mete miedo...

—Bueno, basta, basta, ¡basta! ¡Me atufo!

El tren atravesaba la región de los cañaverales. Cerca ya, se alzaban los verdes cerros del Aconguija.

—Don Matías, repare usted.

Don Matías que se redondeaba en una butaca, libre de las pullas y confianzas de su amigo, tendió los ojos anchos.

—¿Ha visto usted algo más hermoso?

—No, hombre, no.

—¿Ha tenido usted en sus manos una caña dulce?

—No, hombre, no. Aguarde: Una vez, en Buenos Aires y en la casa de pensión de mi suegra, ví un muchacho que no se le caía la galerita, un muchacho moreno, la cara de corcho, entretenido en comer un palo morado.

—¡No sea usted bárbaro!, don Matías. La caña dulce es caña, no es palo. La caña dulce no se come, se chupa.

La vieja enlutada había abierto los ojos y ponía cara de viernes. El inglés fumaba su pipa perezosamente; el cura tucumano fumaba en chala y sonreía escuchando la conversación.

—Bueno, para mí, lo que comía el provinciano ese que no se quitaba la galerita ni para dormir, era palo, palo morado.

—No, hombre, no.

—Sapo, dígame ¿faltan muchas estaciones todavía? De veras, me derrito. ¡Esto es morir horneado! Hombre, estoy hecho agua. Se me pegan los pantalones. ¡Ay! ¡Uf! ¡me sofoco! ¡No puedo más!... ¡Que llueve, que truene y que me parta un rayo!

—¡Hola! Está usted que mete miedo, don Matías.

—¿Lloverá?

—Sí, hombre, sí. Mire hacia el poniente.

—¿Dónde?

—Allá, allá lejos, encima del Cerro Bayo se está formando la tormenta. ¿Ve usted esos enormes nubarrones que se levantan como de una enorme chimenea?

—Sí, hombre, sí.

—Avanzarán, se extenderán, se tornarán obscuros y amenazadores; reventará el trueno y un rayo a usted le carbonizará en plena calle tucumana...

—Sapo, no sea bárbaro. Hombre, usted no es cristiano...

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí.

—Y más que usted: me bautizaron en Monteros y me confirmaron en Lules. Mi tío Juan y mi tío Pedro son curas. Mi hermana Rosalía, se metió a monja. Conque...

—No le creo. Tiene usted una cara de bandido...

El cura tucumano se hacía el dormido; la vieja enlutada paraba la oreja; el inglés fumaba y fumaba.

—La tenemos. Su cara es de mónago cebado con tallarines, ñoquis y pulenta; la mía es cara de clérigo joven y travieso.

El silbido de la locomotora anunciaba una estación.

—¡Don Matías!

—¿Qué?

—Estamos en Monteros.

—Bueno, ¿y qué?

—Mire qué lindos quesos, don Matías, ¡qué fresquitos! ¿Quiere que llame a la mujer?

—Sí, hombre, sí.

—¿Bajémonos?

—No, hombre, no. ¡Con esta traza!... Hombre, estoy empapado hasta los talones. Esto da asco, da vergüenza. Le juro que no volveré a pisar estos pagos. ¡Y qué manera de sudar sebo!...

—Calma, don Matías. ¿Quiere que me baje yo?

—Sí, hombre, sí.

Apelotonábanse los vendedores. — ¡Tamales!... tamales calientes — gritaban unos. — ¡Empanadas de gallina! — voceaban otros. — Empanadillas con dulce de batata y fresquitas — decía una zagala. — Rosquetes y pan de mujer caliente — anunciaba una vieja descalza. — Tunas, a las tunas... ¿Y que no van a comprar las tunas y los quesillos? — repetía

una moza morena, erguida, simpática. La estación se había animado. El sol tucumano abrasaba.

Don Matías sonrió maliciosamente oyendo cómo se expresaba la vieja que vendía *pan de mujer.*

Sapo apareció con un cesto colmado.

—Para usted, don Matías.

—¡Hola!

—Aquí viene el contraveneno...

Estremecióse don Matías.

—¿Qué dice, Sapo?

—Que aquí viene el contraveneno...

—No entiendo.

—Calma, don Matías.

—¡Hum!

El inglés cargaba nuevamente su pipa; bostezaba la vieja enlutada; el cura tucumano liaba un cigarrillo de chala.

—Estos son tamales, don Matías; tamales tucumanos. Se preparan con harina de maíz y picadillo. ¿Los ve usted envueltitos en chala?

—Sí, hombre, sí...

—Así se conservan calientes y no pierden el olorcillo particular.

—Son humitas.

—No sea usted bárbaro, don Matías. Las humitas se hacen con choclo rayado. Estos son tamales tucumanos. Siéntales el olorcillo...

—Quite usted, hombre. Le ví la cara a la vendedora y eso me sobra. ¡No probaré un gramo de esta porquería!

—Pero... ¿por qué, don Matías?

—Digo que no y basta.

—Bueno... Estas con empanadillas con dulce de harina tostada. Pruebe una, don Matías.

—Gracias.

—Pero amigo... ¿a quién le tiene miedo?

—He dicho que no.

—Estos son quesillos, don Matías. Que-si-llos, como suena. ¿Los conocía usted?

—No, hombre, no.

—¿Los ve usted, aplanados, finos, en forma de lengua, tiernos, blancos? ¿Ve usted como se deshacen en hebras? Se comen aderezados con arrope. Pruébelos, don Matías.

—Quite, hombre, quite. ¿Me quiere ver echando las tripas?

—Pero hombre, la moza que me los vendió era más limpia que usted... Estos quesillos vienen envueltos en hojas de achira...

—Digo que me repugnan.

—Calma, don Matías...

—En vano le busca cola a la perdiz... ¿Me está por hacer otra picardía?

—No hombre, no.

—Estas son tunas, don Matías; tunas frescas y dulces.

—¿Higos de tuna?

—Tunas, don Matías. Las higueras dan higos; el tunal, tunas. No me dirá usted que los perales dan higos de pera...

—Parecen jugosas.

—Son jugosas.

—¡Hola! A ver una...

—No las coja usted con las manos limpias, don Matías, se va a llenar de *janas.*

—¿De janas? ¿Y qué son las janas?

—Estos lunarcillos que usted ve, están formados por espinas pequeñísimas, a las que llamamos janas. Sí, estas tunas no están barridas.

—¿Qué?

—Barriéndolas se les quita las janas. Calma, don Matías, calma.,

A estas tunas — para que no hagan mal — hay que comerlas aliñadas con queso.

—¿Qué pueden hacer?

—Nada, hombre, nada; lo quería engañar...

¿Ha visto un queso más fresco y oloroso que éste?

—Parece apetitoso.

—Don Matías, manos a la obra: ponga abierto ese diario sobre el asiento y tomemos un piscolabis.

—¡Hola!

—Vea, don Matías, las tunas se abren así: primero se desculan; con un tajo a lo largo, ya está la cáscara lista para ser levantada.

—Prepáreme unas pocas...

—Una advertencia, don Matías: yo comeré tunas solamente; usted las comerá con las semillitas que tienen adentro y con un poquito de queso. ¿Oye?

—¡Hum!

—No, hombre, no. ¿Me cree capaz de una mala acción?

—De diez.

—Le hablo de veras, don Matías; no ponga esa cara con dos haces...

—¡Hum!

—Parece usted una criatura, don Matías.

—¡Hum!

—Le advierto don Matías, que las tunas se comen de a pares; cuidado con comer nonis.

—¿Es superstición quichua?

—Es.

El cura los observaba por encima de sus espejuelos de recia armadura dorada, movido a risa. La vieja enlutada tenía los ojos puestos en don Matías, lo miraba fijamente como diciéndole: Don Matías, si come tunas no trague las semillas; no las coma mezcladas con queso, porque le vendrá un estreñimiento de los diablos... El inglés fumaba y fumaba y ponía linda cara.

—¡Holá! ¿Sabe usted que están jugosas y frescas? Hombre, el quesito parece de Tafí.

—Es.

—¿Sí?

—Sí.

—Déjeme solo, Sapo; esto me agrada.

Llegaban a Tucumán. Don Matías comía la última tuna. La vieja enlutada los miró con lástima.

— Buenas tardes, señores — les dijo el cura son-

riendo. El inglés serio y tieso, asió sus maletas y se apeó.

—Ahora, tenga usted cuidado, don Matías: aquí abundan los cacos...

—¿Sí?

—Sí, hombre, sí.

—Gracias. Me decían que Tucumán es como Buenos Aires...

—No sea zalamero, don Matías...

—Hombre, no es juicio mío.

—¡Diablo!: parece que no hay coches de plaza!

—¿No le dije que estaban de huelga los cocheros?

—¡Y qué tormenta, Sapo!... Tendremos un diluvio. Hombre, este es un país rarísimo. ¡Qué me dice usted!: estamos con la tormenta encima. ¡Y qué nubarrones! ¡Y qué viento! ¡Por san Benito, que esto no siga adelante!

—¿Qué no? Ya lo verá usted.

—Mire Sapo que los truenos me hacen mal... se me acalambra el cuerpo.

—¿Sí?

—¡......!

—¡Cobarde!, no se tape las orejas, grandísimo cobarde.

—Hombre, si se repite, me introduzco en el primer zaguán que vea y asunto concluído.

—Haga usted la prueba, cobarde. Soplará el huracán, lloverá a cántaros, correrán las centellas y un rayo le carbonizará en media calle.

—Por favor, Sapo; no se aproveche de mi situación desventajosa.

Dominaba el vendaval furioso. El cielo estaba negro. La ciudad se llenaba de polvo.

—¡Por san Blas!

—¡Cobarde!

—Hombre, ¿no ve usted que no puedo más? ¡Basta! Estoy con los ojos llenos de polvo...

—Adelante, cobarde. Va perdiendo los pantalones.

II

—Hombre, es usted la canalla en persona. ¡Pícaro, atrevido, sinvergüenza, mal educado!

—¿Quéé?

—No se haga el inocentón, cara de Judas.

—Está usted que mete miedo, don Matías...

Hoy le envié con el muchacho de mi tía, unos cuantos *bolanchaos, un patay, unos alfeñiques,* y una docena de tabletas de miel de caña.

—¡Cállese, hipócrita, mal educado!

—¿No los ha recibido?

—Sí... y por poco no le doy de patadas al muchacho de su tía.

—¡Don Matías! Está usted que mete miedo.

—Y usted ¡canalla!, casi me hace reventar.

—Hombre... ¿Le ha ocurrido algo? ¡Qué cara tiene!

—¡Qué cara tiene!... ¡Y todavía ríe el sinver-

güenza!... Me ha envenenado haciéndome comer tunas con queso, ¡canalla! ¡salvaje!

—Hombre...

—Sí, hombre, sí.

—Al día siguiente sentí unos dolores aquí abajo y no podía y no podía...

—¡......!

—No ponga usted esa cara de papanatas.

—Dos días después y bastante atrasado, llamé a la sirvienta y le pregunté si el agua corriente les hacía mal a los forasteros. Como adivinando, me preguntó:—¿Qué ha comido usted, señor? Yo le dije que tunas con queso. Desnudó los dientes y soltó la risa. — Bueno, señor don Matías, — me dijo — le han dado una broma pesada; iré a la botica a traerle una doble.

—¿Es cierto?

—¡Canalla!

—Calma, don Matías, calma. ¿Está usted bien?

—Alivianado.

—Hombre... ¡un negoción!

—¡Hola!

—Un verdadero negoción.

—¡Hola!

—Se trata de una viuda rica y...

—¿Joven?

—No tal; ya pisa el umbral de los cuarenta; pero tiene los ojos lindos y los labios rojos.

—¿Y qué? ¿Me ha tomado por un adúltero vulgar?

—No, hombre, no. La viuda tiene una tienda bien surtida y como mantenemos las más estrechas relaciones, le hablé de usted; le dije que don Matías Gordi y Gordo es una buena persona, un padre modelo y un viajante de comercio como hay pocos.

—¿Y qué?

—Que ya la tenemos a la viuda por nuestra cuenta.

—¡Hola!

—Me ha asegurado que le comprará géneros y calcetas. Piensa gastar diez mil pesos.

—¡Hola! Pero... ¿es cierto? ¿No me prepara usted otra trampa?

—Hombre, ¿quiere usted que vayamos ahora mismo?

—¡Hola! Sapo, quédese a comer conmigo. Acerque una silla.

A Sapo le retozaba la risa. Era la hora de la comida. Habían llegado ya algunos pensionistas. El fondista, un italiano coloradote y redondo, con la cabeza pelona, la nariz abultada, la boca grande, acodado en el mostrador, observaba a los dos amigos recién llegados. Lo movían a risa los dos forasteros. Sapo era moreno, rechoncho; llevaba el pelo cortado a manera de cepillo, tenía la cara señalada con hoyos de viruelas y el cuello corto y parecido al de una tortuga. Don Matías peinaba canas, era obeso y cuando reía se apretaba el vientre.

—Sapo, coma usted un plato de tallarines; sea condescendiente. Hombre, me asusto viéndole engu-

llir esa porquería. Es usted un indecente, un cochino. ¡Está comiendo panza y tripas sucias!...

—Son mondonguitos, don Matías; mondonguitos tucumanos. ¿Sabe usted lo que son mondonguitos?

—Sí, hombre sí. Los estoy viendo y me da en las narices un olor...

—Son mondonguitos, don Matías...

—Sí, hombre, sí. Ya se ha tragado cuatro platos de estos repugnantes mondonguitos. ¿No le parece que es una imprudencia?

—No, hombre, no.

—Hombre, repita cuantas veces quiera, pero nos están observando.

—¿Quiénes? Señale uno.

—Aquél.

—¿Cuál?

—Aquél, cara de clérigo.

—No, hombre; ese pobre muchacho se está mirando la nariz; la tiene como pepino. ¿Y a usted qué le importa que nos observen?

—Hombre, lo hago por usted; al fin y al cabo a mí no me conocen.

—Yo soy loco por los mondonguitos.

—Lo veo.

—Soy capaz de comer docena y media de mondonguitos. ¿Cuánto quiere usted apostar?

—¡Hum! ¡Diez pesos!

—Está.

—Mire, Sapo, es mejor que le pidamos al mozo

un *reservado.* ¿Le parece bien? Aquí no comeremos tranquilos.

—Bueno; llámelo.

El fondista se les aproximó:

—Ti felicito amico; dame la mano.

—¿Por qué, señor Panzoni?

—Porque ti piachen molto y mondonguiti.

—Es que el señor Sapo es tucumano, señor Panzoni.

—Lindo nomá. Me gustaría acompañarli, ma, peró, peró... tengo mala la bariga, sempre mala...

—Mire, señor Panzoni, para evitarle una molestia, queremos pasar a un reservado.

—Sta bien, sta bien; dícale al mozo.

—Porque el señor Sapo tiene ganas de comer docena y media de mondonguitos... y me ha tomado el pelo haciéndome el cuento de la viuda rica, joven y guapa...

—¡Bravo! ¡Bravo!, siñore Sapo.

*
* *

—¡Hum!... el pícaro se burló de mí, pero le costó caro. Lo de la viuda, era cuento. Comió la docena y media de mondonguitos, pero al día siguiente lo hallé con la *guata* hinchada y la pata dura. ¿Querís aloja pasada de punto? ¿Querís tunas con queso? — decía don Matías Gordi y Gordo, cuando contaba sus aventuras de viaje y reía abriendo la boca tamaña como un jeme.

UN PESEBRE

Tarde calurosa de diciembre.

Doña Rita ha llamado a los rapaces de su barrio. El Julito, el Martín, el Curro, el Juanito y otros, han llegado jadeantes, alegres.

—Quiero que me ayuden a componer el pesebre —les ha dicho doña Rita.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!—han exclamado los chicuelos.

—Yo le traeré unos patitos de loza—ha dicho el Quico.

—Y yo unos corderitos.

—Y yo unos cajones y piedras para armar el cerro.

—Y yo muchas plantas y un buey y un gallo y un pastor.

—Y yo unos faroles de papel.

—Y yo le traeré musgo y arena que está fresca, para que haga el río.

Es vieja doña Rita, pero aun conservan tiento sus dedos sarmentosos. La tarde anterior, doña Rita había tenido un sueño medroso. Dormía re-

costada en su catre de tijera y vió llegar a un pequeñuelo de ojos verdes, labios rojos, sonrisa divina y cabello rubio y rizoso. Doña Rita no cabía en su piel de contenta y lo miraba cariñosamente. Por intervalos creía reconocerlo y decía:—¡ Pero... si éste es mi Niñito Dios!... ¿por qué se habrá salido de la urna? ¡Pero... si éste es mi Niñito Dios! Sentóse el chiquitín sobre la almohada y empezó a acariciar la cabeza nevada de doña Rita y mirarla con buenos ojos. Doña Rita quiso asirlo, oprimirlo contra su pecho árido y besarlo muchas veces; pero una horrible pesadilla la inmovilizó. El chiquitín entristeció repentinamente y le dijo al oído:

—Rita, hasta hoy me tuviste en la urna. ¿No piensas componer mi pesebre? Rita, te morirás este año. Cuando vengan los Reyes de Oriente, te llevarán metida en un cajón negro; aunque no quieras, adentro del cajón te comerán los gusanos... Rita, Rita, ya no me quieres. Morirás este año.

Doña Rita saltó en el catre, se le pusieron los cabellos altos, abrió los ojos encendidos y distinguió la silueta de un chiquitín.

—¡Qué sueño horrible! Madre del Valle, ¡socórreme!—dijo tristemente doña Rita y penetró en la alcoba donde alumbraba a San José.

En un ángulo de la habitación y sobre una mesita de algarrobo, estaba la urna del Niño Dios.

Doña Rita observó que la portezuela de cristal se hallaba abierta.

—¡Un milagro! ¡Un milagro! Socórreme Madre del Valle! ¡Perdóname Niñito de Dios! Andaré de rodillas—dijo doña Rita sollozando. Y sus manos arrugadas cogieron la urna. El Niño Dios, vestido de blanco, los cabellos rubios y rizosos, la sonrisa divina, los ojos verdes, acostado en su lecho de grana y oro, parecía soñar despierto.

—¡Hijito! ¡Hijito de mi alma! perdóname. Mañana de mañanita compondré tu pesebre. Mañaña sin falta. Y vendrán muchos niños a cantar.

Un ligero estremecimiento se sintió y doña Rita cayó sin sentido.

Una vocecita repetía quedo: "Rita, morirás este año. Cuando vengan los Reyes de Oriente, te llevarán metida en un cajón negro; aunque no quieras, adentro del cajón te comerán los gusanos".

Es vieja doña Rita, pero aun conservan tiento sus dedos sarmentosos.

Doña Rita ha ordenado los cajones. Con los pedruscos y chinas formó lomitas y abruptas serrezuelas. Entre dos cerritos fronteros se abre una quebradita por donde corre un hilo de agua cristalina. El vallecito está cubierto de fresco musgo. Todo lo ha hecho su mano.

Doña Rita ha compuesto el pesebre para su Niño Dios, en el ángulo de la alcoba, donde los vecinos la encontraron boca abajo y medio muerta.

A la entrada hay un bosquecillo de helechos y en el fondo, arriba, una gruta aromada de gardenias y diamelas. En la cañadita pace el rebaño de ovejitas y cabritas blancas. Allá, chotos y recentales duermen tranquilamente junto a la casita del Niño Dios. El manso buey vela. Los Reyes Magos, jinetes en camellos blancos, van camino de la gruta a ofrecer al Salvador, dones, incienso y mirra. Baltasar y Gaspar van delante. Melchor, arrebujado en su manto escarlata, monta el camello que va zaguero.

* * *

Cantan los niños:

"Gloria al Niño lindo,
al Niño precioso nacido en Belén,
en triste pesebre,
teniendo por lecho la paja del buey.
Ya los Reyes Magos
y muchos pastores y esclavos también,
vinieron a verlo,
al Niñito lindo nacido en Belén."

Cantan los niños y observan el pesebre que compuso doña Rita. Es de noche. El musgo aparece salpicado de diamantes. En la cima, canta el gallito blanco. Oyese el rumor de una fontezuela. Por el fondo del arroyito cristalino ruedan las

limpias guijas. Adentro de la gruta, sobre un lecho de paja, el Niño Dios, vestido de blanco, los cabellos rubios y rizosos, los ojos verdes, la boquita de coral, sonríe despierto esperando a los Reyes.

Baltasar, Gaspar y Melchor, le ofrecerán dones, incienso y mirra.

Cantan los niños. Doña Rita está triste; no los habla, no les ofrece pastillas de menta y alfajores; ni los acaricia ni les cuenta la historia de los Reyes de Oriente. Doña Rita ha llorado mucho. Ahora le tiemblan las manos. A ratos se cubre la cara con el rebozo negro. Los chicuelos la miran y se preguntan:—¿Qué tendrá doña Rita?—¿Quién le habrá pegado?—¿Estará enojada?—¿Se le habrá roto el Niño?

Doña Rita está triste y no escucha el canto de los niños. Una voz misteriosa le repite. "Rita, Rita, morirás este año. Cuando vengan los Reyes de Oriente, te llevarán metida en un cajón negro y adentro del cajón, aunque no quieras, te comerán los gusanos"...

ABEJITAS DEL MONTE

Cuando los mozos que trabajaban en los cañaverales, veían pasar a don Fritz, decían socarronamente: — ¡Qué gringo fiero!... si parece diablo colorao...

Don Fritz usaba polainas coloradas, pantalones anchos y chaqueta con enormes bolsillos. Un casco gris con barboquejo, forrado de caucho, no se le despegaba un instante, ni se le caían los anteojos montados en su nariz de bicho raro. La barba de don Fritz, era una barba rubia como la barba de choclo. Don Fritz era alto y seco, tan desgarbado que parecía un palo vestido. Echábanse a reir las mozas mirándole caminar y decían: — ¡Qué trancos de gringo bárbaro! ¡Parece que la *guata* lo lleva apurao!... Don Fritz pasaba silenciosamente mostrando su cara de tonto pícaro. Don Fritz siempre andaba de a pie; los caballos y las mulas le inspiraban miedo.

Don Fritz y su compañero, don Herr von Klautz, habitaban una casita de madera, de las que formaban la colonia del ingenio La Cuesta de don Julio Her-

nández. A don Herr se lo veía a la muerte de un obispo... — ¡Qué gringo arisco! — observaban unos; — Es que no sabe hablar la *castilla,* agregaban otros. Y si algún domingo lo encontraban asomado a la ventana, saltaba chispeante el viejo refrán: Cuando la sequía es larga, no hay matrero que no caiga...



Don Herr era menudo y tenía cara de sabio.

Don Julio Hernández volvió de su largo viaje en compañía de don Fritz von Gronick y de don Herr von Klautz. Don Fritz hablaba correctamente el castellano. Don Herr conocía el griego, el hebreo, el árabe, el latín y el chino; en Tucumán aprendió a

decir chucho, zancudo, *uzamico, pishilinga, alpamisque, puesquello, calán-raco* y *huanquero*. Y nada más...

Don Julio Hernández, que era un criollo rico y perspicaz, se había propuesto aprovechar por mayor, las mieles transparentes y aromáticas que producían las abejitas del monte. Y contrató a dos sabios renombrados: don Fritz von Gronick, autor del libro "Las abejas salvajes" y don Herr von Klautz. Y los sabios llegaron a Tucumán.

Don Fritz y don Herr tenían un curioso laboratorio. Don Fritz era el encargado de las exploraciones científicas; salía diariamente con su paleta de mallas, sus anteojos de larga vista y su casco metido hasta las orejas. Los peones que trabajaban en los cañaverales y las mozas que tomaban mate bajo el naranjo, lo veían pasar y se preguntaban:

—¿Onde irá el gringo bárbaro?

—¿Onde estará la cueva con la gringa y los gringuitos?

—El gringo debe ser socio del *uturunco,* por eso anda siempre solo por el monte. ¿Onde se meterá?

Don Fritz caminaba y caminaba sin cansarse, trepaba los cerros cubiertos de frondosos árboles, se perdía entre los helechos, lo seguía al arroyo cristalino de cauce salpicado de guijas y pedrones, por la quebradita abierta a guisa de señal, internábase en el bosque misterioso donde holgaban las urracas azules, los *machilos* negros, loros y torcaces y medraban las feroces onzas y los ágiles pumas. Y don Fritz

von Gronick probó de todas las mieles del monte. A veces las *trampas de tigre* le abrían los pantalones, lo quemaban las ortigas bravas, lo atolondraban los sanguinarios tábanos y los zancudos overos; los *mosquitos* le comían los ojos y la *puna* le hacía saltar el corazón.

Don Fritz von Gronick formó una hermosa colección de panales y abejas del monte. En cajitas de cartón con tapa de vidrio, yacían las inocentes obreras, el tórax atravesado, transparentes las alas, los ojos dormidos, las patitas estiradas.

Don Herr von Klautz permanecía escondido en su laboratorio, observando insectos, calculando los diferentes índices de refracción de las mieles del monte, la densidad, la dilatación. Manejaba toda suerte de reactivos. Para que no le zumbaran los zancudos, usaba finísimas telas metálicas. Don Herr von Klautz miraba a todos con desprecio y cuando iba al escritorio a cobrar el sueldo, vestía guardapolvo de brin y sombrero de paja. Don Herr tenía cara de sabio.

De vez en cuando don Julio Hernández escuchaba las sabrosas aventuras de don Fritz.

Año y medio tardó don Herr en presentar su Informe, verdadero estudio científico, una interesante monografía en latín y francís y traducida al castellano por don Fritz von Gronick.

—Julito, venía pacá; a ver si me leís esto — le dijo a Julio, don Julio. Julio leyó dos páginas.

—¡No ven las figuras de estos gringos pícaros,

pa quererme meter gato por liebre! Ma ver, dame eso, quiero cerciorarme.

Don Julio comenzó a observar los dibujos.

—¡Bueno, estos gringos me están robando la plata! ¡Ijuna gran perra! Mirá Julito, dejameló pa hacerlo quemar con la Rosa. Decile al Roque que me lo llame al viejo Rodulfo.

Ño Rodulfo vivía solito en el último rancho del callejón. Pasaba la vida trenzando lazos y sobando lonjas.

Cuando don Julio sintió el chag-chag-chag de unas ojotas, se dió vuelta. Ño Rodulfo se había quitado el sombrero y había echado sobre los hombros las haldas de su viejo poncho.

—¿Qué se le ofrece mi patrón?

—Oyé... ¿lo conocís a don Fritz?

—¿Será ese gringo que anda tuitos los días como loco por el monte?

—El mismo. ¿Y a don Herr?

Es el compañero de don Fritz.

—Acompañaos yo nunca los vide.

—Cuando venías a cobrar ¿no has visto un gringo flacuchón y de gesto bravo?

—Nai yo nunca vengo. El niño Julio me paga las changuitas en mi rancho.

—¿Lo conocís bien a don Fritz? ¿No lo confundirás?

—A ño Frí, sí lo conozco.

—El otro también es rubio y barbudo; pero no son ni compadres.

—Nai sí lo conozco a ño Frí...

—Bueno, al otro lo sacás por la pinta: es bajito, flacuchón y cara de pocas pulgas...

—Nai bueno, patrón.

—Oyé, Rodulfo: el otro se llama Herr. A ver si podís pronunciar esa letra del abecedario.

—Nai... yo no sé escribir, patrón.

—Decí Herr, bien clarito; a ver...

—Ño Erre.

—Eso mismito; está bien.

—A ño Erre me le vas a hacer una picardía de esas que a vos te gustan, de esas que te enseñó mi abuelo. ¿Te acordáis?

—Nai como no.

—Pero a ño Erre, no a ño Frí, porque le tengo lástima. ¿Entendís? La picardía será para ño Erre ¿eh?...

—Sí, patrón.

—¿Vos conocís todas las abejas del monte?

—Nai como no, patrón. Pa su tata viejo siempre le traje baldadas de miel.

—¿Y como no traís ahora?

—Nai... es que las abejitas se han ido muy lejos, a lo bien obscuro del monte onde sólo llega el cantito de los pájaros, porque los gringos las persiguen.

—A ver ¿cuáles conocís?

—Nai tuitas, patrón.

—El puesquello, el moro-moro, la bala...

—Nai tuitas, patrón.

—A ver, nombrá las más bravas.

—Los *huanqueros.*

—Más bravas.

—El *calán-raco.*

—Más bravas.

—Nai yo no conozco más bravas que el *calán-raco...*

—Entonces... el calán-raco...

—¡Hum!: hasta los caballos salen huyendo cuando los calán-racos se vienen encima.

—¿Y en qué parte del monte hacen el panal?

—Nai en lo más tupido, onde las trampas de tigre y las ortigas bravas no dejan entrar a naides.

—¿Y vos les robaste la miel alguna ocasión?

—¡Nai como no!

—Que te parece ¿te animás a llevarlos a los dos gringos hasta la colmena de los calán-racos?

—Nai como no.

—Tenís que hacérmelo estropiar bien a ño Erre, pa que se acuerde de su agüela la tuerta.

—Nai como no; lo que me mande, patrón.

—¿Estarán lejos?

—Nai muchos cerros hay que subir...

—¡Eh bárbaro!

—Es que aura están muy ariscas las abejitas del monte. Antes, en la mesma boca de la quebrada uno hallaba *balas* y *lachiguanas.* Aura, no; hay que montear mucho y sudar la gota gorda para topar unita.

—¿Sí?

—Sí, patrón. Nai a ño Frí no lo voy a poder

engañar, diz que él es muy entendido y que conoce a tuitas las abejitas del monte. Así decía la comadre Carmen...

—A los calán-racos que vos decís, no los conoce.

—Nai mejor, patrón.

—Yo les voy a dar la noticia y los voy a obligar a que te acompañen.

—Nai lo duro va a ser pa hacerlos montar a caballo. Dice la comadre que ño Frí no se anima a subir ni amarrao con *chuschalazo*. (1).

—Eso será lo de menos. Vos ensillás los caballos y les ponís las riendas en la mano, montás en el tuyo y salís al trote. Ellos subirán de alguna manera y te alcanzarán.

—Nai, ¿y si no suben?

—Subirán. Ya sabís que conmigo, pocas bromas.

—Así es, patrón.

—Si no suben, lo llamás al José, le decís que por orden mía los ponga encima y que les castigue los caballos de atrás.

—Está bien, patrón.

—¿Vos les tenís miedo a los dos gringos juntos?

—Yo no, patrón.

—¿Y a los calán-racos?

—Nai... a ellos... ¡hum!

—No me vas a traer los caballos con los ojos hinchados.

---

(1) Lazo de pelos. Voz quinchua.

¡No ven la figura de estos gringos pa estarme robando la plata!

*
* *

—Puenos tías, ton Rotulfo ¿cómo le va?

—Pase adelante, ño Frí.

—Tengo mieto al perro.

—Si ya de viejo, ni se mueve el pobre... ¡Andá pa dentro, Rompefierro! Ya ni oye...

Pase ño Frí.

—Pueno, pero, cuite el perro.

—Sientese ño Frí.

—Gratias; yo poco, uso, silla.

—Nai bueno, mejor pa usté.

—¡Y de cómo!, usté, no Frí que nunca se allega al rancho de los pobres...

—Un asunto ínteresante, yo quiero, consultar, a ústed.

—Desensille ño Frí, mire que está haciendo un calor bárbaro. Si quiere colgar la chaqueta y el casco, allí tiene un gancho en la solera.

—Yo, siempre, fresco.

—Nai mejor pa usté, entonces.

—¿Usted, conoce pien las apejas salvajes?

—¡Nai como no! Yo fuí melero y de los buenitos...

—Muy pien. Yo pagaré a ústed, cinco pesos, si me ayuda a cazar, una apeja, muy ínteresante, muy ínteresante, se chama, se chama...

¿Quiere ústed nombrar apejas del monte?

—Nai como no, ño Frí, siempre que no se vaya a olvidar de la propina. Ya me ve perdiendo los pantalones de puro viejo y pobre...

—Muy pien.

La *yana*. Les gusta las flores de los *guayacanes*, de los *horcomolles* y de los *cebiles*. Es abeja chiquita, tiene la anquita amarilla; buscan siempre los troncos viejos y en los agujeros hacen la miel, a su modo, en tinajitas largas. La miel es amarilla y clarita. Pa sacarla, hay que hachear por abajo; prontito la miel se descuelga como caldo. Hasta dos baldadas saqué una vez de un mesmo hueco. Nosotros la usamos pa endulzar el mate. ¿Será esa?

—Muy ínteresante, pero, no es.

—El *moro-moro*. El bichito es como mosquita amarilla. También trabaja en los huecos de los árboles viejos. Da una miel medio negrita, pero la flor es más clara. Es muy buena y santo remedio pa el resfrío. Hasta un balde se puede sacar de un mesmo hueco. El bichito chupa de tuitas las flores del monte. ¿Será ése?

—¡Oh!, muy ínteresante, pero, no es.

—El *mestizo*. Abejita *chesche*, chiquitita. Trabaja en los huecos de los cedros requeteviejos y de las quinas. La miel es morenita y se come con pan y quesillos. ¿Tampoco es?

—Siga, ton Rotulfo. Muy ínteresante.

—El *puesquello*. Abejita negrita, chiquita, brava y traicionera. Trabaja en los huecos de los troncos

viejos. Hasta en los naranjos se hallan puesquellos. ¿Será ésa?

—Muy ínteresante, pero, no es.

—La *bala*. La abejita es muy brava. Hacen una casa larga, forma de bala, revocada de barro y la cuelgan de las ramas de los *alpamolles* y de las talas *pispitas* y de otros árboles. Adentro de la casa está la miel, una miel muy rica. Pa sacarla hay que subirse al árbol y forrarse las manos. Un pájaro muy cantor llamado la reina mora, les roba la miel sin dar tantas güeltas. Abajo se enciende fuego pa que el humo las espante a las abejitas. ¿Será ésa?

—Muy ínteresante. ¡Oh sí!... yo, conozco pien, a esas, apejas salvajes. La que yo, quiero, se chama... se chama...

—¿*Luchiguana* será? Abejita chiquita y malaza. Cuelgan los panales en las ramas bien tupidas. La casa es parecida a la casa de la *pispuca,* esa avispa colorada que cuelga el nido en los techos, pero es más grande. La miel es muy sabrosa. Se les saca la miel como a las balas. ¿Será ésa?

—Muy ínteresante, pero no es.

—El *alpamisque.* El bichito es medio grande, la anquita amarilla. Anda siempre volando cerca del suelo. Usté lo vé algunas veces junto a sus pies y de rompe y rasga se pierde en una cuevita que tiene en la tierra. Cavando se encuentra unas botijitas llenas de miel. Las botijitas son de barro. Hasta los *changos* sacan alpamisques. ¿Será ésa?

—¡Oh muy ínteresante! pero, no es. Ton Julio, me inticó otros caracteres tiferentiales.

—Nai bueno; mejor pa usté. Bueno, pa acabar saldrá una yunta brava: el *huanquero*. El bicho es grande, tamaño como tres abejas de Castilla encimadas. Les relumbran las alas y las ancas negras y lustrosas. Y son tan lindos como para estarse tuito el día mirándolos. Al volar hacen un zumbido bárbaro. El huanquero es medio idiota y los días nublados no trabaja. El que se mete con huanqueros, ya tiene pa rascarse un año... Hacen el panal en el suelo y algunas veces lo cuelgan en los *sunchos*, abajito, porque saben que naide se va a acercar a robarles la miel.

El *carán*. Es una abeja del monte y de la mesma pinta que el huanquero. El carán es negro y grandote. Vea ño Frí: si alguna vez encuentra un carán, no se vaya a meter a camisa de once varas, es mejor que lo deje onde lo vido. Los bichos lo han de dejar ciego y si se le antoja espantarlos con fogatas y robarles la miel de los tinajones llenitos, cuidao, cuidao ño Frí. Si come la miel, le vendrá el tabardillo, se le pondrá negra la sangre y estirará la pata en medio del monte sin cristiano que le llore.

—¡Muy ínteresante! El nompre, el nompre... Carán, carán, está pien, pero le falta, el apellido.

—Nai será otra abejita del monte a la que nosotros la llamamos *calán-raco*... Pa encontrar los panales, hay que andar mucho, cerros arriba, mon-

teando, olfateando, rastreando en las flores hasta descubrirla.

—Perféctamente, ton Rotulfo; ústed nompró, la apeja, salvaje, que yo no tengo. ¡Muy pien! ¿Usted puede acompañarnos, a una, exploratión científica? Puscaremos el paratero de la apeja.

—¿Usté sólo va a ir?

—¡Oh no! El dóctor Herr von Klautz, una autoritá, en la materia, nos acompañará.

—¿Y saben andar a caballo?

—¡Oh sí!, nosotros antamos, a capallo, como, a pie.

—Mire ño Frí que es medio lejos pa donde vamos a ir. Hay tábanos que da miedo y onzas y leones.

—¡Oh sí!... no ímporta, el dóctor von Klautz, es una, autoritá, en la caza de sapantijas.

—Y tienen que llevar escopeta pa que voltiemos loros y torcazas. Y me tienen que dar la plata pa comprar el churrasco, lo asaremos allí, allí arriba, onde se asiente el primer nublao. Bajo un laurel encenderemos fuego.

—¡Oh no!... mucha molestia. Nosotros lleparemos, extrácto de carne, y polvos, de cran poter, nutritivo y botellas térmicas. Usted, ton Rotulfo, puéde llepar, sus alforjas, si quiere.

—Nai como gusten; no sea que allí, arriba, les empiece a sonar la *guata* y se tengan que ajustar los pantalones pa no morirse.

—¡Oh no!

—¿Y ya tienen los caballos?

—¡Oh sí!

—Aviselé a su compañero onde vamos a ir pa que no se quiera quedar en mitá del camino.

—¡Oh no!

—¿Y cuándo?

—Mañana, ton Rotulfo.

—Nai bueno, nos albeará en el cerro.

—Muy pien.

Y don Fritz von Gronick, salió muy de prisa.

* * *

Don Herr von Klautz iba taciturno y molido; el rocín que le había tocado en suerte era un jaco trotón y asustadizo. El pobre sabio llevaba las posaderas llagadas, el vientre flojo y enfoscados los ojos de alimaña montés. Había pescado un catarro de los gordos y la destilación le fluía a menudo por entrambos agujeros. Sudaba a mares. Avidos mosquitos, silenciosos tábanos, lo acometían astuta y solapadamente. Don Herr iba entenebrecido; por intervalos espiaba las cuevas, los baches y los altibajos del camino; a ratos le venía en ganas destaparse los sesos. Tan frescas estaban las llagas ocasionadas por el ludimiento de la silla, que el desgraciado sabio tenía que llevar las asentaderas al aire. Durante varias horas no había podido conversar con su compañero que montaba una jaca rucia y que no le perdía las pisadas al viejo Rodulfo. A don Herr von Klautz herviale la sangre. Cada vez

que escuchaba los espantosos baladros de los toros orejanos y los veía asomar por entre la hierba salvaje y enmarañada, chispeantes los ojos, negra el ágata del cuerno, se amedrentaba. Un calor húmedo y sofocante lo estragaba; sudaba a mares.

El camino de herradura, a lo largo de la hermosa quebrada, trepaba un cerro y señalaba otro. Frondosos helechos y corpulentos horcomolles, lo mantenían en la sombra. Cerca, veíase ribazos coronados de tipas y cedros; abajo, en lo profundo, corría el río montañés murmurando la canción de las nieves eternas.

En el Rincón, Herr von Klautz topó con un labrador que venía guiando su *yuta* cargada de pesadas vigas. El sabio preguntó:

—*Alpamisque? ¿Zancudo?*

—¡Ajam! ¡Ajam! El viejo Alpamisque, el gringo Zancudo... *allú, allú* van sus cumpas—contestó el labrador señalando con el dedo.

El viejo Rodulfo montaba un caballito zaino, apocado, uno de esos caballejos de montaña por los cuales no daríamos cinco pesos.

Don Herr von Klutz, entenebrecido, siguió camino adelante, llevando al aire las llagadas posaderas y enfoscados los ojos de alimaña montés.

El viejo Rodulfo iba alegre, cantando una vieja tonada, sin preocuparse de la suerte de sus desgraciados compañeros. A medio día, sintió un cosquilleo y se apeó.

—Aura vamos a encender fuego y chucear el ma-

tambre pa esperarlos a los gringos; vendrán los pobres con la *guata* floja—dijo y cogió unas ramas secas. Al rato, apareció Fritz von Gronick. El cansancio y el dolor habían apagado la lumbre de sus ojos mansos. Con su casco gris metido hasta las orejas, sus bombachos y su chaqueta de enormes bolsillos, don Fritz venía silencioso, mordiéndose los labios.

—¿Ha visto ño Frí que era medio largo el tirón y fiera la subida?...

—¡Oh, no!... ton Rodulfo... ¡muy interesante!

—¿Y no se le ha resbalao el cuero de las asentaderas?

—¡Oh, no!... ¡muy interesante!

—Nai las tendrá muy duras, entonces... ¿o ya tiene el siete con callos, ño Frí?

—¡Oh, no!... muy interesante! Tomé una serie de pistas, muy intresantes, para mi colectión.

—Nai qué más quiere, entonces...

—La técima vez, que pasé, el río, vi folar un picho muy interesante, pero muy interesante. Y cho penetré, en el posque y lo, maté, con mi pistola.

—¡Eh gringo bárbaro!

—Ustedes, en su itioma intio lo chaman Kakuy.

—¡Eh bárbaro!... Qué ha ido a hacer!... Ya se puede ir confesando, aunque sea conmigo. ¡Eh bárbaro!: el que mata un kakuy, se muere al otro día.

—¡Oh no!... nosotros, no tenemos, miedo, a las supersticiones tontas... El picho es muy interesante. Quiero, sorprender, al dóctor von Klautz. Usted no tiga una palabra.

—Lo que le puedo asegurar, ño Frí, es que a usté no le durará la vida hasta mañana... Consolesé solito porque no tiene remedio. Cuando yo era mozo, lo acompañé a un sabio que andaba pillando pájaros sin perdonarle a ninguno. Una noche, le mostré un kakuy; él lo mató no haciendo caso de lo que yo le decía. Y esa misma noche el sabio murió derrepente. ¡Pobre ño Frí, pobre!... Se lo van a comer los leones y las onzas...

—¡Oh, no!, muy ínteresante. ¿Quiere usted verlo?

—*¡Huy! ¡huy!*, tengaló en la bolsa.

El viejo Rodulfo, cortó una varilla y ensartó el matambre.

—Se van a chupar los dedos, ño Frí, aunque ustedes los sabios blancos son medio metidos a delicaos.

—¡Oh no! ¡Muy ínteresante!

—Allú viene uno. Si la vista no me engaña, es su compañero. ¡Cómo vendrá de enojao! Nai vendrá chorreando, el pobre...

—No ría, ústed, ton Rodulfo, por fávor; el dóctor von Klautz, es, muy serio.

—Nai bueno.

—¿Usted, quiere, traer, un póco, de agua? El água del río, es muy sucia... Pero, que famos a hácer.

El viejo Rodulfo desenvainó su cuchillo y aproximándose a una de esas enormes parásitas, de hojas acanaladas, largas y carnosas que viven agarradas de los troncos de los añosos laureles, dijo:

—Mire, ño Frí, pa qué quiere que vaya al río; aquí

mesmo tenemos agua, agüita dulce, clarita, helada, agüita del cielo. ¿A qué no sabe dónde?

—¡Oh!... muy ínteresante.

—Pero diga dónde.

—¡Oh!... muy ínteresante.

—Usté se está haciendo como el zorro que se metió a enlazar pa ganarle al *quirquincho;* usté se hace que saber y no sabe.

—¿Qué hizo, el, zórro?

—Nai hicieron una apuesta con el quirquincho a ver cuál enlazaba un potro orejano de la manada, pa cortarle las dos colgantes y comerlas, porque andaban hambrientos. Pasó la manada y el quirquincho tiró el lazo y cuando lo vido caer en la cabeza del potro, se metió ligerito en la cueva. Nai... se acabó el lazó y el potro se sentó sobre las patas... El quirquincho no era tonto ni pa remedio. Después tiró el zorro, enlazó un potro y cuando se acabó el lazo apenas pudo gritar ¡juá! ¡juá! porque el potro se lo llevó volando por el monte, hecho un ovillo...

—¡Oh muy ínteresante!... Pueno, tiga dónde, está el água; yo, no sé.

—Mire ño Frí, aquí tenemos agua pa su botella, pa la de su compañero y pa que tomemos mate. Y tuavía va a quedar pa cuando tenga sed la planta.

—¡Oh!... muy ínteresante.

—¿Y cómo, éxtrae, el agua?

—¿Cómo? Nai metiéndole como un dedo la punta del cuchillo. Usté mesmo puede hacer la prueba. Caerá un chorro de agua clarita y fresca: es agua del

cielo. Tuitos los cardos del cerro tienen agua guardadita pa los que andan monteando.

Vea.

—¡Oh! muy ínteresante!

.. ..

.. ..

—Esta noche vamos a dormir en el monte; tal vez se acerque el león bramando, y llorará el kakuy. Si tienen miedo se tapan la cabeza y rezan un padrenuestro, un credo y un yopecador. Mañana de mañanita, sacaremos el calán-raco. Cuidao con ensuciarse los pantalones.

—¡Oh no!



Durante la suculenta comida preparada y servida por el viejo, Rodulfo, departieron alegremente; sentáronse sobre los helechos que crecían junto al tronco del laurel añoso, bebieron del agua que el cardo del cerro guardaba, cogieron los trozos de asado con los dedos y tomaron mate en un oloroso *poronguillo.* Don Fritz estaba palabrero; von Klautz disimulaba el humor y conversaba en latín con su compañero.

—¿Y pórque no habla el dóctor? Tiene cara de rabia... ¡Cómo traerá el siete!...

—No sape, háblar, castellano, el dóctor, pero, sí, el criego, el latín, el hebreo, el chino.

—¡Hum!... no sabe hablar; pero diz que es bueno pa contar los pesos...

—¡Oh no!

Cuando acabaron de comer, siguieron andando. El camino de herradura llegaba hasta la cima de un boscoso cerro y señalaba, más arriba, otro; era un camino conocido de los troperos que venían de Catamarca con las mulitas cargadas, lo frecuentaban los pacíficos labradores y los mercaderes de novillos y bueyes; camino sombrío, bordeado de corpulentos árboles y frondosos helechos,que iba de ribazo en ribazo, de cerro en cerro, a la vera de la honda y boscosa quebrada.

Y andando por el monte los sorprendió la noche. Y durmieron acostados sobre la montura. De rato en rato los despertaba el melancólico plañir del kakuy. Al atardecer, el viejo Rodulfo había dicho:—Ya vide unos cuantos calán-racos al pasar el río; los bichos estaban junto a las piedras, tomando agua. Es buena seña; la casa llena de miel la tienen cerca. Trasmontaremos ese alto y cuando estemos en el Cerro Pastoso, allí los vamos a encontrar.

Don Herr von Klautz pasó mala noche, tenía las magras posaderas convertidas en una sola llaga y le manaba la destilación de las narices. Von Gronick durmió como pudo, repitiendo quedo: ¡muy interesante! ¡muy interesante!

Con el alba se levantó el viejo Rodulfo, encendió fuego y fumando en chala se fué a montear solito.

Fritz von Gronick y el doctor Herr von Klautz se

despertaron molidos, con la cara pálida. Cuando el viejo volvió los encontró hablando entre dientes. El Cerro Pastoso estaba cerca, cubierto de hermosos arbustos y tupidos pastos.

El viejo Rodulfo se había teñido de verde la cara, el cuello y las manos.

—¿Está ústed, enfermo, ton Rodulfo?—le preguntó von Gronick.

—Nada; me pasé con un yuyo fresco pa que no se me arrimen los calán-racos, porque si no hago así, ni yo voy a quedar. Aquí traigo unos gajos pa refregarlos a los caballos. ¿Quieren que los refriegue a ustedes?

—¡Oh no! Nosotros, muy ácostumbratos, a cazar apejas salvajes. ¿Cómo se chama, el éjemplar, que ústed ha traído?

—Lo llaman el yuyo hediondo. Es bueno pa espantar tuitas las abejas del monte. Cuando le sienten el olor, a uno no se le arriman. ¿Quieren que les refriegue la cara con el yuyo?

—¡Oh no!... muy ínteresante.

—Allá, en el cañadón ya me topé con los calán-racos; parece que la casa está llena de miel; ya me descubrieron los camperos....

—¿Los cam-pe-ros? ¿Peo-nes cam-pe-ros?

—Los camperos son los calán-racos que no trabajan en los panales y que salen lejos y se ocupan de bombear y bombear. Si descubren algún cristiano, prontito mandan un chasqui a comunicarles la noticia a los que trabajan. Y todos se preparan a pelear.

La mañana era fresca; el cielo estaba teñido de un azul turquí. Corría el alegre vientecillo de las cumbres. Por intervalos, se oía el agudo silbido de las águilas que pasaban buscando presa, recogidas las garras, la mirada de zahorí.

—Vamonós ya... metanlé ya, antes que reparen los dueños—dijo el viejo Rodulfo.

Y descubrieron el hinchado lomo del cerro. Iban despacio. El viejo llevaba cara de miedo. A la entrada del cañadón, de rompe y rasga, los sorprendió un aguacero de bichos armados de terribles aguijones.

—¡Se nos vienen encima! ¡Aura sí! ¡Los camperos! ¡Los camperos! ¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar!—gritaba el viejo Rodulfo, como un loco. Los caballos amusgaron las orejas y se espantaron.

Los calán-racos llegaban en escuadrones cerrados, se lanzaban furiosos sobre los dos extranjeros, locos de venganza. Llegaban unos, caín; llegaban otros y otros. Goteaban como el impetuoso aguacero.

El viejo Rodulfo, huyó cuesta abajo. Los rocines buscaron la querencia.

Acosados de tan feroces enemigos, Fritz von Gronick y el sabio doctor von Klautz, cayeron vencidos. Los calán-racos se amontonaron a millares.

Y mientras lloraba entre las breñas el kakuy solitario, los dos hombres blancos sintieron que se movía la montaña, que rebosaba el río, que ardían los bosques, que se hundía el cerro y vieron aproximarse la noche negra con su legión fantástica de sombras...

ALEGRIA CARNAVALESCA

—¡Cuidadito con volver empapado! Pescarás un resfrío y me dejarás viuda y joven—me dice Beatriz, entre chanza y broma. Yo le prometo a Beatriz volver sanito aunque no seco, pues hace un calor...

—No te demores mucho, Carlos; mira que nos quedamos solitas con tu tía Domitila y puede venir esa gentuza a echarnos la puerta abajo y arrojarnos baldes de agua.

—Volveré pronto, Beatriz.

Es de mañana. Las callejuelas de la vieja aldea están silenciosas. En la plaza se han reunido unos mozos. Un rapazuelo vocea:—Bombitas con agua florida a cuarenta la docena. Otro anuncia:—Pomos finos a un peso la caja.

—Cuidado,—me dice un señor tocándome el hombro—bájese usted de la acera porque en aquel zaguán lo esperan con un balde lleno de agua y lo dejarán como pato.

—Gracias—le digo a don Juan.

He andado una cuadra, dos cuadras y me he detenido a mirar las callejuelas tristes, las casas viejas, arruinadas, de mi vieja aldea.

Ahora, dos señoritas me atisban por entre unas persianas. Les he visto los ojos, unos ojos negros, rasgados, fascinadores. ¡Ah!—me digo—son Juanita y Mercedes, mis primas.

Juana y Mercedes asoman a la puerta.

—¡Chist! ¡Chist! ¡Carlos!... ¡Ven!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os halláis aquí? ¿No tenéis escondido algún balde lleno de agua?

—Nada, nada. Acércate. Mira, está don Marcos solito, solito, y queremos hacerlo jugar al carnaval. Entra ligero, ligerito para que el viejo no caiga en la cuenta.

—Pero... conmigo no, ¿eh?

—Contigo no. Hemos venido a casa de los Gómez con el único propósito de empaparlo a don Marcos de pies a cabeza y echarle por la cara mucha harina y almidón.

—¿Y lo habéis meditado bien? El doctor es un hombre de pocas bromas...

—Qué nos importa,—ha observado Mercedes—si se enoja, peor para él. Ahora no tiene quien lo defienda. Tú irás a darle conversación y a mantenerlo en la puerta lo más descuidadito que te sea posible. ¿Oyes?

—Muy bien.

Conversamos con don Marcos.

Don Marcos me cuenta que está solo; que doña Encarnación y las niñas se han ido a la ciudad.

Solo, aburrido y triste lo he encontrado a don Marcos. Don Marcos es un señor de rostro trigueño, tie-

ne los cabellos plateados en los aladares, la mirada inteligente, el porte distinguido.

Súbitamente el cuerpo de don Marcos ha adquirido la rigidez de las estatuas.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡No, por Dios, que acabo de mudarme! ¡Merceditas! ¡Juanita! ¡No, por Dios! *¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy!*

Diez o doce rapazuelos armados de sendos baldes de agua, han salido de la casa de las Gómez.

Don Marcos huye, salta, grita, intenta esconderse debajo de la cama de doña Encarnación, cierra las puertas; pero las enemigas avanzan airosas arrojándole agua y agua.

—¡Merceditas! ¡Juanita! ¡Lolita! ¡María! No, por Dios! ¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy!...

De los pantalones de don Marcos cae el agua a chorros.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy! Lolita ¡téngame lástima!

El agua ha salpicado los espejos, ha empapado la roja alfombra, ha resbalado sobre las lustrosas butacas y ha mojado el lecho de doña Encarnación.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Perdón! ¡Perdón!

Don Marcos está a merced de sus hermosas enemigas. Ahora lo acarician, le dan de palmaditas y le echan agua por el cuello. El agua le corre despacio. desde el cuello hasta la rabadilla.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Merceditas! ¡Picaronas! ¡Picaronas! ¡Traicioneras!

—¡Ahora verá usted, picarón!... Esta bolsita de almidón es para hacerlo jugar—le dice María.

—No, hija... no, por Dios! Me váis a dejar hecho una tortilla...

—¡Tome! ¡Tome! Todo es carnaval. ¡Tome!

—¡Jesús! Me han secado los ojos! ¡Ay! ¡Ay! Estoy ciego... ¡Nada más! ¡Nada más!

Y don Marcos traga puñados de almidón y cierra fuertemente los ojos. Unas manos suaves, finas, tibias, lo acarician y le empolvan la cara. Don Marcos se siente feliz. El traje de don Marcos ha quedado como una bolsa de harina; pero don Marcos ha rejuvenecido.

—¡A la tina! ¡A la tina! ¡A la tina, ahora! ¡A la tina, don Marcos! ¡A bañarse!—exclaman las enemigas.

Cerca está una tina colmada.

Y Merceditas, Juana, Lola y María cogen a don Marcos y lo llevan en volandas. Don Marcos no se resiste: le place el aliento tibio y perfumado de los pechos turgentes.

¿Lo ahogarán?

.. ..

Don Marcos, ríe, ríe, con el agua hasta el pescuezo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Picaronas! Me habéis vuelto a la vida! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Diablillas! Estoy bien; estoy fresco: sentía calor en vuestros brazos...

Merceditas, Lola, María, Juana, destatan la risa cascabelera y lo miran alborozadas.

ÑO CASPI

En el rancho de *ño* Caspi yo he visto un catre de tientos y dos sillas con asiento de cuero. A la entrada hay una morera alta y vieja, a cuya sombra está la carcomida batea donde lava golpeando con el puño descarnado, la tía Eduarda. En medio del patio se halla plantado el mortero, el mortero viejo a quien solíamos saludar diciendo:

Buenos días, señor mortero.
A ver si me cura este orzuelo...

Ña Eduarda asegura que el mortero fué de su *tata viejo* y que "no yerra curación".

Es una mañana sin sol. Ña Eduarda ha ido a comprar la carne, montada en una jaca overa. Yo he cogido un silla y me he sentado en el patio; la silla es dura y menguada.

—¿Qué tal el pinto, ño Caspi?

—*Nai* bueno, *pu* (1). El padre del pinto me ganó

(1) Apócope de pues.

diez riñas. A los pocos revuelos ya quedaba el otro con las patas arriba y tiritando...

—¿Hace mucho que lo tiene a soga y al palo?...

—Nai desde hace poco. Al gallo, pa que sea fuerte en la pelea, no hay que dejarlo andar mucho con las



gallinas: se engolosina y afloja. Lo mesmo le pasa al cristiano...

—¿Un mes de soga?

—Según las carnes del gallo. Si está gordo, hay que hacerle bajar la grasa correteándolo, correteándolo y a ración seca. Ya ve lo que le doy al pinto por

la mañana; la mismo ración la repetiré a las doce y cuando baje el sol.

El pinto, un gallo hermoso, de atrevido continente, con el pico fuerte y encorvado, los tarsos altos y robustos, la cabeza rojiza, el plumaje magnífico, el cuello corto y recio, se entretiene picoteando unos granos de maíz.

—No come gran cosa.

—Güeno, pero hay que buscar los granos bien sanitos, que no se vaya a pasar un solo gorgojo...

—Parece que tiene plumas postizas ¿eh?

—Nada. Los gallos que yo compongo no van a pelear con plumas ajenas. Una ocasión, un mozo salteño me enseñó a ponerles en las alas plumas postizas, cuando había apuro de hacerlos pelear...

—¿Y cómo le fué?

—Nai... mal. Por güeno que sea el maistro, las plumas ajenas se salen solas... Y cuesta trabajo cuidarles las plumas. Al pinto se le abren las plumas de las alas como abanico, todas sanitas y fuertes.

Ño Caspi se acerca al gallo y coge un banderín rojo.

—A estas horas tengo que corretearlo.

—¿Y para qué?

—Para que se acostumbre a moverse mucho sin cansarse, así, cuando esté peleando, por poco no ha de largar las alas...

¡Pinto!... Pintito, dale que dale; mientras más chicharrones, más grasa sale...

El gallo pinto, cacareando alegremente, va de un lado a otro. A ratos, quiere detenerse a comer un bichito, pero el viejo lo azuza sin darle tregua. Y corriendo los dos, dan desiguales vueltas en el patio y salen al callejón. El gallo lleva las airosas alas ligeramente caídas y corre, corre; el viejo lo sigue y lo incita con el rojo banderín. Yo los pierdo vista y me pongo a pensar; estoy sentado al pie de la vieja morera; tengo la mirada apagada, los labios secos.

—Aura lo va a ver desempeñarse al pinto. Este otro gallo me prestó mi compadre. Es un gallo *cholo,* no sirve más que para las gallinas y pa torear a los de riña. ¡ Es muy cobarde y gritón! Cada rato dice ¡ queu! ¡queu! ¡queu!; eso es lo único que sabe y ensuciarme los pantalones cuando el pinto lo tantea con las espuelas.

—Y al verlo parece bravo...

—Nai bueno; pero no sirve sino pa las gallinas y pa torear. Gallo que dice ¡queu! ¡queu! y pone de punta las plumas del cogote cuando se le hace doler, es a la fija gallo cholo.

El pinto se pasea gallardamente y por intervalos se le viene encima a ño Caspi.

—Usté, niño, ¿sabe torear gallos?

—No sé...

—Güeno, pa torear, hay que agarrarlo bien al *cholo,* sujetándolo por debajo las alas y presentárselo al de riña, de frente, de costao, de atrás, de abajo, de arriba, de rompe y rasga, a la escondida, pa que el fino aprenda a tirar afirmándose con el pico y a re-

vuelos, pa que aprenda a ser ligero y a barajar los golpes. Cuando el fino ya está diestro, se le forran las espuelas con trapo y se lo hace topar con otro de la mesma laya. Con un par de topes basta pa conocerle el juego. Después, se lo hace pelear por un par de novillos o por lo que quiera. Gallo fino, muere, pero no se rinde. Así son los de la cría del pinto. ¿Qué le parece niño? Aura verá.

Ño Caspi se agacha y pone a los dos gallos, cara a cara. El *cholo* es cobarde. El pinto se anima, se encoleriza, salta sobre su enemigo, acomete audazmente, tira afirmándose, tira de revuelo, se achica, hace jugar la cabeza en todas direcciones, gira velozmente para evitar un picotazo, golpea furiosamente con las alas, con los tarsos de hierro. Y se le pone morada la cabeza y le chispean los ojos.

¡Queu! ¡queu! ¡queu!—se oye.

—El cholo ya me ensució los pantalones... Niño, ¿ha visto un gallo más flojo que éste?

—Y parece bravo...

El gallo pinto ha quedado dueño del campo de batalla y canta alegremente. Ño Caspi acaricia al vencedor y lo lleva a su puesto, junto a la estaca.

—Niño, con éste nos ganaremos unos güenos pesos. ¿Con cuánto me va a ayudar usté?

—Con lo que quieras.

—Nai... bueno.

.. ..

El viejo Caspi, sentado sobre los calcañares, ahora corta la suela para unas ojotas. Yo me pongo a

pensar; yo tengo la mirada apagada, los labios secos. La Eduarda no ha vuelto.

En mi casa gruñe desaforadamente un pobre animal; sus gruñidos son desesperados. Y gruñe otro. De pronto, se calman, resuellan fuertemente y se quejan.

Un rapaz se apoya en el alambrado y nos mira; el rapaz es un *chango* descalzo, con los calzones llenos de pingos, el pecho desnudo, la cara de golfo, la mirada triste.

—¿Qué querís, Antonio?

—Ño Caspi: me ha mandao la señora pa que lo llame. El Pedro ya los pilló a los tres y los tiene bien maniaos. Dice la señora que se fije bien, que no les corte de más, como al carnero que se le murió.

—Nai bueno... yo no tengo la culpa: el carnero ya era medio grande y andaba templao. Decile a la señora que ya voy.

Ño Caspi trae el cuchillo que estaba clavado en la quincha y coge la piedra de afilar.

¿Cuánto tiempo ha estado ño Caspi afilando su cuchillo?

Yo he cerrado los ojos.

En mi casa gruñe desesperadamente un pobre animal; sus gruñidos son penetrantes. De pronto, se calla y resuella fuertemente y se queja. Y gruñen otros.

Ha llegado la Eduarda. La Eduarda es una vieja de ojos grandes y negros, espigada, simpática. La Eduarda fuma en chala, se arroboza con su manto

descolorido y lleva los pies descalzos.

—Niño: ¿Qué se ha ido el Misael?

—Se ha ido; lo han llamado de casa.

La Eduarda coge la gaveta y se sienta cerca del fogón donde suena perezosamente la pava. Y toma un mate, dos, tres, diez, quince mates.

¿Cuánto tiempo ha estado la Eduarda tomando mate? Yo he cerrado los ojos.

.. ..

—La señora se anda haciendo muy mala: ya me retó porque se le murió el carnero. ¿Qué le parece, niño?

—Tú eres del oficio y debes saber lo que haces...

—Nai... el carnero ya era grande y andaba medio templao. Aura me llamó pa que se las corte a unos tres. Son grandecitos ya pero no pican verde...

La Eduarda se levanta y va a recibir lo que ha traído el Misael.

Ño Caspi dice:

—Tomalas Eduarda, son seis. ¡Y a vos que te gustan tanto!

—Nai si son tan lindas y tan jugosas. ¿No es cierto niño?

—Así es. A mi abuela también le gustaban, a la parrilla. La otra noche le sirvieron una a mi mujer; cuando supo qué iba a comer, se asustó y no quiso ni mirarla...

—Nai ¿por qué?... ¡Cuando son tan lindas y jugosas!

—Vos no te fijáis, Eduarda, que la esposa del niño es de Buenos Aires...

—¡Nai cierto!

—Viera, niño: este cochino oficio no da para nada. Ya nos ve a los dos, viejos, puras hilachas.

—Algo ganarás...

—¿Y los vicios?

—Pero tú tienes tres oficios...

—Nai, cierto es. Siempre don Carlos me manda sus gallos pa que se los componga.

—Y a los de Ernesto ¿quién se los prepara?

—Nai yo mesmo; pero a su tío no le cobro nada.

—Debes cobrarle.

—Este otro cochino oficio, también da alguito; pero hay que tener güena mano. En cuanto empieza a gritar un bicho desesperao, ya la Eduarda se chupa los dedos.

—Misael, no te olvidís de las *ushutas;* lueguito las va a mandar a llevar el compadre.

—Y que mande.

Ño Caspi, en cuclillas, recorta la gruesa y húmeda suela. La Eduarda empieza a majar maíz para hacer la harina de tamales. Y con la mano dura, recia y lustrosa, da y da en el mortero. En cada golpe exclama ¡jam!

Tras una morterada siguen otras.

Sentado al pie de la vieja morera, me he puesto a pensar; yo tengo la mirada apagada, los labios secos.

—¡Jam! ¡jam! ¡jam!—repite ña Eduarda y no le corre una sola gota de sudor!

Y pasa una hora y pasa otra.

Una moza trigueña de ojos ardientes se afirma en el alambrado.

—Ño Misael, dice mi tata si le puede curar dos bueyes y un ternero que andan engusanaos.

Ño Caspi levanta los ojos.

—Decile al compadre que los voy a curar; pero que no le aseguro que sanen: la mitad de las curaciones me fallan...

—Nai bueno.

—¿Onden están los animales?

—El ternero está en la casa, atado bajo el *guarán;* los bueyes andan en el *chalar.*

—¿De qué laya es el ternero?

—Es castaño.

—¿Y los bueyes?

—Son los negros.

—¿No tienen contraseña o contramarca?

—Nai, no tienen.

—¿Desde cuándo andan engusanaos?

—Nai, desde muy cuántua...

—¿Onde están lastimaos?

—El ternero en la verijas; los bueyes en las paletas.

La moza de los ojos ardientes me mira, me mira y se va.

Ño Caspi corta y recorta nuevamente las tirillas de suela para unas ojotas.

—¡Jam! ¡jam! ¡jam!—repite la Eduarda, mientras golpea con la mano dura, recia y lustrosa.

—¿Cómo curas los animales, ño Caspi?

—Nai en secreto, niño. Siempre me vienen a buscar; algunos se costean desde lejos; pero no sé por qué yerro por mitá las curaciones...

—¿Y por qué será?

—Nai... no sé...

—¿Qué dices cuando curas en secreto?

—Nai si se lo contara ya no podría curar yo... ya se haría usté curandero...

—¿Sí?

—Nai cómo no.

—¿Y quién te enseñó?

—Mi tata viejo, cuanda estaba medio sordo y tullido, me enseñó a curar en secreto.

—A mí me falta poco para saber curar como tú...

—¿Sííí?

—Poco, la mitad...

—¿Y cómo? ¿Cómo no se hizo enseñar del todo?

—Es que yo oí a uno.

—¿A uno?

—Yo te oí una vez... ¿Te acuerdas cuando mi abuelo te llevó a Yacuchiris? (1).

—¿A mí, niño?

—Sí.

—Nai como no.

—¿Cuántos animales ibas a curar?

---

(1) Voz quíchua. Agua fría.

—Nai, eran muy muchos los que andaban engusanaos. Su tata viejo era muy güeno y tenía fe, no como los de hoy en día...

—Te dieron la pinta de cada uno?

—Nai como no. A ver, niño, diga qué es lo que me oyó y cómo me vido.

—Yo te vi entrar en el dormitorio de mi abuelo, hiciste la señal de la cruz, te descubriste y empezaste a rezar. ¿Qué rezabas?

—Nai no puedo decir.

—Y te golpeabas el pecho y mirabas a todos lados como buscando algo. Y decías así: "Son treinta, se le cae uno, quedan veintinueve; son veintinueve, se le cae uno, quedan veintiocho; son veintiocho, se le cae uno, quedan veintisiete"... Y seguías y seguías hasta que a cada animal se le caían uno por uno los gusanos...

—¡Ché, Eduarda! Fijate la travesura que me había hecho el niño!... Con razón yerro la mitá de las curaciones... ¡Se había puesto a bombearme y a escucharme cuando yo estaba curando en secreto!...

—¿Sííí?

—Nai ciertito, me lo acaba de confesar...

Y la Eduarda, alelada, me mira con recelo.

EL JUAN DE DIOS

—Señor, ha venido el Juan de Dios. Dice si le puede permitir una palabra.

—¿Quién, dices?

—El Juan de Dios que andaba por pelear en la calle...

Don Antonio deja el periódico sobre el escritorio, se quita los anteojos y torna a preguntar:

—¿Quién, dices?

—El Juan de Dios.

—¿Ha venido con la María?

—No señor; anda solo y medio alegre.

—¿Desea hablarme?

—Sí, señor.

—Que pase.

Don Antonio está sentado ante su escritorio. Don Antonio es un hombre joven, erguido, con el negro bigote recortado a la inglesa, el cutis moreno, los labios sensuales, los ojos anchos y ardientes.

El Juan de Dios camina haciendo eses. Ahora, descubierta la enmarañada cabeza, penetra en una de las alcobas.

—¿Y si me ve la señora? ¿Y si me topo con las niñas?—piensa y siente el pecho oprimido.

—Buenos días, patrón. Perdone si lo vengo a molestar.

—Mírame la cara.

—Nai no puedo, patrón. Ya sé que soy el más malo de tuitos sus peones. ¡Qué quiere que le haga, patrón! Salí a divertirme un rato y me topé con mi compadre. Se nos acabó la plata... ¡Qué suerte la mía!...

—Mírame la cara.

—Nai no puedo, patrón. También a los perros se les sube la vergüenza...

—No te regañaré ni te pediré cuentas del dinero que te dí ayer. Juan de Dios, mírame a la cara.

El Juan de Dios tiene los ojos clavados en el suelo.

—¿Con quién estabas por pelear?

—Nai con el Marcos,patrón. Siempre anda diciendo que los peones de usted somos unos asesinos y que como ustd es diputao, nunca nos llevan presos. Nai si no se hubiese metido por medio la María, su Juan de Dios, patrón, le hubiese abierto la panza al Marcos.

—El hombre que está ebrio no sabe lo que hace.

—Y si no estoy ebrio, patrón; apenas alegrecito.

—¿Qué dices?

—Nada, patrón.

—Mírame a la cara. Acércate, coge una silla y siéntate.

—Nai no patrón; pa qué se la voy a ensuciar a la silla...

—Escúchame, Juan de Dios: Yo sé que tú eres un muchacho fuerte, valiente, como buey para el trabajo, como negro para el sol; fiel como un esclavo. Yo sé que tú eres un muchacho que va donde lo mandan, que come lo que le dan, que trabaja de sol a sol. Yo sé que conoces la sierra palmo a palmo; que eres capaz de arrear treinta vacas solito, que no te asustan las crecientes, ni las mangas de pedrisco; que sabes domar un potro, enlazar y voltear un toro y que de un solo galope andarías quince leguas. Yo te conozco, Juan de Dios. ¿Te conozco?

—Sí, mi patrón.

—Bueno, por eso quiero hablarte como si fueras de mi familia, como si hubieras vivido siempre con nosotros. ¿Quieres que te hable así?

—...

—Dime, Juan de Dios, ¿por qué te emborrachas los sábados y domingos? ¿Por qué bebes tanto? Morirás antes de tiempo. Ya ves cómo tienes la cara, cómo tienes el cuello, cómo tines los brazos, cómo tienes las piernas.

No pasa un domingo sin que te encuentre en medio del callejón peleando a cuchillo y con una botella en la mano. Y después de todo, en tu rancho, la pobre María anda descalza, con el rebozo verde, el vestido lleno de hilachas. El Julio, el Martín, con el pecho desnudo, el sombrero viejo, sin ojotas. Parecen huérfanos.

Y tú, Juan de Dios, muchacho trabajador y valiente, le pegas a tu mujer! Llegas ebrio, desenvainas el

cuchillo, lo encaras al mortero, al horcón y empiezas a dar de planazos. Tus hijos se esconden en el último rincón. La María sale a calmarte y tú la recibes con el rebenque, la castigas y la corres como loco por el callejón. ¡Cuántas veces me ha pedido llorando que no te dé dinero! ¡Cuántas veces me ha pedido llorando que te aconseje!

¿Te falta en algo tu mujer?

—No, patrón...

—Claro que no. Yo la conozco bien a la María y le tengo lástima y la quiero como lo quiero al Juan de Dios. Yo sé que la María, lava, plancha, prepara el amasijo, arma cigarros de chala y va también a los cañaverales con la pala al hombro.

Y tú, Juan de Dios, muchacho fuerte, valiente, como buey para el trabajo, como esclavo africano para el sol, te emborrachas, le pegas a tu mujer, los asustas a tus hijos y gastas el fruto de tu trabajo en beber y en tabear. Y tus hijos andan descalzos, con el pecho desnudo; y tu mujer anda sin ojotas, con el rebozo verde.

¿Qué haces a la siesta, Juan de Dios, cuando tienes apartadas para tí, dos sandías? Comes una y luego te acuestas a dormir sobre los peleros. A los diez minutos ya estás comiendo la mitad de la otra y no te duermes hasta no ver las cáscaras huecas de las dos... Con el vino te ocurre otro tanto: tras una copa, otra, otra y otra. Después, no hay dinero para comprar una silla, para comprar unos platos, unas sábanas, unas frazadas, un poncho nuevo, un manto

negro para la buena mujer, unos trajecitos para los hijos descalzos. Y cuando no me encuentras a mí y el dinero te falta, lo vas a buscar al gringo Pietro y delante de él te quitas el sombrero y le dices: "Don Pietro, por favor présteme un peso que no tengo pa la carne". Y Pietro es italiano y tú, criollo. El ha venido sin un centavo, quizá, a esta tierra que es nuestra tierra. Pero Pietro piensa en el mañana, trabaja honradamente y tiene en su casa un techo seguro, una cama de hierro, unas sillas, una mesa, unas sábanas, una mujer vestida modestamente y unos hijos sanos y limpios.

¡ Hasta cuándo, Juan de Dios? ¿ Hasta cuándo! Pietro no es capaz de trabajar como tú, de sol a sol; no va a los surcos cuando la tierra quema; no come lo que le dan; no va a donde lo mandan si adivina el peligro; teme a las crecientes; no sale de su casa si arrecia el temporal, si la manga de pedrisco asoma; ni sabe manejar el cuchillo, ni domar un potro ni voltear un toro de una cinchada; no es tan humilde, fiel y obediente como tú. ¡ Y tú tienes que mendigarle un peso?

¿ Hasta cuándo, Juan de Dios!

—Es mi destino, patrón. Yo nací pa pobre.

—El destino se lo hace uno mismo. Tú conoces la historia de mi vida.

—No, patrón.

—Me formé luchando. Hasta los diez y ocho años, fuí peón como eres tú. Y calcé ojotas y dormí sobre el apero y paleé en las cañas y anduve descalzo regan-

do los arrozales. Y aprendí a domar un potro y a enlazar un bagual. ¿Me has visto alguna vez de botas poncho y espuelas?

—Sí, mi patrón.

—¿Me has visto tirar el lazo?

—Sí, mi patrón.

—Había ahorrado algún dinero y me fuí a Buenos Aires, donde fuí portero de una escuela, mozo de hotel, sirviente, cochero y estudiante. Asistí a las clases de una escuela nocturna. Después de cinco años de lucha terrible pude ingresar en la Universidad. Y triunfé. ¡Qué diablos!: el hombre es lo que quiere ser.

Aquí, ¿cuál es el médico más querido?

—Usted, mi patrón.

—¿Cuél es el amo que paga más?

—Usted, mi patrón.

—¿Cuál es el que trata mejor a los peones?

—Usted, mi patrón.

—Juan de Dios: vete a tu rancho; siéntate a tomar mate con tu María y con tus hijos y prométeme ser un hombre bueno. ¡Qué diablos!: el hombre es lo que quiere ser!

.. ..

—Sí, mi patrón. Le juro por esta cruz que beso, que desde hoy en adelante seré como deben ser los hombres de Nuestro Señor.

Y se le disiparon los vapores del mosto. Y una mágica luz bañó su rostro exangüe, atezado, destendido.

JUDAS ISCARIOTE

Doña Domitila Huanco es una vieja atildada, erguida; tiene los ojos negros y rasgados, la boca desdeñosa, las mejillas enjutas. Doña Domitila oye las misas del día, confiesa los sábados, comulga los domingos y reza padrenuestros, credos y avemarías cada vez que se sienta a la mesa. Doña Domitila es muy amiga de mis padrinos: el cura don José y el clérigo don Antonio .

Doña Domitila sigue siendo la Niña, porque permanece aún en estado de soltería.

Doña Domitila Huanco afirma que es mi tía... ¡Eso sí que no!... Yo no lo creo.

—¿Por qué no te confiesas, Carlos?—me dice.—Nadie sabe lo que puede ocurrir. Pero... ¡vean para lo que le ha servido el estudio! ¡Estás hecho un masón! ¡Madre mía! Y yo que te aconsejaba tanto! ¡Y cuántas veces te llevé a comulgar! Por lo menos, debías permitir que tu esposa se confiese y comulgue... La pobre tendrá que sufrir a boca cerrada...

—Bueno, perfectamente,—le replico—cuando usted case, yo confesaré, comulgaré y seré su padrino

de bodas... Lo que es por Beatriz, no se aflija: ¡es como usted!

—¡Hum bah! ¡Casarme yo! Eso será la semana que no traiga viernes!—observa mi tía postiza.

Doña Domitila Huanco tiene un criadito que se llama el Pepino, un rapaz vivaracho de mirada atrevida y sonrisa fisgona. El Pepino es el ayudante que tiene don José cuando dice misa. Las noches de novena, el Pepino sube a la torre y voltea las campanas llamando a los fieles.

Es Viernes Santo. El Pepino, seguido de unos arrapiezos, anuncia el Sermón de las Siete Palabras, haciendo sonar las matraças de calle en calle. Andan como diablitos sueltos.

—¡Ah!... ese bandido me va a sacar canas verdes... ¡Bandido! ¡Canalla! ¡trompeta!. Cuando vuelva le voy a quitar los calzones y le voy a sacar el cuero...

¿Qué te parece, Carlos? El canallita todavía no vuelve! ¡Ah! pero me las va a pagar a todas juntas. Te juro que lo voy a tener una semana a pan y agua.

—Lo ví por la calle. Andaba haciendo sonar dos matracas; iba lo más satisfecho.

—Temprano me pidió permiso para salir a llamar al Sermón de las Siete Palabras y todavía no ha vuelto!... Ya es tarde ¡Madre del Valle!

—Taca-ta, taca-taca, taca-taca, iba el diablillo. ¿Para qué lo necesita?

—Pero sobrino ¿cómo crees que te voy a dejar

solo? Puedes precisar algo y... ¿O quires acompañarme?

—No. Reventaría yo.

—Es cierto: los diablos revientan al tocar el piso



de Nuestra Santa Madre Iglesia. Bueno, buscaré a Beatriz y si no la encuentro, iré sola.

—Yo me quedaré aquí, a leer. ¿Tiene usted algún libro lindo?

—Muchos y de los que te señalarán el buen cami-

no. Bueno, están allí, en mi alcoba; búscalos tú. Me voy; no tengo tiempo. ¿Me aguardarás?

—Sí.

—Ya sabes que vendré con tu padrino; tenemos que ir juntos al rancho del maestro Miguel, a ver cómo va el Judas que le encargué.

—Aquí la esperaré, ¡beatita! ¡santulona!

—¡Tontito!

Ha pasado el Viernes Santo. Todavía hay curiosos que miran y miran el Calvario que hizo levantar mi padrino, en la plaza de la aldea. Voltean las campanas. Oyese descargas. La gente rebosa de júbilo. Una perdigonada ha caído en el techo de mi casa.

—Anda, Carlos, prueba tu revólver—me dice Beatriz.

—¿Sabes que le tengo miedo? ¿Y si me saliera el tiro por la culata?

—No seas tonto, Carlos...

—Cógelo, tira tú.

Beatriz coge el revólver y apunta.—¡Fuego!—ordeno yo. Se oye el martilleo y el arma va a pegar contra la pared.

—¡Pícaro! ¡Siempre burlándote de nuestras creencias! ¡Canalla!, le habrás quitado las balas...

Empiezan a pasar rapaces vagabundos; van gritando, chillando. Parecen diablillos.

—¿Qué ocurre, Beatriz?

—Nada, hombre; por allá lo pasean al judas de tu tía, montado en un pollino. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Costumbres provincianas! ¡Qué gente ingenua!

Yo salgo corriendo; yo quiero verlo de cerca a Judas Iscariote y seguirlo y mirarlo como antes, como cuando yo corría al lado de los rapazuelos vagabundos.

—Ché, Judas Iscariote ¿querís maní?

—Oye, Judas ¿querís comer un tamal caliente?

—¿Querís dos tamales?

—¡Qué bárbaro el Judas! ¿Por qué lo vendiste a Nuestro Señor?

—Ché Judas, ¡habías sido bárbaro!... ¿no?

—Oyé, Judas, hijo del maestro Miguel, ¿querís una empanada?

—Ché Judas ¿sabís que esta noche te van a quemar? De la boca y de la panza te van a salir más de cien cohetes buscapiés...

—¡Pa qué lo vendiste a Nuestro Señor, hombre!?...

—Ché Judas: aprontate pa esta noche, te van a colgar del cogote y el mesmo ño Miguel va a encender la pólvora...

—¡Pobre Judas!: te van a quemar...

—Ché Judas ¿querís que te toque la barba?

—¡Eh judío bárbaro! ¿quién te prestó esas botas tan grandes?

—Ché Judas ¿sois judío o cristiano?

—¡Qué Judas fiero!

—Ché Judas: ¡hasta el burro te tiene desconfianza!

Judas Iscariote, a horcajadas sobre un borrico, va

por todas partes como un bobo, despertando el buen humor. En vano lo interrogan los rapaces: Judas no hablará nunca, aunque el maestro Miguel le hubiera descosido los labios. Judas tiene cara de judío y viste como gaucho.

Mientras el asno camina paso a paso siguiendo al chiquillo que tira de las riendas, los brazos de Judas se mueven de un lado a otro. Gritan, saltan, corren, los muchachitos. ¡Acaso Judas comprende que está condenado a la hoguera!, por eso va tranquilo, mostrando desdeñosamente su pecho de trapo, sus piernas de paja, su vientre colmado de bombas y cohetes y su cara de judío traidor y canalla. El viejo santero lo hizo a su modo, lo acarició, lo vistió, lo colgará de un alambre en lo alto de una bocacalle y encenderá la mecha para que reviente...

Es de noche. Ahra el Judas Iscariote de mi tía Domitila está colgado.

—¿Qué te parece Carlos?... ¿Tiene buena mano el maestro Miguel?

—La tiene.

—Tú has leído la Biblia?

—Creo que sí.

—Yo le llevé unos dibujos para que el maestro Miguel cayera en la cuenta; son dibujos que representan al verdadero Judas.

—Se le parece.

—Bueno; ya es hora. ¿Por qué no encenderá la mecha el maestro Miguel? Lástima que no haya venido tu esposa...

Una multitud se agita nerviosamente. Vocean los chiquillos, gritan unos mozos, baten palmas las viejas beatas, murmuran los gañanes.

—¡Que lo quemen al traidor!

—¡Que reviente el judío canalla!

—¡Que muera el Judas Iscariote!

—¡Que ño Miguel no lo haga sufrir tanto!

El Judas Iscariote del viejo santero, colgado de un alambre, espera tranquilamente la llegada del instante supremo. Ahora sus piernas de paja son más largas, más largos los brazos, más grandes las botas, más hinchado está el vientre. Ha cerrado los ojos el judío traidor y canalla. ¡No sabe lo que le pasa!

Aparece el maestro Miguel con una tea en la mano.

Se oye mil voces.

Las llamas estiran sus ávidas lenguas.

Caen las botas. Revientan las bombas y petardos.

Como centellas saltan y corren al ras del suelo los cohetes buscapiés. ¡Judas ha sido quemado hasta la cintura y está mudo, con su cara de judío traidor y canalla.

Vuela el pecho y saltan los brazos. Y al estallar la cabeza del pobre Judas del maestro Miguel, mi tía Domitila Huanco, la vieja atildada de ojos negros y rasgados, me tira de la oreja y me dice: ¡Que te sirva de ejemplo! Judas era un buen discípulo, pero el diablo lo tentó...

CERROS ARRIBA

Caminito de la cuesta

Al partir, distinguíamos aún el rosario largo de cerros azules cortando el horizonte.

Y por el viejo carril hemos andado conversando, cabeceando, pitando. El *farol* nos acompañó a trechos; aparecía, se apagaba; aparecía, se apagaba. Nosotros no lo gritamos; pero el pobre Juan José rezó mucho para ahuyentarlo.

El viejo carril, orlado de copudos pacaraes, llega hasta la embocadura de la hermosa quebrada. Cerca, corre el río montañés murmurando sosegadamente; lo llaman el Colorado, porque en los días de ventisca y llovizna, cuando en las nevadas cumbres del Cerro Bayo se desatan las tormentas, su agua cristalina enrojece encolerizada.

Estamos en el caminito de la Cuesta.

Yo que he vivido dos, cuatro, seis largos años en un país de montañas abruptas, rojizas, desnudas, ansío andar quedo este caminito misterioso que empieza donde el río montañés se divide y extiende.

Cantan los *chalchaleros,* parlotean las cotorras, rompen a chillar las urracas azules, los *machilos* negros, levántase la bandada de torcaces; su clarín ronco toca el cabizbajo *col-col;* el *choro-ró* de ojos encen-



didos hace temblar su garganta; el rojo carpintero abre su penacho de púrpura y salta de tronco en tronco ensayando el pico; ¡je-jí! ¡je-jí!... dice el

crespín escondido en el monte. ¿Por qué se queja el triste *crespín?* ¿A quién llama? Su canto se apaga misteriosamente: ¡Je-jí! ¡je-jí! — repite entristecido.

Los *chalchaleros* se alborozan y cantan: son los dueños del bosque; ya los arrayanes y los *chalchales* les ofrecen sus dulces frutos.

Yo ansío andar a quedo este misterioso caminito de la Cuesta, bordeado de helechos y de grandes árboles. Aquí, las verdes *tipas* se levantan triunfantes; más allá son los tiesos *virarúes* los que sobresalen; de un lado los *horcomolles* permanecen sombríos a la hila en el camino, fronteros a los laureles viejos cargados de parásitas. ¡La eterna lucha por el rayo de sol! Las *sacha-huascas* han llevado sus líneas hasta las más elevadas copas: son la canalla del bosque.

He aquí — me digo — un caminito ideal: bordeado de frescos helechos y de majestuosos árboles, es dueño del canto de los *chalchaleros,* de los murmurios del río y del aroma suave de las hojas de arrayán y de laurel. No esconde un guijarro, una espina, con que herir el desnudo pie del caminante. Es muelle y alfombrado de negro.

Y desde la primera cumbre, la más alta del primer cerro, miramos los precipicios recubiertos de sombríos ramajes y el abismo donde revientan las cascadas.

He aquí — me digo — un caminito ideal... Y cantan los *chalchaleros,* murmura el río montañés

que corre por un lecho de piedra, se alborozan las cotorras, chillan las urracas azules, los *machilos* negros; se levanta la bandada de torcaces medrosas; y el airecillo del cerro nos baña con su aliento de arrayán y de laurel!

Un laurel

El caminito bordeado de frondosos helechos y majestuosos árboles, nos ha metido en el corazón del bosque.

Es un día fresco, nublado, hermoso.

El río montañés nos ha detenido muchas veces. De trecho en trecho lo hemos visto en lo profundo de la quebrada, remolinear y romper furiosamente sus cristales contra el inmóvil flanco de los pedrones. Lo hemos seguido: el río quejumbroso conoce el camino de las cumbres!

Caminamos a pie.

Juan ha desenvainado su cuchillo y comienza a limpiar el paso. Las trampas de tigre nos harpan y nos queman las ortigas bravas. En un *higuerón* canta un *col-col;* en el tronco hueco de un cedro centenario maúlla un gato montés.

A ratos nos encontramos perdidos en un bosque de helechos.

¿Cuándo llegaremos? Juan José dice que allá, más adentro, más adentro, está la Madre del Monte, un

laurel *requeteviejo,* muy visitado por los labradores cuando arrecia la tormenta.

Y andamos y andamos.

Lejos ha quedado el bosque de arrayanes cubierto de rubíes.

—Aura ya está cerquita, — dice Juan José — la Madre del Monte, el laurel *requeteviejo* de doce brazadas, el más alto y el más fuerte de todos. Al lao está el tronco seco de un pacará *amicho* que lo volteó el huracán. El laurel, que es la madre del monte, no morirá nunca. Tiene el tronco cavado por el rayo. Junto al tronco encenderemos fuego y nos echaremos a descansar.

Un tronco negro y grueso resalta; es firme, tieso, con la vieja madera quemada por las llamas y el rayo y la entraña llena de savia. Se levanta arrogante, extendiendo sus brazos negruzcos y enormes, de donde surgen verdes y fragantes ramas. ¡El viejo laurel! ¡La Madre del Monte! El viento de las cumbres arrastró la semilla; la cubrieron las hojas secas de otros laureles, de las tipas, de los nogales y *viraríes,* y el laurel nació y se levantó erguido.

Juan José ha encendido fuego en la espaciosa cueva del árbol. Poco a poco las lenguas rojizas lamen la vieja madera. Por intervalos el gigante parece dominado, pero pronto la parte ensangrentada se cubre de ceniza blanca. ¡La entraña del árbol está llena de savia!

He aquí — me digo — un árbol bueno! Las ávi-

das parásitas no lo agobian; de su savia de árbol viejo viven los verdes cardos escalonados en su tronco y en sus ramas, y las colgantes *suelda-suelda*, el hermoso *cabello de ángel*, la arisca *sacha-huasca*, la *tunilla-palma* y la *tunita-roja*, la bonita *barba-blanca* y las enredaderas que llegan a su copa. Medran en su tronco viejo toda suerte de insectos y en sus ramas se posan los alegres *chalchaleros* y los *machilos* negros y las palomas *bumbunas*.

He aquí — me digo — un árbol viejo y bueno: no lo agobian las parásitas, ni lo voltea el huracán, ni lo mata el rayo ni lo inflaman las lenguas de fuego.

Para el peregrino soñador que se ha sentado a descansar junto a su tronco, el viejo laurel conserva, allá arriba, en los gajos más verdes y fragantes, un maravilloso tesoro de orquídeas azules!

INDICE

Pág.

Fausto Burgos nació en Tucumán en el año 1888; estudió en el Colegio Nacional de Salta, en la Escuela Normal Regional de Catamarca y en la Universidad de La Plata. Publicó los siguientes libros:

Flores de Averno. 1 vol., 224 págs. La Plata, -910.

En la tierra del azahar. 1 vol., 252 págs. La Plata, 1910.

Olas y Espumas. Versos. 1 vol., 230 págs. La Plata, 1914.

Hojas Caídas. Versos. 1 vol., 208 págs. La Plata, 1915.

Cuesta arriba. 1 vol., 112 págs.; B. Aires, 1918.

Es catedrático de matemáticas en la Escuela Normal Nacional de San Rafael (Mendoza).

OBRAS DE MANUEL LIZONDO BORDA

El Poema del Agua. 1 vol. (Premiado).

Tucumán a través de la Historia. El Tucumán delos poetas, dos tomos, 198 y 373 págs. Publicación oficial, 1916.

El amor innumerable. Versos. 1 vol., 177 págs. Buenos Aires, 1920.

Diccionario de voces quichuas usadas en Tucumán. (En preparación).